

El reconocido teólogo y maestro de Biblia, Samuel Escobar, pone a nuestro alcance algunos de sus pensamientos llenos de motivación e inspiración. *La Palabra: vida de la Iglesia* realza la centralidad de la Palabra de Dios en el ministerio de las iglesias. Vemos más y más que hoy se sobredimensiona lo estético, en disminución de la reflexión y el estudio serio de la Palabra de Dios. Este libro llega para dar su lugar vital al ministerio de la Palabra.

Samuel Escobar trata temas que son pertinentes y prácticos para todo ministro que desea ser fiel a la Palabra de Dios.

- Fundamento de la existencia cristiana
- La persona del ministro de la Palabra
 - Su autoridad
 - Su dignidad
 - Su estilo de ministerio
 - Su dimensión afectiva
 - Su ministerio inmerso en el mundo
- Sugerencias prácticas para la exposición de la Palabra

Samuel Escobar nació en Perú; se graduó en Educación en la Universidad San Marcos en Lima, obtuvo un Ph.D. (*Cum Laude*) en la Universidad Complutense de Madrid, España, y un doctorado honorario de McMaster University en Canadá. Es uno de los fundadores de la Fraternidad Teológica Latinoamericana, y su presidente entre 1970 y 1984. Su participación en el Congreso de Lausana en 1974 fue vital para la renovación de la misión de la iglesia en América Latina. Fue parte del equipo de traducción de Sociedad Bíblica Internacional (NVI). Es presidente mundial de las Sociedades Bíblicas Unidas. Él y su esposa, Lilly, residen en Valencia, España. Visita frecuentemente América Latina, en donde ministra la Palabra.



EDITORIAL



Mundo
Hispano 42120

ISBN 0-311-42120-2



9 780311 421206

Escobar

SAMUEL ESCOBAR

La Palabra

VIDA DE LA IGLESIA

La Biblia y el ministerio cristiano

SAMUEL ESCOBAR

La Palabra

VIDA DE LA IGLESIA

*Reflexiones bíblicas
sobre el ministerio
cristiano*

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Editorial Mundo Hispano

Apartado 4256, El Paso, Texas 79914, EE. UU. de A.

www.editorialmh.org

CONTENIDO

La Palabra: Vida de la Iglesia. © Copyright 2006, Editorial Mundo Hispano. 7000 Alabama St., El Paso, Texas 79904, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Versión Reina-Valera 1995. © Copyright 1995, Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso.

Editores: Juan Carlos Cevallos

María Luisa Cevallos

Diseño de la portada: Jorge Rodríguez T.

Diseño de páginas: María Luisa Cevallos

Primera edición: 2006

Clasificación Decimal Dewey: 254.5

Tema: Vida cristiana

ISBN: 0-311-42120-2

EMH Núm. 42120

3 M 10 06

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Prefacio	5
Primera parte: La Palabra y el pueblo	
Introducción	9
1. Palabra de Dios y sentido de identidad	13
2. Palabra de Dios y discernimiento espiritual	23
3. Palabra de Dios y apertura al futuro	33
Segunda parte: Los servidores	
4. Enseñar con autoridad	47
5. La dignidad del siervo de Dios	55
6. Urgente: se necesitan mentores	63
7. La infraestructura afectiva del ministerio cristiano	71
8. Servir a Dios en el mundo	77
Tercera parte: El servicio de la Palabra	
9. Lo primero: ¡leer para entender!	95
10. La Palabra y la vida	103
11. Predicador: aprende a contar historias	111
12. Una continua renovación personal	119

PREFACIO

La Palabra de Dios es la vida de la Iglesia. Con esa convicción empezamos afirmando el principio evangélico de la primacía y la suficiencia de la Palabra para la fe y la vida de las iglesias. Con ello afirmamos también que una de las tareas fundamentales del ministerio cristiano es el servicio de la Palabra. En realidad, dado que Cristo, la Palabra encarnada de Dios al ser humano es el fundamento de la Iglesia, toda actividad en ésta viene a estar inspirada y moldeada por la Palabra. El ministerio cristiano es servicio de la Palabra y este libro se ofrece como una reflexión sobre el fundamento y la realización de este servicio.

En la primera parte de este libro exploro en tres autores bíblicos un triple fundamento de la existencia cristiana. En primer lugar, la Palabra como fuente de la identidad del pueblo de Dios, como base del discernimiento en la vida de la comunidad cristiana y como brújula de la esperanza que guía la vida del creyente y de la Iglesia. En la segunda parte del libro me acerco a la persona, el ministro o siervo de la Palabra, y en especial a aspectos que tienen que ver con su tarea de expositor de la verdad. Todas las reflexiones se basan en pasajes de la Escritura que arrojan luz sobre una variedad de cuestiones. Así examino la autoridad del ministro, su dignidad, el estilo del ministerio, su dimensión afectiva y el desafío para que el ministro sea persona de Dios pero también persona inmersa en el mundo. En la tercera parte del libro ofrezco sugerencias prácticas y sencillas sobre la tarea de exposición de la Palabra como parte del ministerio al pueblo de Dios.

El espíritu en que presento estas reflexiones bíblicas quiere

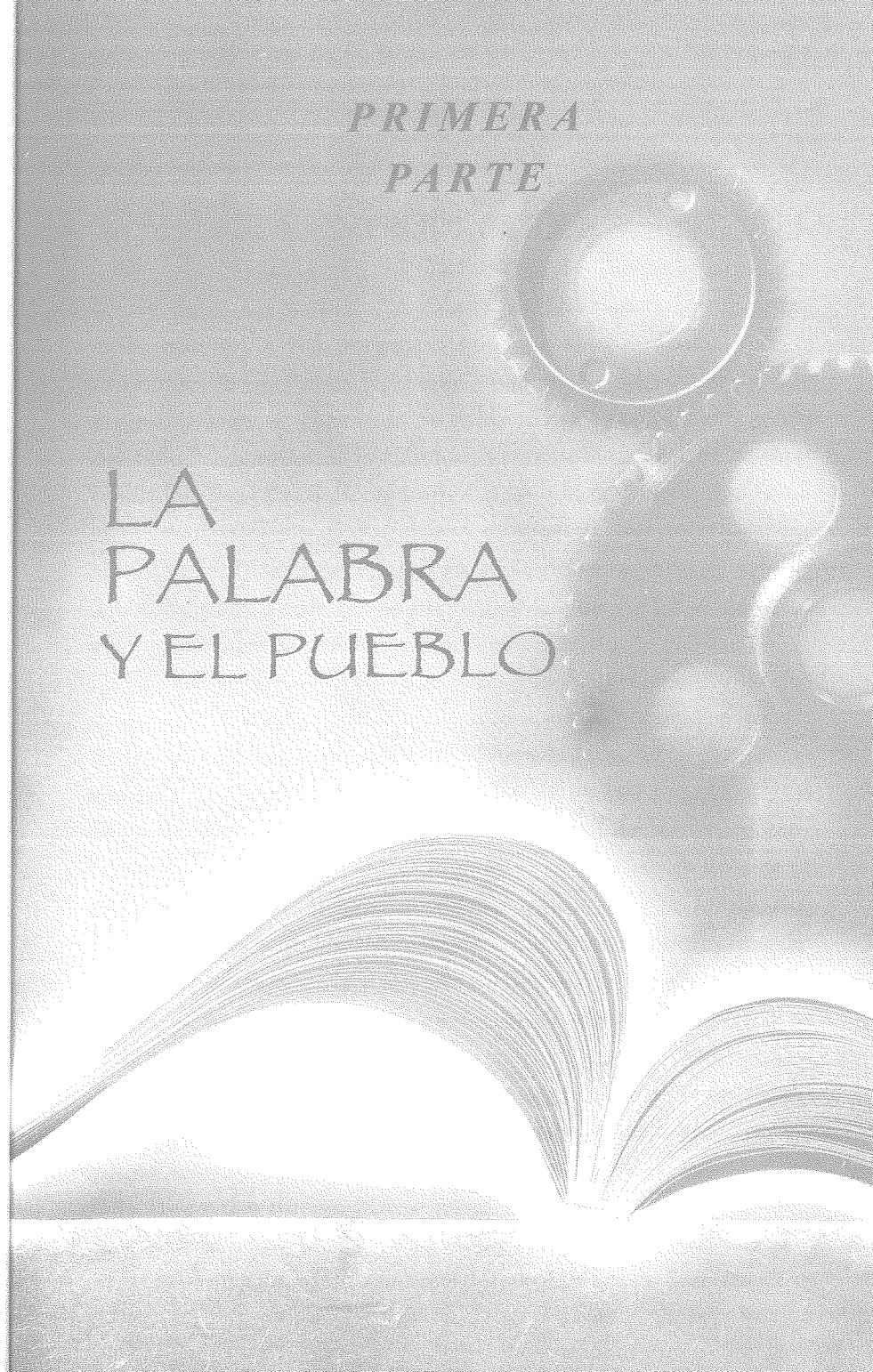
ser el mismo que se bosqueja en la segunda epístola de Pedro, donde el autor dice en un tono muy pastoral: "...siempre les recordaré estas cosas, por más que las sepan y estén afianzados en la verdad que ahora tienen" (2 Ped. 1:12; NVI). Estas páginas no aspiran a presentar verdades nuevas que nunca antes se habían oído. Se trata más bien de la reiteración de verdades fundamentales, un esfuerzo por refrescar la memoria y reconsiderar lo que ya sabemos, para la mutua edificación y la vivencia en un momento nuevo.

Estas páginas se han ido forjando en la década más reciente de mi ministerio tanto en América Latina como en España. Quiero agradecer a los muchos pastores y obreros evangélicos que en una variedad de encuentros escucharon estas reflexiones y dialogaron conmigo sobre ellas. Pienso en particular en los asistentes al encuentro "Sola Scripta" convocado por la Sociedad Bíblica de España en El Escorial, 1996, y en los pastores asistentes a varios cursos organizados por Desarrollo Cristiano en el Perú entre los años 2000 y 2004. Agradezco a José Luis Andavert de Madrid, a Nelsa de Zolezzi de Lima y a Manuel Sarrias de Valencia, que me estimularon a escribir. Completo este manuscrito justo en el año en que Editorial Mundo Hispano/Casa Bautista de Publicaciones cumple su primer centenario de servicio al pueblo de habla hispana. Con gratitud por todo lo que representa su aporte de cien años al ministerio de la Palabra de Dios, les agradezco también el privilegio de que este libro aparezca en su catálogo.

Valencia, España, otoño del año 2005.

PRIMERA PARTE

LA PALABRA Y EL PUEBLO



INTRODUCCIÓN

Cuando nos acercamos a la Palabra de Dios en busca de dirección, traemos a ella preguntas que han sido motivadas por el momento que nos toca vivir como personas e iglesias. Creo que los evangélicos en el mundo de habla hispana, en este comienzo del siglo XXI, estamos haciéndonos preguntas acerca de nuestra identidad, buscamos discernimiento ante la confusión que traen la posmodernidad y el pluralismo religioso, y nos interrogamos acerca del futuro. Las reflexiones en la primera parte de este libro nos servirán como fundamento de las que luego se plantean en los capítulos de las dos partes siguientes.

Los tres autores bíblicos que hemos escogido tienen notas comunes en lo fundamental. Cada uno a su manera nos muestra cómo la enseñanza apostólica está arraigada en el hecho de Jesucristo, siempre visto sobre el trasfondo de la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento. En la centralidad de Jesucristo captamos la unidad de la Biblia. Sin embargo, al afirmar nuestra fe en la suficiencia de la Palabra de Dios como medio de revelación, es importante también percibir la variada y múltiple riqueza del material bíblico. Los tres autores escogidos nos dan una idea de la variedad de contextos a la que iba dirigida la Palabra en su proceso de formación.

Siglo tras siglo la lectura de estos documentos ha mostrado en ellos una increíble capacidad de renovar, de desafiar, de corregir, de capacitar para el cumplimiento de la misión cristiana en toda época. Lo mismo puede ser hoy en día. Estoy convencido de que la riqueza de la verdad bíblica es como el agua fresca y siempre renovada de un manantial inagotable. Los desafíos e in-

quietudes de nuestra sociedad posmoderna hoy parecen demasiado alejados de las circunstancias en que vivieron los receptores de estas cartas. Y sin embargo, por la presencia y el poder del Espíritu Santo entre el pueblo de Dios, la distancia se acorta y el agua fresca brota a borbotones, apaga nuestra sed, nos da energías nuevas.

Diferentes iglesias: pluralidad y comunidad

En este siglo XXI, como nunca antes, la Iglesia es una realidad universal y multicultural. Inclusive ha habido un cambio notable que los misionólogos llaman “el gran viraje del cristianismo hacia el sur”. El protestantismo por ejemplo, ha crecido en el mundo, pero especialmente en África, en partes de Asia y en América Latina. Al mismo tiempo, el cristianismo ha perdido fuerza en Europa y en Norteamérica y se puede decir que ahora es más una fe de los pueblos del sur.

Como consecuencia de lo anterior, otra característica de la Iglesia en nuestro tiempo, a la cual debemos prestar atención, es la pluralidad cultural. La fe cristiana se caracteriza porque constantemente cruza culturas. Comenzó en Palestina, en el mundo judío, y tiene como centro a la persona de Jesucristo. Sin embargo, los documentos originales que nos relatan la historia de Jesús, eso que llamamos “Evangelios”, no están escritos en las lenguas aramea o hebrea que él hablaba. Están escritos en griego, es decir son ya una traducción de lo que Jesús dijo, porque el mensaje del Evangelio no se quedó en su ámbito judío original, sino que salió para penetrar en el mundo griego y romano, ese mundo que los judíos llamaban “gentil”.

Hay una fuerza que empuja para que el mensaje cristiano se mueva, circule, vaya de una cultura hacia otra, porque es un mensaje “traducible” y porque el propósito de Dios que lo envía es bendecir con él a todos los pueblos y razas de la humanidad.

Por ello la Palabra de Dios ha podido presentarse en una variedad increíble de culturas. No hay ninguna lengua en la cual sea imposible traducir el mensaje cristiano. La Biblia, que es un libro cuyo tema central es Jesucristo, es un libro que ha sido traducido a más idiomas que cualquier otro libro: en su totalidad o en partes, en este año 2005 ya ha sido traducida a 2.300 idiomas.

Esto significa, por lo tanto, que toda lengua y toda cultura son un buen vehículo para el Evangelio. No hay una lengua más sagrada que las demás. En cualquier lengua, una persona puede anunciar y escuchar la sencillez y la profundidad del mensaje de Jesucristo.

El genio del protestantismo fue por un lado redescubrir el poder renovador y reformador de la Palabra de Dios, al insistir en la *Sola Scriptura* como regla de fe y conducta. Pero por otro lado el protestantismo insistió en que la Palabra debería ser accesible a cada persona en su propia lengua. Fue la fuerza de esta convicción la que animó a Lutero a traducir la Biblia al alemán y a Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera a traducirla al castellano. Así la Palabra, saliendo de la cárcel de la lengua sagrada del latín, trajo nueva vida espiritual a millones de personas y profundos cambios éticos y culturales en sus sociedades. Por ello también el protestantismo concibe la unidad de la Iglesia como unidad en la diversidad y no como uniformidad impuesta desde un centro de poder.

Esta pluralidad y unidad era característica de las iglesias del Nuevo Testamento. Los autores bíblicos no ocultan las tensiones que se derivan de la extensión misionera de la fe al pasar de la cultura judía a la gentil. Pero también queda claro que hay un terreno común sólido, la roca fundamental que es Jesucristo, el criterio del discernimiento que da el Espíritu Santo y la invitación a la esperanza con la mirada puesta en el futuro donde ya nos espera el Precursor. La riqueza del Nuevo Testamento nos

permite ver que no hubo en el principio una iglesia madre de la que descienden todos, sino una variedad de expresiones de la fe, una variedad de iglesias con un centro común: la fe en Cristo Señor y Salvador.

Así en los pasajes que vamos a considerar en esta primera parte, la literatura de Pedro se dirige a "los expatriados de la dispersión" en cinco provincias del Asia Menor, una región particular en un momento difícil. En ella empezaban a avizorarse las presiones de los enemigos de fuera, el anuncio de persecuciones que iban a intentar destruir a la iglesia creciente. Se trataba de una iglesia joven que necesitaba aprender a vivir en la dimensión de "peregrina". Por otra parte, la literatura de Juan va dirigida a un círculo de comunidades cristianas probablemente en la provincia de Asia, y nos coloca frente a la problemática de la segunda generación y el peligro de un cristianismo nominal sin práctica, y de la infiltración de enseñanzas heréticas. Finalmente, la literatura de Pablo permite ver a las comunidades urbanas de un mundo en transición, algunas de ellas multiculturales, luchando en su proceso de formación, con los múltiples problemas pastorales que se derivan de ese tránsito del mundo judío al gentil. Así en la variedad de estas enseñanzas encontramos respuestas fundamentales a una variedad de interrogantes que se nos plantean a los evangélicos de habla hispana.

PALABRA DE DIOS Y SENTIDO DE IDENTIDAD

1 Pedro 1:22—2:10

Al obedecer a la verdad, mediante el Espíritu, habéis purificado vuestras almas para el amor fraternal no fingido. Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro, pues habéis renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre, porque:

"Toda carne es como hierba
y toda la gloria del hombre como flor de la hierba;
la hierba se seca y la flor se cae,
mas la palabra del Señor permanece para siempre".

Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada. Desechad, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias y toda maledicencia, y desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, ya que habéis gustado la bondad del Señor.

Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también dice la Escritura:

"He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo,
escogida, preciosa; el que crea en él, no será avergonzado".

Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso. En cambio para los que no creen:

"La piedra que los edificadores desecharon
ha venido a ser la cabeza del ángulo"

y:

"Piedra de tropiezo y roca que hace caer".

Ellos, por su desobediencia, tropiezan en la palabra. ¡Ese es su destino!

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, ahora habéis alcanzado misericordia.



Ubiquemos este pasaje en el contexto más amplio de toda la carta. Una lectura atenta de toda ella, hace pensar que los destinatarios eran creyentes de origen gentil (1:14, 18; 2:10), con una experiencia relativamente reciente de conversión, “niños recién nacidos”. Tal vez por ello en la carta se acentúan una serie de contrastes que el creyente nuevo experimenta o de los cuales tiene que tomar conciencia. Así se contraponen esperanza y desesperanza (1:21); esclavitud y libertad (1:18); ignorancia y conocimiento (1:14); carne y espíritu (4:6); muerte y vida (1:3; 4:6); obediencia y desobediencia (1:22); no ser pueblo y ser pueblo (2:10).

Los destinatarios estaban atravesando una situación de hostilidad, de persecución no tanto por parte del estado o gobierno sino por parte de la población: el desprecio, el ostracismo, la alienación. Es decir, ese mismo tipo de experiencia social a la cual estamos acostumbrados los evangélicos en países católicos, hasta el día de hoy: ser una minoría despreciada aun en círculos académicos que se precian de liberales. Yo me encuentro con evangélicos de las nuevas generaciones que sufren de una crisis de identidad porque se les acusa de “malos españoles” o “malos latinoamericanos”, “agringados”, “instrumentos del imperialismo anglosajón” y cosas por el estilo. Es la vieja táctica de la España inquisitorial y fanática que negaba a la disidencia aun el derecho a existir, con la falacia de que quien no era católico no era buen español, y que se reproduce en Hispanoamérica.

Leyendo esta epístola con las preguntas que vienen de mi experiencia y contexto, encuentro algunas notas predominantes que resultan elocuentes. Primero, es una epístola *crisológica* y la

nota que se destaca en su cristología es la “pasión”, el sufrimiento tanto de Cristo mismo como de sus seguidores. Craddock ha contado 16 palabras relacionadas con la raíz griega *pathos*, que se usa en esta carta más que en ningún otro documento del Nuevo Testamento.

Segundo, la carta está marcada por la dialéctica de alienación y pertenencia. Lo expresa bien el término *paroikos* con sus variantes que aparecen varias veces y en puntos claves: *oikos* es “casa” y *paroikos* lo que está “junto a la casa” pero no dentro de ella. Es como ser un “extranjero residente”, lo que en Estados Unidos llaman “*resident alien*”, es decir el que está allí legalmente pero en el fondo no pertenece a esa nación. La idea apunta a una condición sociológica que en la carta adquiere una connotación teológica.

Tercero, aunque se trata de destinatarios gentiles la carta usa una serie de referencias al Antiguo Testamento. Supone, entonces, que sus lectores tienen cierta familiaridad con esa historia y su significado. Usa para referirse a ellos un término propio de la historia de Israel, “los expatriados de la dispersión”. Esto le da a la carta *un sentido de historia*, de manera que conecta los hechos de Dios que se ha manifestado a estos creyentes en Cristo, de Asia Menor, con los hechos de Dios en la historia de Israel y del mundo.

En ese contexto hay que percibir *el rico sentido de identidad* que está contenido en esa expresión que tanto nos gusta en 1:3: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”. Sin resurrección no hay esperanza, no hay nuevo nacimiento, no hay misión, no hay identidad. La diferencia que hace el ser creyente, dice Pedro, es que nosotros *sabemos quiénes somos y a qué estamos destinados*. No somos simplemente los vendedores de un producto pasado de moda. Somos los escogidos por Dios en Je-

sucristo. Es dentro de este marco amplio de toda la carta que podemos ver en detalle ahora los versículos que hemos escogido.

La Palabra de Dios generadora del pueblo de Dios (1:22—2:3)

Ahora se nos va a describir la naturaleza de nuestra nueva situación: ¿en qué consiste ese cambio del que habla la epístola en tantas formas? Primero, “Al obedecer a la verdad, mediante el Espíritu, habéis purificado vuestras almas para el amor fraternal no fingido” (1 Ped. 1:22). En este lenguaje hay una alusión al ritual de la purificación, pero hay mucho más que un ritual. Hay el descubrimiento de una nueva forma de vida caracterizada por la obediencia a la verdad. No se trata de un ritual repetido y vacío. Tampoco se trata de mero conocimiento, una operación conceptual, cerebral. Es el Espíritu de Dios el que mueve estas cosas del plano ritual o conceptual al plano de la existencia, que se describe ahora como *la vida en el amor fraternal* con una triple calificación: no fingido, entrañable y de corazón puro.

Segundo, “Pues habéis renacido... por la Palabra”. Ahora ya no estamos en el lenguaje de lo ritual sino en un lenguaje de activismo transformador porque la Palabra es explosiva; está preñada de vida, tiene un poder de persistencia inigualable. Este lenguaje es propio de Jesucristo “las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63), y también tiene su rico paralelo en Pablo. Para poder comunicar la fuerza de lo que quiere decir, Pedro aquí cita al Antiguo Testamento, esas palabras poéticas y proféticas de Isaías que son de una riqueza extraordinaria, y que bien vale detenerse a repetir las en voz alta:

Toda carne es como hierba,
Y toda la gloria del hombre como flor de la hierba;
la hierba se seca, y la flor se cae,
mas la palabra del Señor permanece para siempre.

(1 Ped. 1:24, 25)

Luego de la cita, Pedro remata el pensamiento aplicando al mensaje apostólico lo que Isaías había dicho sobre el mensaje profético: “Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada”. Un aspecto fundamental de nuestra identidad evangélica es que *el pueblo surge de la Palabra, por eso se somete a ella*. Reconoce su origen en la predicación apostólica y por ello postula la autoridad de la Palabra, por encima de la propia tradición. No creemos, como el catolicismo, que la Iglesia crea la palabra, que es la autora del texto y por lo tanto puede constituirse en autoridad infalible por encima de la Palabra. Es la palabra de la predicación apostólica la que da lugar a la Iglesia.

Tercero, en la manera misma de comunicarse con sus lectores, ofrece el autor un ejemplo de ese poder transformador de la Palabra. Cuando se renace por esa Palabra hay una toma de posición, se entra en el plano de una disciplina de vida, en la cual en forma activa se desecha “toda malicia, todo engaño, toda hipocresía, envidias y maledicencia”. En la casa (*oikos*) de Dios, en la cual han sido introducidos estos ciudadanos del reino, hay una calidad de vida y de relaciones que es imposible sin la acción de la Palabra y el Espíritu.

Cuarto, viene ahora la exhortación pastoral en la cual destacamos dos elementos. Hay que desear, como niños recién nacidos, esa enseñanza fundamental tomada de la Palabra: “leche espiritual no adulterada”. No se trata de palabra *light*, leche aguada, sometida al filtro de una época superficial. Bien traduce la Nueva Biblia Española: “Como niños recién nacidos, ansiad la leche auténtica, no adulterada...”. “Auténtica” es uno de los sentidos de la palabra griega *neumatikos*. Esta referencia a la pureza de la palabra contrasta con el “engaño” que hay que desechar (v. 1). Por otra parte, notemos que es la Palabra la que hace “crecer para salvación”, y como señala el comentarista anglicano Alan Stibbs, no se dice que para el crecimiento espiritual los sacramentos sean necesarios: lo que se necesita es la Palabra.

El énfasis evangélico en la Palabra es la garantía de una espiritualidad y una vida cristiana auténtica. El ritual, la liturgia y los sacramentos no dejan de ser importantes para la formación cristiana y la expresión de la fe. En nuestra época de gran religiosidad no podemos ser insensibles a la importancia de estos elementos. Sin embargo, el papel de la Palabra en la vida de la iglesia es fundamental. Hay que asumirlo con entusiasmo y creatividad y hay que encontrar formas contemporáneas de comunicar la Palabra, como la narrativa, el drama o aun los programas interactivos para la computadora. Pero sin esa Palabra no hay obra evangélica. Habiéndose referido a esa "leche auténtica" ahora Pedro va a darles a sus lectores algunos sorbos, algunos anticipos.

Jesucristo: el fundamento de la existencia cristiana (2:4-8)

Observemos primero el sentido completo de la oración gramatical que empieza en el v. 4 y continúa: "Acercándoos a él, piedra viva... sed edificadas como casa espiritual" (v. 5). Se trata de una exhortación comunitaria, no individualista. Va dirigida a la familia, a las iglesias receptoras que están esparcidas, pero unidas en un sentido de pertenencia común. Es importante recordar esta dimensión comunitaria que aparece en las figuras que usa el autor: "Vosotros, ...piedras vivas", "Vosotros, ...casa espiritual". Del acercamiento a Jesucristo ha de surgir entre las iglesias diversas una mutua edificación, un sentido de pertenencia al mismo Señor. Mirando las cosas desde esta perspectiva, el ser edificadas no es cosa individualista ni tampoco sólo de congregaciones aisladas. Tenemos que ver cómo se aplica esta palabra a la edificación de todo el pueblo de Dios en su multiplicidad de expresiones denominacionales y locales.

Pedro pasa luego a la imagen del sacerdocio, pero notemos bien que es el sacerdocio de todos, de la comunidad. Este fue otro de los grandes principios del Nuevo Testamento que la Reforma protestante recuperó y reformuló. Se trata de una verdad que el cle-

ricalismo, el sacramentalismo y el ritualismo habían ocultado y los reformadores sacaron de nuevo a la luz. Lo irónico es que en cierto modo, aunque en el siglo XVI se formuló la doctrina del sacerdocio universal de los creyentes, un par de siglos después veríamos que esos mismos problemas habían aparecido en el ámbito protestante. El sacerdocio universal sólo se llega a practicar plenamente en los siglos XVIII y XIX, cuando viene el avivamiento pietista en Europa y sus repercusiones en los avivamientos del mundo de habla inglesa y en la acción misionera. Esta práctica vino a ser un camino mediante el cual la Iglesia respondió a la modernidad. Una de las claves del crecimiento de las iglesias en el Tercer Mundo es precisamente su vivencia del sacerdocio universal de los creyentes en la misión y la evangelización.

Hasta aquí hemos mencionado la acción humana de acercarse y el efecto de ese acercarse. Lo fundamental, sin embargo, es Jesucristo, la "piedra viva" que nos va a hacer "piedras vivas" cuando nos acerquemos a él. Esa piedra viva, agrega Pedro, había sido "desechada ciertamente por los hombres". Para una comunidad que enfrenta sufrimiento y dificultad es importante recordarle que su Maestro fue despreciado, que la sabiduría y la teología humanas, al igual que la conveniencia política, lo pusieron en la cruz, lo trataron como un criminal y lo crucificaron entre dos ladrones. Pero Dios, conforme a lo anunciado por el profeta, lo ha hecho la piedra fundamental: en su nombre hay vida, su Palabra desafía y juzga. Notemos el contraste entre quienes lo desearon y quienes se acercan a él. No se trata sólo de que éstos tienen conceptos inadecuados o ignoran la verdad. Se trata de que "son desobedientes" (v. 8).

El pueblo de Dios: identidad, santidad y misión (2:9, 10)

Una vez más notemos el énfasis comunitario, colectivo de la descripción y de la exhortación. Notemos también el recurso de las

imágenes tomadas de la Palabra en el Antiguo Testamento. Vayamos primero al sentido de la totalidad de este pasaje. Hay un contraste entre lo que no se era antes y lo que sí se es ahora: “vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios”. Han pasado de ser “don nadie” a ser “alguien”. Eran don nadie en el mundo, ahora son elegidos de Dios. La misericordia de Dios es la que hace la diferencia, no se trata de una hazaña humana, de una salvación por obras. Ahora bien, para describir este nuevo estado el autor recurre a figuras del Antiguo Testamento que le vienen de inmediato a la memoria. El autor parece no tener otro punto de referencia: así como Abraham y su descendencia fueron elegidos y llamados un día, así también nosotros.

En el “ser pueblo” hay dos aspectos: privilegio y responsabilidad. Para comprender esto tenemos que regresar a la historia concreta de los grandes actos de Dios entre su pueblo, en el Antiguo Testamento. Un poco antes en la epístola encontramos esta conexión en 1:13-21, donde hay un llamado a la santidad y la obediencia, basado en la relación filial (“como hijos obedientes”) con Dios (“si invocáis por Padre...”). Se toman figuras del Antiguo Testamento para ilustrar lo que Dios hace hoy. La elección a la que hace referencia, “linaje escogido” y “nación santa”, apunta a la santidad (privilegio). “Real sacerdocio”, lo mismo que “pueblo adquirido”, hacen referencia a la misión (responsabilidad).

Podemos decir que la misión es descrita primero como *presencia*. En este sentido se arraiga en el Antiguo Testamento. El pueblo está llamado primero a *ser*, a demostrar una calidad de vida moral en medio de otros pueblos, y en contraste con ellos. Cada figura nos dice algo. La función sacerdotal, “real sacerdocio”, tiene un elemento de representatividad. La sola presencia de este pueblo recuerda a los demás que hay un Dios. En su oración constante a Dios —intercesión— este pueblo representa este mundo ante Dios.

Notemos que esta descripción va dirigida a todo el pueblo, toda la Iglesia. No hay base en el Nuevo Testamento para distinguir entre “clero” y “laicos”. La distinción es un desarrollo posterior, surgió en el siglo tercero y dio lugar al clericalismo. Aunque como evangélicos aceptamos que Dios llama a algunas personas al ministerio de dedicación completa en la Iglesia, y reconocemos la validez y el privilegio del ministerio, no creemos como la eclesiología católica que hay una diferencia fundamental entre clero y laicos. Sin embargo, cabe hacerse también la pregunta, ¿cómo cumplimos los evangélicos nuestro papel sacerdotal ante Dios? ¿Creemos que Dios se interesa en el mundo que está allá afuera, más allá de los límites de nuestras congregaciones? ¿Qué pedimos a Dios para este mundo además de pedirle que llegue a conocer el evangelio? Hay un peligro de caer en la actitud sectaria de no ver acción ni propósito de Dios fuera del ámbito de nuestra propia comunidad evangélica.

La misión es descrita luego como *anuncio*, anuncio de toda la comunidad “a una”, como en Fuenteovejuna: “todos a una”. Anuncio no es sólo la predicación de quienes ocupan el púlpito. Cuando se reúne, cuando canta, cuando ora, cuando resuelve sus problemas, cuando abre sus puertas a los necesitados... el pueblo de Dios en la iglesia local está siendo aquello que corresponde a su llamado. Así la presencia distintiva de la comunidad precede al anuncio del evangelio, y lo hace convincente y llamativo. Y no está por demás señalar que la calidad de esa presencia, por contraste se convierte también en “denuncia” del mal y de todo lo que es contrario a la voluntad de Dios.

Cabe también aquí un comentario formal que surge del estudio detenido de la metodología que sigue el autor en el estilo de su carta. El autor va ilustrando su enseñanza con una serie de *historias*. No va desarrollando su pensamiento con palabras abstractas sino que va dando imágenes concretas arraigadas en la historia de Israel. En última instancia toda la Biblia es *historia*.

Es bueno recordar esto ahora ya que la sociedad actual está volviendo a valorar la narrativa como forma de comunicación. Hoy hay lugar para pensar en una teología narrativa, y en una predicación narrativa.

El capítulo 1 claramente está escrito en el espíritu de la historia del pueblo de Dios. La existencia de esta comunidad es obra de Dios. Así como el llamado y la exhortación a la fidelidad se basaba en los grandes hechos de Dios en la historia de Israel, ahora se basa en el gran hecho fundamental de Dios en Jesucristo. La referencia a la sangre nos lleva al hecho de la cruz, de la intención del ministerio de salvación de Jesús al dar su vida como sacrificio a favor de los seres humanos. La fe en esa obra de Jesucristo es la base de la pertenencia al Pueblo de Dios. La argumentación en esta carta es propia de la pedagogía neotestamentaria en la cual no se ofrece una ética desarrollada como un tratado teórico sino una historia de grandes hechos de Dios que culminan en Jesucristo y que comprometen al oyente. Hay que responder a esos hechos con una vida "digna del Evangelio", usando la figura de "andar" tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

En resumen

Somos un pueblo peregrino, cuya existencia es fruto de la Palabra de Dios que nos transforma y sostiene. El fundamento de nuestra existencia es Jesucristo, cuyo poder nos ha dado una nueva identidad haciéndonos un pueblo peculiar cuya presencia en el mundo es en sí misma una misión que completamos con el anuncio del evangelio de Jesucristo.

PALABRA DE DIOS Y DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

1 Juan 3:11—4:6

Este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa lo mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano, justas.

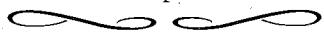
Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os odia. Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte. Todo aquel que odia a su hermano es homicida y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

En esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él, pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidamos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. El que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucris-

to ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del Anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.

Hijitos, vosotros sois de Dios y los habéis vencido, porque mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan de las cosas del mundo y el mundo los oye. Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error.



Tratemos de ver este pasaje en el marco de toda la Primera Epístola de Juan. Hay gran similitud entre el Evangelio de Juan y esta epístola. En su comentario sobre las epístolas juaninas, John Stott demuestra cómo esta semejanza se advierte, por ejemplo, en el lenguaje. En ambos —Evangelio y Epístola— se usan términos opuestos como luz frente a tinieblas, verdad frente a mentira, vida frente a muerte; por medio de los que se establecen contrastes marcados y tajantes. Hay también semejanza en la manera de referirse a la persona de Jesucristo, en especial a su humanidad. Al mismo tiempo, la carta tiene ciertas peculiaridades; su estilo es sencillo, no parece tener una estructura muy ordenada sino que insiste en ciertos temas y los repite más de una vez. En el Evangelio el Espíritu Santo es descrito por Jesús como el *Paracleto*, el que nos acompaña y aboga por nosotros, ese “otro Consolador” de Juan 14:16. En la carta el “Abogado” es Jesús; él es el *Paracleto*.

Un estudio de probables fechas en que se escribieron lleva a concluir que la carta parece ser un documento que sigue al Evangelio. Fue escrita para creyentes, a fin de darles mayor “seguridad” (5:13). En el Evangelio hay “señales” que llaman e invitan a la fe. En la Epístola hay “pruebas” que indican que existe la fe. Los enemigos en el Evangelio son judíos, en la Epístola son falsos cristianos. Se ha dicho que se puede resumir bien el meollo de cada uno de estos documentos diciendo que el Evangelio nos dice que Jesús es el Cristo; mientras que la Epístola nos dice que el Cristo es Jesús.

El marco pastoral de esta enseñanza teológica es el peligro de la herejía. Más que el peligro de una total incredulidad, es el peligro de la falsa enseñanza, de personas que pretendían tener un conocimiento espiritual superior pero a quienes les faltaba el amor. Era el gnosticismo unido a una visión docética que negaba que Jesús hubiese tenido un cuerpo real. También se advierte el peligro de cierto nominalismo, cierta religiosidad de tradición, sin una práctica auténtica. Aquí estamos en un campo que no es sólo de ideas o de conceptos sino también de práctica religiosa y de espiritualidad. No nos olvidemos de que en el primer siglo el Evangelio avanzó en una sociedad donde había filósofos pero también había un tipo de religiosidad popular cuyo conocimiento ha venido a ser muy importante hoy en día, porque nos toca vivir en un comienzo de siglo en el cual hay mucha religiosidad. El marco dentro del cual nos movemos demanda discernimiento espiritual por encima de todo.

La práctica del amor: marca de la nueva vida (3:11-18)

Resulta sorprendente este resumen del Evangelio. ¿En qué consiste este “mensaje que hemos oído desde el principio”? Nada más ni nada menos que en un imperativo: “que nos amemos unos a otros” (v. 11). Es decir, desde cierto ángulo se puede afirmar que esto es todo: amarse unos a otros, ser una comunidad que vive el amor. Para comunicar mejor la idea el autor recurre a un contraste, y lo hace mediante una historia tomada del Antiguo Testamento. Recordemos esta metodología en el pasaje petrino del capítulo anterior. Aquí también el principio se ilustra con una narración con la cual los lectores deben estar familiarizados.

La historia de Caín está grabada profundamente en la memoria de la humanidad, porque es una historia que describe bien la crueldad del ser humano contra el prójimo. Basta leer los titulares de los periódicos durante una semana para ver la violencia

fratricida que no reconoce fronteras. La pantalla de nuestros televisores nos trae los ejemplos de "cainismo" desde el trópico de Ruanda o Zaire, desde los bosques helados de Bosnia y Serbia o desde las calles de las ciudades norteamericanas. Mientras escribía estas páginas en Filadelfia, ciudad donde viví varios años, se juzgaba a un grupo de adolescentes que "para divertirse", como ellos mismos lo dijeron, le machacaron la cabeza a golpes con un bate de béisbol a otro adolescente indefenso. Sí, en cualquier idioma la historia de Caín tiene sentido porque corresponde a la manera de ser de los seres humanos. Y Juan nos dice, ser cristiano es ser lo opuesto a actuar como Caín: es amarse.

Siguiendo con el tema de los contrastes, Juan utiliza ahora el de la vida y la muerte para establecer una diferencia entre quien ha conocido a Cristo y quien no lo conoce todavía. La prueba de este paso de muerte a vida es el amor: "sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos". Y no hay que hacerse ilusiones: "el que no ama a su hermano permanece en muerte". Pasa de la simple negación de la vida a describir esa afirmación de la muerte que a veces posee a los humanos: "Todo aquel que odia a su hermano es homicida". Me trae a la memoria la historia de ese general que durante la trágica guerra civil española, en la Universidad de Salamanca, dijo a gritos: "¡Viva la muerte!".

Para establecer la enseñanza que contrarresta el odio y la muerte, Juan propone como clave un fundamento cristológico en el cual se vincula la *orto-doxia* (conocimiento, "en esto hemos conocido el amor") con la *orto-praxis* (acción, "él puso su vida por nosotros"). El amor se ha llegado a entender por la entrega de Jesús quien murió por nosotros. El amor entonces, se conoce por una praxis, una acción, como dice el viejo refrán: "Obras son amores y no buenas razones". Ese conocimiento es a su vez el desafío a una praxis "también nosotros debemos poner nues-

tras vidas por los hermanos". Este versículo 16 viene a ser un paralelo desafiante de ese famoso versículo que los evangélicos hemos considerado como el mejor y más claro resumen del Evangelio, como un texto áureo, es decir, de oro: "Porque de tal manera amo Dios al mundo, que dio a su Hijo...".

Habiendo hablado del amor y de la entrega de la vida, Juan necesita aclarar de manera meridiana la enseñanza que está comunicando. Es una enseñanza de claro carácter social. Hace referencia a una obligación, que compromete nuestras posesiones, los bienes de este mundo que podamos tener para ayudar a quien lo necesita. Amar es dar, dar a quien necesita si podemos hacerlo, dar sin cálculo y sin regateo. Juan establece esta verdad utilizando de nuevo un contraste: "no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad".

La semana en que presenté estos estudios en El Escorial, España, tuve una bella experiencia en Madrid. El domingo que llegué la familia Moraleja de la Iglesia Cristiana Evangélica de Vallecas me invitó a almorzar. Compartía la mesa conmigo y con ellos un hermano de Guinea Ecuatorial a quien tenían como huésped. Había venido a Madrid por razones de salud y esta familia evangélica le abrió su hogar para que pudiera tener tranquilidad mientras hacía sus trámites en hospitales y clínicas. Al día siguiente, leí con horror en el diario que un grupo de jóvenes nazis había dado una golpiza aterradora a un guineano que pasaba por una calle céntrica de Madrid. La única razón por la que lo golpearon fue que era negro. ¡Qué ilustración más elocuente y actual del contraste entre el espíritu de Cristo y el de Caín, en la misma urbe madrileña!

El conocimiento de la verdad por fe en el Dios trino (3:19-24)

Hay en esta sección una dimensión trinitaria respecto al cono-

cimiento de Dios. Pero en primer lugar hay una nota de espiritualidad, de sentido de coherencia y paz espiritual, de afirmación y de identidad. La nota pastoral y docente de Juan se completa aquí con una nota de "dirección espiritual". Notemos los verbos en indicativo: "Conocemos" (v. 19), "aseguramos nuestros corazones" (v. 19), "confianza tenemos" (v. 21). Esta descripción de lo que en realidad somos debe afirmarse y proclamarse en oración, cantarse y celebrarse hoy en día en la vida de la iglesia. La liturgia, el culto, debe ser una afirmación gozosa y hasta repetitiva de estas certezas, por el canto, la lectura, y aun los testimonios. Porque nos toca vivir en una época de cambio y de ansiedad que requiere de los creyentes esa dimensión de seguridad y paz.

Hay en nuestra sociedad una búsqueda ansiosa de tranquilidad y seguridad. En cualquier librería secular se puede ver la proliferación de manuales de autoestima, de ejercicios psicológicos para lograr la armonía, de gimnasias al compás de la música para desterrar la depresión, y hasta de pastillas tranquilizantes, para alejar ese malestar espiritual que va de la mano con el consumismo y el hastío. En esta epístola Juan insiste en repetir afirmaciones claras de lo que somos y tenemos en Cristo, y nosotros tenemos que ver la importancia pastoral de esa repetición, sin temor a ser repetitivos. Como cantaban nuestros padres: "Dime la antigua historia... me agrada repetirla". Esa historia es la historia completa que muestra el amor y la gracia de Dios desplegados en la totalidad de la Biblia.

Notemos también la afirmación sobre la fuente de la cual nos viene la seguridad y la paz aun en medio de la tormenta. Aunque a veces tengamos una lucha interior porque "el corazón nos reprende", Dios es más grande, Dios sabe todas las cosas, podemos tener confianza en él, podemos guardar sus mandamientos. Para insistir en recordarnos eso se escribió esta epístola. Todos aque-

llos y aquellas que cumplimos funciones de pastorado y liderazgo hoy en día necesitamos nutrirnos de estas afirmaciones, hacerlas nuestra oración, arraigarnos en la verdad para poder ministrar al pueblo de Dios en esta época de transición.

En la base de nuestra pastoral y de nuestra confianza está la verdad de Dios. Notemos ahora la claridad de la dimensión trinitaria a la cual hacíamos referencia. El mandamiento de Dios es "que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo" (otra vez, ortodoxia, conocimiento), y "que nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado" (otra vez, ortopraxis, acción). La fe en la vida del Hijo, una vida real vivida en este mundo, vida de amor; y la práctica de la verdad, es decir del amor, es necesaria para poder permanecer en esa verdad. El meollo de la espiritualidad cristiana es la confianza y la obediencia. Con ellas está relacionada esta experiencia que podríamos casi llamar mística: "permanecemos en Dios, y Dios en nosotros". Pero se trata de una mística nutrida de fe en el Hijo y obediencia al mandamiento del Padre. El Espíritu confirma y refuerza este sentido de pertenencia y de permanencia. Creo muy importante notar esta fundamentación trinitaria, y la exhortación pastoral a la acción que la ha precedido para poder entender mejor la naturaleza del discernimiento espiritual que viene en la próxima sección.

El discernimiento de espíritus por la fe en Jesucristo (4:1-6)

Recordemos que en nuestra época hay dos realidades que nos obligan a buscar discernimiento y tenemos que tomar conciencia de ambas. Por una parte la persistencia de la *religiosidad* a pesar de la secularización. Hay un interés inusitado en experiencias religiosas, hay una multiplicación de ofertas religiosas y hay un mercado de lo religioso. Sectas suicidas en Norteamérica, Europa y Japón, y el revivir de los dioses africanos en el Brasil, la Ar-

gentina y el Caribe, son otras tantas manifestaciones de esta tendencia. Junto a ello hay una ritualización de la vida, de manera que, por ejemplo, los cantantes populares producen éxtasis casi religiosos en los adolescentes y jóvenes que acuden por millares a sus conciertos. De la misma manera los partidarios de ciertos equipos de fútbol celebran los goles y jugadas con rituales violentos en los cuales se enfrentan con los partidarios del equipo rival, en guerras de símbolos y lemas que parecen guerras religiosas y terminan a veces en masacres.

Por otra parte tenemos la aparición y crecimiento inusitado del fenómeno carismático en el seno de las iglesias cristianas en el mundo entero. El crecimiento increíble de formas diversas de protestantismo popular en Iberoamérica, y de numerosas iglesias de tipo pentecostal en todo el mundo, ha puesto sobre el tapete el tema de los avivamientos espirituales que recurren de tiempo en tiempo en la historia de la Iglesia. La presencia de dones carismáticos espectaculares, curación de enfermos, glosolalia o hablar en lenguas, risa santa y caídas en el Espíritu hace recordar otras épocas de inusitado fervor espiritual, acerca de las cuales hay testimonio histórico bien establecido.

Estos dos hechos de nuestro tiempo nos obligan a buscar el *discernimiento* espiritual, y esa es precisamente la nota dominante de esta sección de la Epístola (4:1-6). Dice Juan que no se puede creer a todo espíritu, a toda inspiración, a cualquier manifestación. Es evidente que en el contexto de los destinatarios de su carta había también religiosidad y espiritualidad, y había un peligro de confusión: "muchos falsos profetas han salido por el mundo". La respuesta de Juan es de una claridad meridiana. *La prueba para discernir es cristológica. Lo que viene del Espíritu de Dios lleva a Jesucristo, confiesa a Jesucristo, y nos hace profundizar en la plenitud de Jesucristo.* Aquí se juntan lo pastoral con lo teológico. Aquí también se puede ver la relación entre el Evangelio y la Epístola.

Si recordamos la propia enseñanza de Jesús sobre el Espíritu Santo recordaremos que la obra del Espíritu luego de la resurrección es la de glorificar a Jesucristo. El Espíritu refresca la memoria de los apóstoles, aclara la verdad de lo que Cristo enseñó y produce convicción de pecado y necesidad espiritual en el mundo (Juan 14:25, 26; 15:26, 27; 16:7-15). El libro de los Hechos muestra el desarrollo de esa "agenda". *La misión no es posible sin Pentecostés.* Antes de que hubiera un registro escrito para la misión, hubo una presencia del Espíritu en la predicación y la implantación de iglesias por función apostólica. La *Sola Escritura* que tenemos es la palabra que el Espíritu inspiró en la predicación de los apóstoles y en la obra de los testigos y escritores como los evangelistas.

Si un movimiento que se dice espiritual hoy en día lleva a las personas a una relación más profunda con Jesucristo, si produce cristianos y cristianas más parecidos a Jesucristo en su práctica del amor, y si glorifica a Cristo, ese movimiento viene del Espíritu. Esa es la regla de discernimiento, no importa dentro de qué cultura o en qué circunstancias se desarrollen estos movimientos. Por muy espiritual que parezca un movimiento, si al final lo que crea es un espíritu sectario, una actitud de superioridad espiritual que desprecia a los demás, el endiosamiento de ciertas personas carismáticas, una serie de experiencias espectaculares que no llevan a las personas más cerca de Cristo en creencia y práctica, tengo derecho a dudar de su autenticidad. También en la época de Juan había movimientos de ese tipo y esta regla cristológica era el criterio de discernimiento: "el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye".

Recuperar lo trinitario es redescubrir, reformular nuestra *neumatología*. Vale la pena recordar que las misiones evangélicas no nacieron entre las iglesias protestantes del siglo XVI: luteranos, anglicanos o reformados; nacieron en el seno de los avivamien-

tos pietista y wesleyano. Los pietistas moravos como Zinzendorf no fueron sólo entusiastas de la misión global, sino personas convencidas de la necesidad de la plenitud del Espíritu Santo en los creyentes y en las iglesias. Lo mismo se puede decir de Wesley y los metodistas primitivos. La apertura al Espíritu no sólo los hizo evangelistas entusiastas sino líderes creativos en la forja de nuevas estructuras eclesiológicas para responder a los desafíos de su tiempo.

Me vienen a la memoria unas líneas de un gran misionero y teólogo de la misión: Lesslie Newbigin, quien ya a mediados de este siglo nos invitaba a recuperar una visión trinitaria. Escribiendo acerca del don del Espíritu en relación a la vida de la Iglesia decía:

El don supremo del Espíritu no es el poder espectacular por el cual un individuo puede obtener primacías, sino el amor humilde que se niega a sí mismo por el cual se constituye el cuerpo y se mantiene entretejido. La señal decisiva de la presencia del Espíritu es una tierna preocupación por la unidad del cuerpo, un horror a cuanto exalta a un director humano o un partido que pretenda tomar el lugar que sólo corresponde a Jesucristo¹.

En resumen

En esta época de gran religiosidad hemos de recordar que la marca del cristianismo auténtico es la práctica del amor que debe caracterizar a nuestras iglesias. Esta práctica nace del conocimiento de la verdad por la fe en el Hijo encarnado de Dios que el Espíritu Santo inspira en nosotros. De esa conjunción de ortopraxis (acción) y ortodoxia (conocimiento) brota el discernimiento espiritual que nos permite distinguir dónde y cómo se manifiesta el Espíritu hoy en día.

¹Lesslie Newbigin, *La familia de Dios* (México: Casa Unida de Publicaciones, 1961), p. 145.

PALABRA DE DIOS Y APERTURA AL FUTURO

ROMANOS 8:9-27

Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios está en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús está en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que está en vosotros.

Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne, porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios, pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: "¡Abba, Padre!". El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse, porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. La creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza. Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo, porque en esperanza

fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.

De igual manera, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos.



Nos ha tocado como cristianos afirmar la realidad y la plenitud de la vida en el Espíritu, en una época de desesperanza, de algo así como una depresión anímica a nivel global. Este comienzo de siglo es para algunos pensadores el tiempo del “fin de la historia”, en el cual ya no hay grandes sueños o utopías sino más bien un generalizado cinismo. En los círculos académicos se practica la “deconstrucción” como expresión elocuente de la pérdida de sentido y significado. En cambio cuando leemos estas líneas de Pablo en la Epístola a los Romanos notamos un abierto contraste con el estado de ánimo de comienzos de siglo en nuestra cultura. Sus palabras están cargadas de gozo, expectativa y esperanza. ¿Qué pueden decirnos a nosotros, cristianos evangélicos del siglo XXI?

Conviene recordar que la Epístola a los Romanos es un documento misionero. Fue escrito para una iglesia que Pablo no había fundado, pero en la cual tenía numerosos amigos, como lo comprueba la larga lista de personas a las cuales envía saludos en el capítulo 16. Eran personas que habían trabajado con él en la tarea misionera en la mitad oriental del imperio, y que ahora —llevadas quizá por esa migración masiva hacia la gran ciudad, muy parecida a la de nuestra época— eran parte de varias “iglesias en casas” en Roma, la capital del mundo. Quizás entre estas casas había ciertas divergencias porque en algunas predominaban los judíos y en otras los gentiles, y Pablo en su carta se dirige por momentos a

unos y por momentos a otros. Al comienzo (1:8-15) y al final (15:20-33) de esta carta el Apóstol menciona el viaje que piensa emprender para visitarlos, pero no para quedarse con ellos.

Para algunos, como el historiador Eusebio, la llegada del evangelio a Roma vino a ser algo así como el triunfo final, el comienzo de la conquista de la capital. No para Pablo, quien tiene puesta la vista en la lejana España, allá donde termina el mundo y no se puede ir más allá: *non plus ultra*. Él es el pionero que quiere ir donde otros no han ido todavía, donde Cristo no ha sido predicado. Y su insistencia en anunciar su viaje a Roma tiene la clara intención de conseguir que los creyentes de esa ciudad lo ayuden en su viaje a España. Con ese modelo de misión, apoyado por una iglesia local que lo envía en obediencia a la indicación divina, se había iniciado Pablo junto a Bernabé, al salir de Antioquía (Hechos 13). En el saludo al comienzo de su epístola Pablo no ha usado el término “iglesia”. Quizás ahora, si los creyentes en Roma se aceptaban mutuamente y se embarcaban con él apoyando su viaje a España, esas cinco congregaciones domésticas llegarían a ser de veras una “iglesia”: unida gracias a la cooperación para la misión.

Pablo repasa en Romanos los temas centrales de la fe cristiana dentro de un marco misionero, y ofrece una grandiosa visión de la historia y de cómo Dios ha actuado en ella. El eje central es el acto revelador de Dios por medio de un pueblo, la descendencia de Abraham, primero Israel y luego los creyentes en Cristo, íntimamente emparentados a pesar de sus diferencias. Dentro de esta visión amplia se ocupa también de la espiritualidad y la materialidad de la vida cristiana, de las obligaciones que impone la obediencia de la fe en el seno del nuevo pueblo de Dios, y de la presencia vivificadora y fortaleciente del Espíritu de Dios en la vida diaria del creyente. El tema de la libertad en Cristo dentro de las obligaciones fraternales conecta también con el te-

ma de las relaciones entre judíos y gentiles en el marco de la fe en Jesucristo crucificado y resucitado.

En el pasaje que estamos estudiando, la visión del universo y de la historia tiene una carga de esperanza y expectativa, pero deja traslucir también la tensión que supone esa esperanza cristiana. Los teólogos nos hablan acerca de la tensión entre el “ya” de la realidad de la nueva vida que experimentamos por la presencia del Espíritu en nuestra existencia humana, y el “todavía no” porque la plenitud de esa nueva vida sólo vendrá cuando Cristo se manifieste plenamente como Señor en el mundo y en la historia.

Vivir en la tensión de una existencia espiritual (8:9-17)

El capítulo 8 empieza con una afirmación de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo y del profundo sentido de libertad espiritual que ello nos trae. Ya no vivimos esclavizados por el terror de no poder agradar a Dios por medio de nuestros propios méritos. Sin embargo, esta nueva relación con Dios, esta vida de fe, llevan a un sentido de obligación ética, suponen una forma nueva de vivir. La vida se reorienta, pone la mira en las cosas de Dios. Esta reorientación es fundamental. “Ocuparse del Espíritu” (8:6) no significa que nos dedicamos a cosas religiosas o celestiales y nos olvidamos de la dimensión terrenal, humana física y social de la existencia. Hay evangélicos que piensan que ser “espiritual” en este sentido significa entrar en una especie de “convento”. Claro que no un convento de paredes materiales que nos separan del mundo, sino de paredes mentales, es decir un olvidarse de la vida cotidiana, de la cultura, de los deberes ciudadanos, de la preocupación por la comunidad y la nación. Nada más lejos de la enseñanza de este pasaje, si le prestamos atención.

Lo espiritual está íntimamente vinculado a lo cotidiano. En los vv. 9-11 hay una afirmación rotunda de que Dios por su Es-

píritu ha venido a habitar en nuestra persona humana. La señal de que uno pertenece a Cristo es que tiene dentro de su persona esta nueva vida. Esta presencia del Espíritu en nosotros es una presencia transformadora. El poder que se manifestó al resucitar a Cristo de entre los muertos se manifiesta ahora en nuestra redención moral que implica un cambio de vida. Pablo afirma la realidad de nuestro cuerpo mortal y con ello se refiere a nuestra vida humana con sus limitaciones de todo orden. Esta condición humana de fragilidad, mortalidad, frustración, imposibilidad de una plena relación con Dios, es descrita como “muerte”. La fe en Cristo, la venida del Espíritu a habitar en nosotros, dice Pablo, le da vida nueva a esa condición humana. Esto no quiere decir que luego del acto de fe pasamos a tener un cuerpo o una psicología diferentes, pero sí quiere decir que toda nuestra persona se reorienta, al poner a Cristo en el lugar central y dominante de nuestra vida.

La figura de la deuda —“deudores somos”— ayuda a entender mejor esta enseñanza. En el v. 12 la expresión traducida “deudores somos” es *opheiletai esmen*, y tiene la misma raíz que la expresión que Pablo usa para referirse a su propia vocación apostólica, cuando afirma “soy deudor”, *opheiletes eimi*, en 1:14. En la vida sin Cristo uno vive dominado por valores contrarios a la voluntad de Dios, sin prestar ninguna atención a las demandas de Dios y de Cristo. Dominado por esos valores, se vive como bajo el peso de una deuda contraída con el poder que domina este mundo y que el Apóstol denomina “la carne”. Después de conocer a Cristo nos hemos liberado de ese dominio de la “carne” y ahora hemos incurrido en una nueva deuda. Es la figura de una nueva “pertenencia”.

La vida se sigue viviendo en esta tierra, con las obligaciones personales y sociales propias de nuestro estado o vocación, pero ahora se vive bajo el dominio de Cristo, los principios de Cristo,

los valores de Cristo, el ejemplo de Cristo. Es decir, hay una reorientación total de la vida. La expresión "por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne" (v. 13), que en las antiguas versiones decía "mortificad", se refiere a una espiritualidad activa, a una disciplina personal. La Nueva Biblia Española traduce "con el Espíritu dais muerte a las bajas acciones". Se trata de un ejercicio de la voluntad, claro que auxiliado por el Espíritu, pero no se trata de una especie de pasividad quietista luego de una experiencia mística.

La riqueza de esta enseñanza es parte importante del concepto evangélico de vida cristiana y misión. La experiencia con Cristo no es simplemente una experiencia religiosa que nos provee un éxtasis religioso, pasado el cual quedamos iguales a lo que siempre fuimos. Como hemos visto, en comienzos de este siglo con su carga de religiosidad hay quienes ofrecen experiencias religiosas extáticas o extraordinarias, pero sin ese profundo cambio de orientación del cual nos habla Pablo aquí. Ese tipo de experiencia religiosa sin transformación ética, propio del paganismo, es totalmente diferente de lo que Pablo y toda la Biblia enseñan. No debemos olvidar que lo distintivo de la experiencia espiritual en la Biblia es que tiene esa dimensión de redención moral. "Si me amáis, guardad mis mandamientos", dice Jesús. En los dos estudios bíblicos precedentes, hemos visto el mismo principio en otros autores bíblicos.

Podemos agregar que aquí hay también una crítica al sacramentalismo religioso. Tradiciones como la católica ponen fuerte énfasis en el poder de la Iglesia para dar los sacramentos, de manera que la fe de las personas se mide por el cumplimiento de obligaciones exteriores como el bautismo, la comunión, la confesión, que el clero está autorizado para dar a los fieles. Sin embargo, el énfasis sacramentalista en lo formal, deja de lado el poder de transformación moral del evangelio, el cual es central al

concepto bíblico de misión. Una de las razones que explica el crecimiento de iglesias evangélicas de tipo popular entre los pobres del mundo urbano es esta capacidad transformadora de la experiencia y mensaje evangélicos.

Una nota del avivamiento espiritual de Wesley en el mundo de habla inglesa de los siglos XVIII y XIX fue precisamente este desafío a la transformación moral como fruto de la experiencia espiritual. Se ha dicho que Wesley tenía el pesimismo calvinista respecto a la naturaleza humana, en el sentido de su creencia en que el ser humano es una criatura caída, incapaz de elevarse a Dios por cuenta propia. Al mismo tiempo Wesley tenía el optimismo arminiano respecto al poder transformador de la gracia de Dios, capaz de transformar personas y sociedades. El equilibrio de estas dos visiones en Wesley estaba basado en su comprensión del mensaje paulino en pasajes como éste en la epístola a los Romanos. Ello explica el vasto y profundo efecto del avivamiento wesleyano.

La vida transformada es posible, como ya hemos visto, porque el Espíritu de Dios está presente morando en nosotros. Una prueba de esa presencia es que nos vemos impulsados a dirigirnos a Dios como Padre. Esa disposición o impulso a llamar a Dios, ese buscarlo con la certeza propia de un hijo que llama a su padre terrenal: "¡Papacito!", nos dice Pablo que es resultado de la acción del Espíritu Santo en nuestras vidas. En el fondo del alma, como dice la expresión castellana, experimentamos esa certeza de que Dios nos escucha, como Padre amoroso, es decir el Espíritu nos confirma que somos hijos de Dios. Si hay esa certeza filial, agrega Pablo continuando con la figura, hay también la certeza de una herencia, de algo que podemos esperar como don de ese Padre a sus hijos.

El tono optimista y promisor que nos anuncia una gran herencia, cede ahora el paso a un realismo que trae a escena el

hecho del sufrimiento propio de la vida cristiana ("Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados", v. 17). Este versículo sirve como una transición al tema de la esperanza, pero vale la pena detenerse en él por un momento. Si Pablo hubiese sido uno de esos modernos predicadores del evangelio de la prosperidad, habiendo hablado de "herencia" pasaría a enumerar las ventajas, riqueza y facilidad de vida que proclaman esos "predicadores artistas" de ciertos movimientos carismáticos. Pablo nos sorprende ahora con esta referencia al sufrimiento presente que precede a la gloria futura. Dios no nos va a librar de las tensiones propias de la vida cristiana. Pero eso sí, nos ha dado la presencia de su Espíritu que nos sostiene y ayuda frente a la adversidad. Aquí el pensamiento se lanza al futuro, con una mirada cargada de esperanza, cargada de una expectativa que inclusive hace que resulte llevadero el sufrimiento que implica el discipulado.

Esta sección contiene una rica enseñanza sobre el ministerio del Espíritu Santo que los verbos activos resumen: habita en nosotros, nos guía, da vida nueva a nuestra condición humana, nos hace llamar al Padre, da testimonio de seguridad a nuestro espíritu.

Vivir con esperanza en medio de una creación que gime (8:18-23)

Empieza esta sección con una afirmación rotunda: "estoy seguro", "tengo por cierto..." (v. 18), expresión que el Apóstol usa también en 3:28 y 6:11. Aquí vemos cómo sufrimiento y gloria siempre van juntos en la vida cristiana. Se trata de una convicción acerca de la gloriosa esperanza del creyente, por la cual los sufrimientos propios de este momento empujados, se vuelven insignificantes a la luz de la gloria futura. En el vocabulario de Pablo en estas líneas se contraponen las dos eras, la era pre-

sente con su carga de contradicciones que va a terminar, y la futura que ha empezado con el triunfo de Cristo en la cruz y cuya plenitud está todavía por verse, cuando Cristo se manifieste finalmente.

Pasa entonces el Apóstol a describir la condición de la humanidad en esta era presente. Algunas versiones tienen la expresión "la creación" como sujeto de esta oración, dando a entender la totalidad animada e inanimada del cosmos. Otros piensan que el vocabulario usado se refiere más bien a la humanidad, más específicamente a la humanidad no creyente, contrastándola con los que ya son hijos de Dios. Así traduce la Nueva Biblia Española: "De hecho, la humanidad otea impaciente aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios..." (Rom. 8:19). En cualquier caso, el Apóstol echa una mirada a una totalidad inmensamente abarcante, y nos dice que ella está a la expectativa, como en puntas de pie, "oteando", es decir escudriñando ansiosamente a la espera de que los hijos de Dios se revelen. Allí afuera hay un mundo inmenso que está a la expectativa. Necesitamos recuperar este sentido, esta visión atenta a la necesidad y la expectativa de la humanidad, de todo lo creado. La ecología, la preocupación por el cuidado de este planeta en el cual nos toca vivir, no debiera ser cosa nueva para el cristiano. No nos podemos quedar indiferentes frente a ella si tomamos en serio esta visión paulina.

La sensibilidad apostólica está compuesta en primer lugar del realismo acerca de la condición caída, sufriente, necesitada, de la humanidad, y del pecado que ha afectado con desgaste y deterioro a la totalidad de las realidades creadas. No hay ilusiones que hacerse, no hay un humanismo romántico. Al mismo tiempo, sin embargo, en la sensibilidad apostólica hay otro componente, que ve esta condición como un desafío, como un llamado a la misión, porque tiene una nota de expectativa frente a la

cual, como contraste, se va a revelar la condición redimida de los hijos de Dios. El lenguaje se carga de una nota de esperanza, de una mirada al futuro y a una plena libertad (o liberación), en el pleno sentido de esa palabra (vv. 20, 21). Vale la pena recuperar esta visión hoy que tenemos una conciencia de la inmensidad de la humanidad, de la complejidad de la situación global, aun de las realidades ecológicas de esta creación de Dios.

Con todo eso tiene que ver la esperanza cristiana y estas líneas tienen una pertinencia única para nuestro tiempo. Aquí el Apóstol no aparece como esos predicadores apocalípticos que anuncian una catástrofe final, a la luz de la cual hoy no hay que preocuparse de nada más que de sacar convertidos del mundo como ascuas de fuego. La figura del gemido expresa bien la angustiosa situación en la cual el Apóstol vuelve a insistir. El “gemido” de sufrimiento y dolor, que no alcanza a ser un grito porque ni fuerzas quedan para ello, pero es un gemido que anuncia las labores, las contorsiones propias de un parto, una promesa. Esta figura de “los dolores de parto” es propia de la literatura hebrea. No se trata de los estertores de la muerte ni de los crujidos de un edificio que se cae sin remedio. Y eso lo saben en especial los hijos de Dios, los que saben del poder del Espíritu, de la realidad de las promesas.

En este punto viene el profundo sentido de misión de Pablo que no es indiferente frente a los gemidos de la humanidad y la creación. El cristiano ya lleva en sí mismo las marcas de la acción transformadora del poder de la resurrección, y ya vive en la nueva era inaugurada por el triunfo de Cristo. Sin embargo comparte las tensiones de la era presente, pero lo hace con el poder de la esperanza. La esperanza le permite ver la salida más allá de la oscuridad del túnel. Esa esperanza lo sostiene en su propia lucha espiritual, porque como dice Stott comentando el v. 23: “Nos hacen gemir dos hechos: nuestra fragilidad física, y nuestra

naturaleza caída, de manera que anhelamos ardientemente la gloria futura, cuando seremos librados de estas dos cargas”.

Vivir en esperanza por la fuerza del Espíritu (8:24-27)

El ser humano no puede saber esto por la simple observación de la naturaleza o de la historia. El pesimismo y cinismo de la cultura posmoderna de hoy en día se debe precisamente a que la observación muestra que las utopías humanistas —del liberalismo o del marxismo— no tenían base. Si es que va a haber esperanza, tiene que haber una palabra que no venga ni de la naturaleza ni de la simple historia humana. Precisamente la Palabra de Dios en Cristo, por el poder del Espíritu, es palabra de esperanza. La resurrección de Cristo, cuyo poder ya vemos en acción en nosotros mismos, es garantía de la liberación final de todo lo creado.

Pablo afirma que la salvación en sí misma es la fuente de la esperanza, la salvación que Cristo ofrece es para la esperanza. En los vv. 24 y 25 vuelve Pablo a referirse a la tensión entre el “ya” y el “todavía no” de la vida cristiana, entre lo que se ve y lo que se espera aunque todavía no se ve. En el v. 23 describía esa tensión como un gemido de nuestra parte, en el marco de toda una creación que gime. En el v. 25 la describe como una esperanza decidida de esa gloria que todavía no ha sido revelada. Son dos matices de la misma realidad.

En este punto Pablo vuelve a hacer referencia a la manera en que el Espíritu Santo actúa en nosotros. No somos seres perfectos o siempre triunfantes. Pablo no tiene problemas en referirse con claridad a la vulnerabilidad del cristiano, y escribe en primera persona del plural incluyéndose él mismo en la descripción: “nuestra debilidad... no sabemos cómo pedir” (v. 26). Pero esta referencia a la propia flaqueza es para afirmar la bondad y la gracia de Dios que por su Espíritu nos ayuda. La compasión divina —*com... pathos*, que se pone solidariamente al lado nuestro en

el sufrir— es descrita aquí en la forma en que Pablo utiliza la misma idea de “gemido” (vv. 22, 23) para referirse a la forma en que el Espíritu intercede por nosotros: “con gemidos indecibles” (v. 26).

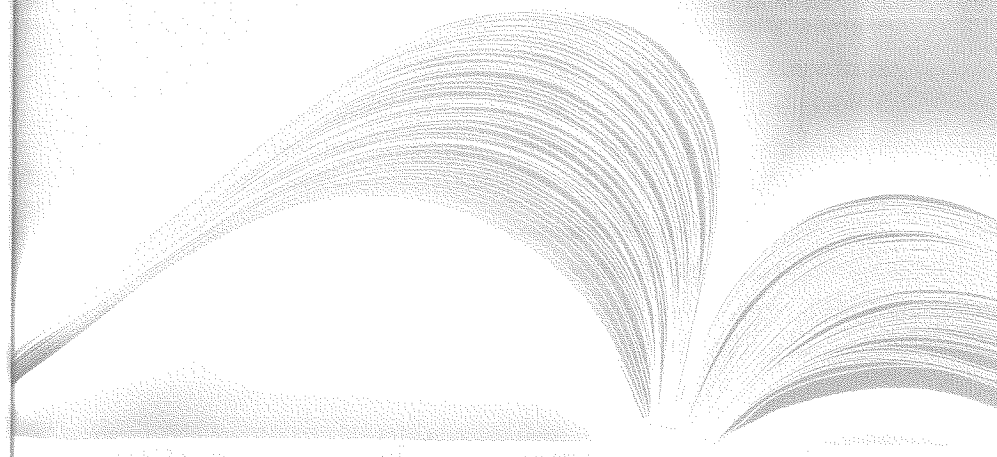
Si ésta es la realidad no podemos ser comunidades que se contagian del pesimismo general, iglesias con mensajes apocalípticos que esperan con ansiedad el fin del mundo y se meten en el convento mental de una actitud sectaria. No podemos ser comunidades que temen al cambio y tiemblan ante el futuro. Si el Espíritu de Dios mora en nosotros, nos transforma y nos llena, venimos a ser como luz en las tinieblas, sabemos que se vive en una época difícil, pero sabemos que Dios tiene la última palabra. Y confesamos que a veces nos invade la incertidumbre, entonces doblamos la rodilla y entre gemidos quizás pedimos al Espíritu que interceda por nosotros.

En resumen

Sólo la Palabra de Dios en el poder de su Espíritu nos da un sentido de identidad como creyentes en Jesucristo en este tiempo de transición, nos da el discernimiento para distinguir la verdad de la práctica y la doctrina cristiana en esta época de confusión, y nos da esperanza para poder vivir en la tensión de una espiritualidad abierta al futuro que Cristo ha abierto para nosotros.

SEGUNDA PARTE

LOS SERVIDORES



ENSEÑAR CON AUTORIDAD

Mateo 7:28, 29

Cuando terminó Jesús estas palabras, la gente estaba admirada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas.



¿Con qué autoridad predica o enseña el maestro de la Palabra? Esta es una pregunta que adquiere a veces una urgencia dramática. Confrontado por alguna persona de la iglesia o de fuera de la iglesia, o a veces en momentos de reflexión acerca de su tarea, el siervo de la Palabra ha de saber responder a esta pregunta. Al enviar a los primeros anunciadores de su mensaje Jesús los envió con su propia autoridad. “Yo os envío...” (Mat. 10:16), les dijo repetidamente preparándolos para una tarea que no iba a ser fácil; y luego agregó “el que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió...” (Mat. 10:40). Por ello podemos encontrar algunas claves de respuesta a la pregunta en unas palabras que el evangelista Mateo ubica al final de uno de los cinco sermones de Jesús que transcribe en su Evangelio: “Cuando terminó Jesús estas palabras la gente estaba admirada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas” (Mat. 7:28, 29). ¿Qué significan estas palabras? ¿Qué quiere decir que Jesús hablaba con autoridad? ¿Querrá decir que Jesús hablaba a voz en cuello o con gestos aparatosos? ¿Querrá decir que manejaba las emociones de sus oyentes con recursos oratorios? Propongo aquí una breve reflexión sobre el tema, especialmente en el texto del Evangelio según Mateo.

Los lectores recordarán que Mateo construyó su Evangelio alrededor de cinco grandes sermones o mensajes, que resumen la enseñanza de Jesús. Cada uno termina con unas breves líneas similares de comentario del autor (7:28; 11:1; 13:53; 19:21 y 26:1). En el caso del Sermón del monte no sólo hay la referencia a que Jesús “terminó estas palabras” sino el comentario del evangelista: “la gente estaba admirada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”. (7:28, 29). En este mismo sermón encontramos algunas claves para entender en qué consistía ese estilo de enseñanza “con autoridad” por parte de Jesús, que contrastaba con la de los escribas, intérpretes oficiales de la Escritura en esa época. Tres son las notas que vamos a señalar en el Maestro: su identidad, su integridad y su originalidad. Nos parece que las tres son confirmadas por un examen paralelo en los otros tres Evangelios.

Identidad: la persona del Maestro

Jesús ha establecido sin lugar a dudas el carácter único y singular de su propia persona como base de su enseñanza. Notamos en la primera sección del sermón la repetición de un contraste entre “lo que fue dicho a los antiguos” y lo que Jesús mismo afirma con autoridad: “mas yo os digo” (5:21, 27, 31, 33, 38). En el ámbito judío de respeto por la tradición y la función de los maestros esto era una audacia. La claridad y naturalidad con la que Jesús afirma su “mas yo os digo”, sólo es comparable a otro tipo de afirmación directa que encontramos más adelante: “No todo el que me dice ‘¡Señor, Señor!’, entrará en el reino de los cielos sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (7:21). Esta afirmación de señorío tiene en el contexto una dimensión escatológica. Jesús anuncia que en “aquel día” (7:22) él actuará como juez del destino final de los seres humanos. Sin embargo, la afirmación de señorío va también vinculada a su relación única con el Padre. Esta es una de las muchas ocasiones en que Jesús utiliza esta expresión que tiene una nota de exclusividad. Dios es

el Padre de los discípulos al cual ellos pueden dirigirse como “Padre nuestro” (6:9), Padre amoroso que conoce las necesidades de los humanos. Sin embargo, en una forma única es el Padre de Jesucristo, a quien nadie conoce sino el mismo Jesucristo, “el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (11:27).

En este carácter único de Jesucristo, que él afirmó sin vacilaciones, tenemos una de las razones por las cuales sus oyentes reconocieron que les hablaba “con autoridad”. En el curso de la historia, Jesús ha atraído a millones de seres humanos de toda raza, condición y color. No sólo como un maestro cuya mirada penetrante ha sacado a luz los vericuetos de la condición humana, sino como un Señor en cuyo nombre hay poder para resistir a todos los señores humanos. Así resistió la iglesia primitiva a los Césares endiosados de Roma, así resistió Bonhoeffer con la Iglesia Confesante a Hitler y los señores del nazismo. Así resistieron los humildes pastores evangélicos del Perú a los terroristas de Sendero Luminoso en la década de 1980, y cada nación y pueblo tiene sus propios ejemplos. Jesús hablaba con autoridad porque hablaba como Señor, como el Hijo de Dios.

Integridad: la coherencia entre hechos y palabras

Una segunda nota relativa a la enseñanza de Jesús es la total coherencia entre lo que hacía y lo que decía, entre su práctica y su teoría. Aquí el contraste con los escribas y los fariseos lo estableció Jesús mismo con absoluta claridad. En el capítulo 23 de Mateo, Jesús ataca en forma terminante y rotunda las tremendas contradicciones entre la enseñanza y la práctica de aquellos líderes judíos. Resulta notable la aclaración que hace Jesús para sus discípulos al comienzo de ese discurso: “Los maestros de la ley y los fariseos enseñan con la autoridad que viene de Moisés. Por lo tanto, obedézanlos ustedes y hagan todo lo que les digan; pero no sigan su ejemplo, porque ellos dicen una cosa y hacen otra” (Mat. 23:2, 3; DHH).

Jesús deja bien sentado su respeto por la ley de Moisés. Él no

ha venido con algo enteramente nuevo sacado del aire. Aunque él es el Señor, se ubica en la continuidad histórica de las grandes obras de Dios en el pasado. Se presenta como el cumplimiento de lo que los profetas habían anunciado, y relaciona lo que él mismo hace con los eventos salvíficos de los cuales da cuenta el Antiguo Testamento. Lo que él quiere dejar bien establecido es que los intérpretes oficiales de la Palabra no eran coherentes. Su conducta negaba lo que ellos enseñaban en sus clases. Eran como ese vanidoso pastor cuya historia nos cuenta Sören Kierkegaard. Ambicionaba llegar a ser obispo y para ello fue capaz de recurrir a todos los medios lícitos e ilícitos, maniobras de política eclesiástica sucia. Luego cuando por fin llegó a ser obispo, en su inauguración predicó un elocuente sermón sobre la humildad.

La autoridad de Jesús provenía de la completa *coherencia* entre sus acciones y sus palabras. Se puede hacer un estudio cuidadoso de cómo los Evangelios presentan este hecho. Sólo mencionaremos algunos ejemplos. En el Sermón del monte, Jesús pone en guardia contra una religiosidad de relumbrón, una espiritualidad exhibicionista. Por ejemplo, advierte contra las oraciones públicas llenas de palabrerías que están más dirigidas a impresionar a los oyentes que a comunicarse con Dios (6:58). Aconseja otro tipo de vida de oración, que es precisamente la que él practicaba: una oración constante, intensa, una vida de comunión permanente con su Padre, practicada en el secreto de las madrugadas o las medianoches, que sólo sus seguidores cercanos llegaron a conocer.

Pero el ataque de Jesús contra la falsa espiritualidad adquiere un vigor chocante cuando ésta va de la mano con la injusticia:

¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas!, que separan para Dios la décima parte de la menta, del anís y del comino, pero no hacen caso de las enseñanzas más importantes de la ley, que son la justicia, la misericordia y la fidelidad. Esto es lo que deben hacer, sin dejar de hacer lo otro. ¡Ustedes, guías ciegos, cuelan el mosquito, pero se tragan el camello!

Mateo 23:23, 24 (DHH)

Notemos que contra una espiritualidad hipócrita la respuesta de Jesús no es “des-espiritualizar” la vida, sino más bien darle una dimensión integral que incluya “lo uno” la obediencia a las demandas de justicia personal y social, y “lo otro”, el cuidado por los detalles del culto y la vida espiritual. Este aspecto de la vida y enseñanza de Jesús tiene especial pertinencia para el mundo de habla hispana. Los evangélicos siempre criticamos en el catolicismo la falta de coherencia. En muchas partes señalamos en el pasado que junto al oro de los altares en los suntuosos templos, pululaban a la puerta los mendigos, fruto de un orden social injusto y corrupto, del cual la iglesia oficial era causante y beneficiaria. Lamentablemente ya no podemos señalar con el dedo. Nosotros también empezamos a enterarnos de incoherencias entre los discursos y la práctica en el ámbito evangélico. En América Latina se ha señalado con preocupación la actuación de evangelistas ricos que llegan con su equipo de “expertos”, predicar maravillas en un estadio, elogian a los peores dictadores, y luego regresan a sus cómodos palacetes de algún barrio rico estadounidense. Nunca hablan de la justicia, la misericordia y el juicio, y es mejor no preguntar sobre su estilo de vida. Jesús hablaba con autoridad porque había completa coherencia entre su estilo de vida y sus enseñanzas.

Originalidad: hacia el sentido más profundo de la Palabra

La tercera nota que explica la autoridad con que hablaba Jesús era su originalidad. Cuando las gentes exclamaban “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46), estaban reconociendo el impacto de la novedad en las palabras del nazareno. Y sin embargo, la novedad se daba dentro de esa continuidad a la cual hemos hecho referencia. En el Sermón del monte se ve con claridad esta manera nueva de leer y de interpretar las viejas palabras del Antiguo Pacto. Jesús no niega lo que dicen Moisés o los profetas, sino que penetra en el espíritu de sus palabras, saca a luz la pertinencia de lo antiguo con la fuerza de

la realidad que él mismo representa como Palabra encarnada. El estilo del discurso de los fariseos y escribas era el mismo que el de muchos teólogos y comentaristas bíblicos de hoy: un rosario de citas de lo que decían otros comentaristas, una lectura tradicional de la tradición acumulada. Era discurso erudito pero alejado de la vida, para el pueblo venía a ser piedras en vez de pan. Y por eso las multitudes estaban “desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mat. 9:36). Era lo que Jesús reprochaba con fuerza a esos líderes profesionales.

La originalidad de Jesús estaba a veces en la forma en que unía diferentes partes del Antiguo Testamento para darles una pertinencia dinámica. Así por ejemplo, cuando le preguntaron cuál era el mandamiento más importante de la ley (Mat. 22:34-40), unió en su respuesta unas líneas de Deuteronomio con unas de Levítico, mostrando la íntima relación entre la exigencia del amor a Dios y del amor al prójimo, que por supuesto estaba en la estructura misma del Decálogo, o sea las dos tablas.

También había originalidad en la convocación a la obediencia simple y llana de esa palabra que era tan clara. Mateo cuenta el caso del joven rico que viene a Jesús con la pregunta “¿qué bien haré para tener vida eterna?” (Mat. 19:16). La respuesta de Jesús es cortante y afirma luego: “si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos” (19:17). El diálogo lleva entonces al desafío. Esa obediencia implica una vuelta de ciento ochenta grados. La explicación que Jesús da la podemos parafrasear de esta manera: “Deja de vivir para ti mismo; el mandamiento de Dios para ti es que encuentres una misión conmigo. Déjalo todo y sígueme”. No era ya cuestión de tener nuevas y más complicadas ideas. Había llegado el tiempo de la acción, porque ese joven ya lo sabía. Con maestría Jesús lo enfrenta no con una lectura escolar, simplista y literal del mandamiento, sino con una profundización en su sentido más íntimo. Y así sacó a la luz la profunda y radical desobediencia del pobre joven rico.

¿Y qué pasa con nosotros?

Ahora bien, nosotros no somos Jesús, si bien nos sometemos a su autoridad y su señorío. Pero, ¿será posible que aprendamos a hablar con la autoridad con que hablaba Jesús? ¿En quién delega el Maestro la autoridad de hablar como él habló? Sigamos el itinerario de nuestras tres notas para responder a estas preguntas.

Un principio clave lo establece Jesús en sus palabras del gran sermón misionero del capítulo 10 de Mateo: “El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió” (Mat. 10:40). Jesús promete su presencia con los suyos por la acción del Espíritu (Juan 14:13-15), el mismo Espíritu por cuyo poder Jesús había ministrado en la tierra (Mat. 12:28). Es sólo por la acción poderosa del Espíritu que cuando nosotros anunciamos el evangelio los que oyen llegan a comprender la identidad de Jesucristo, llegan a lo que Pablo llama “el conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor. 4:6). Hablar con la autoridad de Jesús hoy no es hablar con el peso de la tradición o la sanción oficial de una institución, es hablar en fidelidad al Cristo de los Evangelios, en sumisión a su Espíritu, nunca con arrogancia.

Según el libro de los Hechos, los primeros discípulos de Jesús fueron confrontados muchas veces por la pregunta respecto a con qué autoridad hablaban. En ese contexto se desarrolla la expresión “en el nombre de Jesucristo” que ellos tantas veces usaron. Pedro lo dijo con elocuencia: “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12). En el nombre de Jesús había poder para hacer señales milagrosas y el anuncio apostólico decía rotundamente que sólo en el nombre de Jesús había poder también para encontrar la salvación plena y final. Sólo en ese nombre hay todavía poder. Cuando hemos aceptado su señorío podemos invocarlo. Ese nombre hace referencia a esa identidad singular que estaba en la base de la autoridad con la cual hablaba Jesús. En ese nombre y en ningún otro, ni de santo, ni de Apóstol, ni siquiera el de la madre de Jesús, se nos ha enseñado a orar y a esperar que el poder de Dios actúe.

Jesús decía a sus discípulos: “os digo que si vuestra justicia no fuera mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mat. 5:20). Espera de nosotros la misma coherencia entre palabra y obra que caracterizó su vida. La marca del amor al maestro sería la obediencia a sus mandamientos (Juan 14:21). Es decir no sólo la ortodoxia (conocimiento) de tener una doctrina buena, cristocéntrica, que haga justicia a la Palabra revelada, sino también la ortopraxis (acción) de un estilo de vida y de misión que siga el ejemplo de Jesús. A quienes hacen muchas “señales y milagros”, recalcando el poder que hay en el nombre de Jesús, se les pide también esta coherencia en la obediencia, no sólo en el diezmo de las cosas pequeñas, sino en la justicia y la misericordia. Los seres humanos todavía distinguen a quien habla con la autoridad de Jesús, y muchas veces lo reconocen.

La originalidad del que enseña o predica la Palabra de Jesús hoy en día tiene que beneficiarse de ese estilo que hemos visto en el Maestro. Todo gran movimiento de renovación espiritual, como la Reforma o los grandes avivamientos, ha sido también un movimiento de vuelta a la simplicidad, riqueza y profundidad de la Palabra. La vieja Palabra ha adquirido nueva pertinencia, los que la escuchan han conseguido salir de la repetición mecánica de los credos, o de los sermones floridos para entretener a cristianos tranquilos y adormecidos. No seamos ciegos al vigor renovado con que se está leyendo hoy la Palabra en iglesias y círculos donde antes se la desconocía. Algunos nos están llamando la atención a cosas que habíamos olvidado: el amor de Dios por los pobres, el juicio de Dios contra la injusticia, la condena de Dios contra la religiosidad sin ética y sin misericordia. No vaya a ser que nos pase lo que le pasó al joven rico, que prefirió quedarse en su obediencia literalista a ciertos mandamientos en vez de embarcarse con Jesús en una misión de servicio y anuncio de la Buena Noticia. Porque para el que quiere escuchar y obedecer, Jesús sigue hablando con autoridad. No como los escribas.

LA DIGNIDAD DEL SIERVO DE DIOS

1 Tesalonicenses 5:12-14

Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan. Tenedlos en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros. También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos.

El pueblo evangélico crece rápidamente en el mundo de habla hispana. Crece en América Latina y entre los hispanos de Estados Unidos de América, y crece también, aunque no al mismo ritmo, en España. Con ello nos regocijamos todos los que creemos en el mandato evangelizador del Señor Jesucristo. Sin embargo, este mismo crecimiento está trayendo desafíos nuevos a las iglesias. Uno de ellos es el problema pastoral, que en algunos casos se ha vuelto crítico. Por una parte, cada día hacen falta más pastores preparados que puedan dedicarse de lleno al cuidado pastoral de las congregaciones. Por otra parte, la crisis económica creciente de algunos países hace que cada vez parezca más difícil sostener adecuadamente a los pastores y servidores de la Palabra, de manera que lleven una vida digna, sin angustias económicas que dificulten su ministerio.

El problema proviene en parte porque no se ha dado adecuada enseñanza en las iglesias acerca de la mayordomía, es decir de la responsabilidad económica que conlleva la vida del discípulo de Cristo, que es más que la tradicional “limosna” de la cultura ca-

tólica. Proviene también del hecho de que no se ha comprendido bien un principio que nos parece muy claro en el Nuevo Testamento: el principio de *la dignidad del siervo de Dios*.

Reconocer el trabajo de los pastores

La primera nota que destaca en 1 Tesalonicenses 5:12-14 es el tono apostólico y pastoral con que se introduce el tema. "Os rogamus, hermanos", no tiene el tono admonitorio de exigencia o amenaza, sino el de una súplica fraterna. No está escribiendo Pablo como uno de esos obispos o superintendentes que hacen pesar sobre sus oyentes o lectores la respetabilidad de su cargo. Es un ruego que apela al afecto fraternal, y que nos demuestra la calidad de relación entre el pastor y su congregación. Como se recordará ésta es una de las primeras epístolas de Pablo, dirigida a una congregación que él había fundado (Hech. 17:1-15), y posiblemente escrita pocos meses después de su fundación. En la primera parte de la epístola Pablo describe lo que ha sido su práctica apostólica, un ministerio basado en el afecto profundo, la integridad, la ausencia de espíritu de lucro, y el trabajo esforzado (2:5-9).

Reconocimiento y estima

En la porción que estamos considerando se pide a los tesalonicenses dos cosas: que "reconozcan" (v. 12) a los que trabajan entre ellos, y que los tengan en "muchísima estima" (v. 13). En la idea de "reconocimiento" está la nota de aceptación del papel de los dirigentes en la congregación, los que "os presiden", y sometimiento a su liderazgo. Más aún, ese reconocimiento ha de darse inclusive cuando ese liderazgo consiste en el consejo admonitorio o correctivo: "os amonestan". Pero además del reconocimiento tiene que haber "muchísima estima y amor". Estas palabras del v. 13 tienen por un lado la idea de *agape*, ese afecto entrañable e intencional, característico de la comunidad cristiana, y por

otro lado la calificación adverbial con la raíz *hiper*, la idea de "sobrebundante". Con tal reconocimiento y estima han de tratar los creyentes a sus pastores.

Para mí esto significa que *el pastor no es un asalariado al cual se trata como a un empleado*. En algunas iglesias se ha entendido mal el papel congregacional, y nos encontramos pastores que viven atemorizados o intimidados por su junta de diáconos, o comisión pastoral, precisamente porque quienes forman esos cuerpos creen que su papel es vigilar, controlar y coartar al pastor. A veces se ha reaccionado contra la figura del pastor dominante o despótico, y se ha ido al extremo opuesto. Hemos visto gente de iglesia que al sentirse frustrada o maltratada por su patrón en su empleo, entonces descarga sus frustraciones en la iglesia, donde el pastor viene a ser "su empleado". Esta invitación de Pablo apunta en la dirección de un *reconocimiento* y una *estima* que son la base de la relación entre pastor y congregación.

Mi observación y mi práctica en países muy diferentes es que las iglesias vigorosas y maduras son aquellas en las cuales hay una relación de mutuo afecto y comprensión entre el pastor, o los pastores, y la congregación. Aquí hace falta una aclaración, recordando lo que ya hemos dicho sobre el estilo pastoral al cual Pablo hace referencia en el capítulo 2 de esta epístola. Ciertos estrategias de "Iglecrecimiento" se equivocan cuando nos quieren imponer como modelo a los pastores dominantes y autoritarios según el modelo de ciertas iglesias. Se suele decir que está demostrado que las iglesias grandes son las que tienen este tipo de pastor, un caudillo que hace y deshace en la vida de las personas. Esa puede ser una observación pragmática o sociológica, pero no es el principio bíblico.

En nuestro trabajo pastoral hemos tenido que atender a muchos jóvenes lastimados por los excesos de un tipo de pastoral tiránica y abusiva. ¿Qué se puede pensar de iglesias gigantescas

con pastores que han llegado al punto de tener que andar con guardaespaldas? Es precisamente en reacción contra ese clericalismo, ese modelo de sacerdote omnipotente, que algunos se han ido al otro extremo del pastor considerado como pobre asalariado, que no puede tomar iniciativas ni llevar su propio rumbo ministerial conforme a la dirección del Señor. Ante estas dos aberraciones extremas, el modelo sentado por Pablo es el de una relación de reconocimiento, amor y estima mutuos.

La base del aprecio y la estima

El otro lado de la moneda es que según este pasaje la razón para el reconocimiento y la estima es el *trabajo* del pastor y su función de *liderazgo*, y también de *amonestación*. El vocabulario utilizado por Pablo en el original griego del texto contiene la palabra *kopiontas*, que hace referencia a un trabajo arduo y fatigoso. En otros pasajes de la Epístola, Pablo ha hecho referencia a su propio estilo de trabajo: “os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; cómo, trabajando de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios” (1 Tes. 2:9). El reconocimiento no se basa en el cargo o el título, se basa en el trabajo. El pastor no es reconocido o tenido en mucha estima por la posición honorífica que ostenta, o por el cuello clerical que luce. La base de la estima es la obra, el trabajo. En este caso Pablo incluye en ese trabajo todas las tareas involucradas en los dos términos: “presidir”, y “amonestar”. La Versión Latinoamericana se acerca bien al sentido del original cuando traduce así el v. 12: “Hermanos, les rogamos que se muestren agradecidos con los que se afanan por ustedes, para dirigirlos y aconsejarlos en las cosas del Señor”.

Resumiendo lo que hasta aquí hemos dicho, Pablo exhorta a que en la iglesia haya una relación cálida y fraterna entre los pastores y los creyentes, basada en el trabajo esforzado y disciplinado

de los pastores y en la actitud de reconocimiento y alta estima por parte de los creyentes. Me parece que sólo sobre una base así, de una relación madura en Cristo, se puede pasar a hablar del sostenimiento económico de los pastores por parte de la congregación. Estos son los términos en los cuales planteo la “dignidad del siervo de Dios”, que me parece urgente recuperar en el mundo de habla hispana. Se trata de algo muy diferente a las relaciones “patrón-obrero” según el modelo de los clásicos patrones tipo señor feudal de nuestras clases dominantes, o del sindicalismo populista impuesto por quienes dicen representar a la clase obrera. Se trata de un modelo diferente, porque se parte de una relación diferente basada en la lealtad común a Jesús el Rey-Siervo.

Es posible decir que en estos versículos Pablo se está dirigiendo a líderes que no percibían remuneración económica por su trabajo en la iglesia, ya que la Epístola no hace referencia a ello. Sin embargo, me parece que la calidad de la relación a la cual Pablo hace referencia aparece también como el ideal neotestamentario en pasajes como 1 Pedro 5:1-4; Juan 15:11-17 y 1 Timoteo 4:12-16. Es sobre la base de una relación como esta que puede aplicarse luego el principio de la dignidad del siervo de Dios en relación con su salario, tal como aparece en 1 Timoteo 5:18: “Digno es el obrero de su salario”. En mi trabajo con obreros cristianos jóvenes he insistido en la necesidad de una vida disciplinada. El hecho de no tener que marcar tarjetas ni tener horas de entrada y salida hace que algunos obreros cristianos se descuiden en el uso del tiempo, y que no pongan en su trabajo en la obra del Señor la disciplina y dedicación que estarían obligados a poner para sobrevivir en un trabajo secular. Cuando los miembros de mi iglesia que salen a trabajar a las seis de la mañana y luego de un día largo de labor vienen al estudio bíblico y se dan cuenta de que no me he preparado, y me escuchan contar las incidencias del partido de fútbol o la novela que

he estado viendo en la televisión, tienen derecho a cuestionar que yo como obrero sea digno de mi salario.

No hay clericalismo en la tarea pastoral

Complemento importante de la sección que hemos descrito en los vv. 12 y 13, lo constituyen los versículos que siguen en la Epístola, y que describen los desafíos pastorales que se presentaban en el seno de la iglesia de entonces: los *ociosos*, los *de poco ánimo*, los *débiles* y la *totalidad* de la congregación. Al igual que la sección anterior, esta va dirigida a todos los creyentes de Tesalónica, porque en el v. 14 se repite la expresión del v. 12 “os rogamos, hermanos...”. Reflexionemos en el significado de este hecho. Si bien “los que trabajan” (v. 12) ejercen una medida especial de responsabilidad, guiando a la iglesia y cuidando de ella, al mismo tiempo las tareas pastorales se reparten entre todos, porque aquí el Apóstol las asigna a todos los receptores de la carta. A ellos, los hermanos, y en plural, se les pide que “amonesten... alienten... sostengan... sean pacientes” (v. 14).

En la situación actual del mundo de habla hispana, se han multiplicado los problemas pastorales. La vida urbana, la secularización y la presión económica determinan que haya un número creciente de crisis familiares, dolencias mentales y emocionales, depresiones e inestabilidad. La solución no va a venir simplemente de un aumento en el número de pastores bien preparados y sostenidos con dignidad. Lo que se está empezando a ver es la necesidad de movilizar a toda la congregación para practicar el pastoreo mutuo, según el estilo paulino aquí descrito. Ese estilo participativo y congregacional se perdió con el clericalismo creciente impuesto por la romanización de la iglesia. La Reforma del siglo XVI redescubrió el sacerdocio universal de los creyentes, y como fue un movimiento de despertar espiritual, creó congregaciones vivas en las cuales se practicaba dicho sacerdo-

cio. Cuando el protestantismo cayó a su vez en formas nuevas de clericalismo, el avivamiento pietista y el metodismo, volvieron a practicar el pastoreo mutuo en pequeños grupos de estudio bíblico y oración.

Tal es el modelo que hace falta redescubrir en el mundo de habla hispana de hoy. Las iglesias que crecen en forma rápida y espontánea han logrado movilizar a todos los creyentes, pastores y laicos, para la evangelización. Ha llegado la hora de conseguir la misma movilización general para el discipulado y el pastoreo mutuo, a fin de que las iglesias no sean sólo monstruosas acumulaciones numéricas, tan despersonalizantes como las acumulaciones de los estadios o los trenes subterráneos. Se trata de que las iglesias lleguen a ser comunidades en las cuales se crece armónicamente como crece todo el cuerpo, según el paradigma paulino de Efesios 4:15, 16. Para que esto suceda, hacen falta pastores sostenidos dignamente, que cuentan con el respeto de su congregación, que pueden con tranquilidad y buena conciencia trabajar en la planificación de su ministerio. De esa manera no serán pastores-orquesta, tratando siempre de demostrar qué ocupados están, por temor a que se los considere indignos de su salario. Serán más bien movilizadores de sus congregaciones, en el poder del Espíritu Santo, dando la bienvenida a las iniciativas de los laicos, organizando los recursos que la Iglesia de Dios tiene para responder al llamado misionero del momento.

URGENTE: SE NECESITAN MENTORES

2 Timoteo 2:1-3

Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo.

Una de las más grandes alegrías del ministerio cristiano es que alguna persona joven que está embarcada en el servicio de Cristo nos diga con gratitud, “Usted fue mi mentor”. Es sólo comparable a la satisfacción de poder decir “¡Gracias!” a alguien que fue nuestro mentor, y hacer memoria de aquella relación —tal vez lejana o breve— que resultó decisiva en nuestra propia formación ministerial.

Cada vez que como hoy me pongo a escribir recuerdo agradecido a Alejandro Clifford, mi maestro argentino, uno de los grandes periodistas evangélicos de habla castellana en el siglo XX. ¡Qué privilegio fue tenerlo como mentor, y como padre adoptivo! Lo conocí justo cuando empezaba mi tarea periodística y literaria y a lo largo de una amistad de 22 años trabajamos juntos en las revistas *Certeza* y *Pensamiento Cristiano*, las cuales él había fundado y dirigido por décadas; también participamos en el movimiento de Lausana. Clifford era una enciclopedia viviente de la historia del Cristianismo en América Latina y España, escribía para la prensa secular lo mismo que para la evangélica. Me guió con mano experta por los recovecos de su biblioteca y sus archivos y de varios centros de investigación. Tenía vocación de mentor:

leía con cuidado y respeto lo que habías escrito, luego con suma delicadeza te sugería cambios y quizás te mencionaba algún escritor cuyo estilo podría ayudarte en relación con tus puntos débiles. Luego por correspondencia continuaba con el diálogo y no dejaba de elogiarte cuando evidentemente habías mejorado y las cosas te salían mejor. Era impaciente con los alardes de erudición que oscurecían el estilo aunque satisficieran la vanidad de su autor, y cultivaba la claridad unida al buen humor, y aun a la pasión y la ironía cuando intentaba “desfacer entuertos”.

Me he detenido en este recuerdo personal porque es mucho lo que debo a Clifford y a otros pastores, maestros y amigos en el desarrollo de mi ministerio a lo largo de varias décadas. Si mi formación se hubiese limitado a lo que me dieron los libros y el programa formal de las universidades en que estudié, creo que no podría haber hecho lo poco que he hecho de trabajo docente y publicaciones. Fue esta relación vital con mis mentores la que me comunicó lo que podríamos llamar los secretos de la vida, la profesión y el ministerio. Tengo una firme convicción de que para tener más y mejores pastores, evangelistas, educadores teológicos, profesionales responsables y maestros, *necesitamos que surjan más mentores*. Ni las instituciones, ni los recursos materiales, ni los grandes programas van a servir si no tenemos más mentores. Un campo en el que nos hacen mucha falta mentores es el de la tarea pastoral, y a ello quiero dedicar el resto de este capítulo.

¿Qué es un mentor?

¿Qué quiero decir con la palabra “mentor”? María Moliner nos dice simplemente que “Antiguamente (mentor) era un hombre encargado de la educación de un joven” y luego añade que “hoy es una persona que aconseja, guía o inspira a otra”¹. Corominas nos recuerda que “Mentor (*griego Méntor*) era el nombre propio del

consejero de Telémaco”². Ulises, el héroe de *La Odisea* confió a Méntor la custodia de su hijo Telémaco, y así el uso clásico del término se asocia con las ideas de preceptor, consejero o ayo. Para mí viene a ser una manera más precisa de decir “maestro”, aludiendo a la relación personal y al acompañamiento de un discípulo en su evolución paso a paso. Y cuando preciso así las cosas, de inmediato viene a la mente la relación entre Jesús y sus discípulos, o entre el apóstol Pablo y sus colaboradores y delegados jóvenes como Tito y Timoteo. A estos modelos neotestamentarios de pedagogía se ha dedicado mucha atención en tiempos recientes.

Mi formación universitaria en pedagogía me llevó a prestar especial atención a estos modelos y a leer el texto bíblico con las inquietudes propias de quien observa el proceso de formación humana y de liderazgo con las herramientas de las ciencias biológicas y sociales. Luego, durante mi militancia en los Grupos Bíblicos Universitarios, aprendí de mentores como John Stott o Hans Bürki un cierto arte de seguir el modelo de Jesús y de Pablo dentro de las circunstancias de la vida universitaria actual. Mis colegas P. T. Chandapilla de la India, y Ada Lum de Hawái, insistían en que la forma personalizada de educar en las culturas orientales estaba más cerca del modelo de Jesús y de Pablo, por contraste con el modelo académico magisterial europeo o estadounidense. Con todos estos ingredientes se ha ido reforzando mi convicción de que la continuidad y la salud de nuestras iglesias evangélicas, en esta época de increíbles transiciones culturales, requiere que volvamos al modelo del mentor para la formación de las nuevas generaciones de dirigentes.

Destaco en el concepto de mentor, en primer lugar, la relación cálida y de confianza casi filial-paternal entre el mentor y su discípulo. El lenguaje de afecto, tan rico en las Epístolas Pas-

¹ María Moliner, *Diccionario del uso del español*, Tomo II (Madrid, España: Ediciones Gredos, 1991), p. 394.

² Joan Corominas *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Vol. III (Berná, Suiza: Ediciones Francke, 1954), p. 344.

torales paulinas, o en el Evangelio de Juan, dan cuenta de este tipo de relación. Es una relación que presupone convivencia. El mentor no es un profesor que da su clase y se va sino un amigo que convive con sus discípulos. “Maestro, ¿dónde vives?” le preguntan a Jesús unos seguidores de Juan, y la respuesta es decisiva “Venid y ved. Fueron, y vieron dónde vivía, y se quedaron aquel día con él” (Juan 1:35-39). Lucas ofrece una descripción interesante: “...Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Lo acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades...” (Luc. 8:1, 2). Y en el caso del apóstol Pablo, recordamos las narraciones de sus viajes en Hechos, siempre el mentor como parte de un pequeño grupo: “Quiso Pablo que Timoteo fuera con él...” (Hech. 16:3); más adelante hace una gira por Macedonia y en la partida incluye a Timoteo y otros seis discípulos (Hech. 20:1-4); y hacia el fin, “permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que venían” (Hech. 27:30). Es decir, la vida propia del mentor expuesta a los ojos del discípulo; mentor no sólo como trasmisor de ideas sino como modelador de vida.

En segundo lugar, la aceptación del peso de una responsabilidad que puede ser descrita como la de un hermano mayor. Como mentor soy responsable por el otro, en su juventud, su fragilidad, su plena humanidad. Soy responsable por la calidad e integridad de la enseñanza transmitida, amenazada muchas veces por las falsas doctrinas. Articulo la verdad en sus elementos básicos, y de la mejor manera que puedo la transmito con gran respeto por su integridad y fidelidad a la revelación. Soy responsable por la exhortación moral a quien —debido quizás a su juventud e inexperiencia— está en peligro de tropezar y caer. Soy responsable por el estímulo y el ánimo a quien por su timidez o falta de confianza es necesario darle a veces un empujón frater-

no. El Apóstol es explícito: “Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo” (2 Tim. 2:1-3).

Pastores como mentores

Los pastores pueden ser mentores de las nuevas generaciones. También pueden serlo los maestros de Escuela Dominical, líderes de jóvenes, presidentes de consejos de diáconos. En cada una de estas tareas hay principios y formas de hacer las cosas en las cuales los futuros responsables tienen que ser iniciados. Los seminarios e institutos bíblicos forman a los futuros ministros, y sin embargo están limitados por factores como el tiempo, el peso de la carga académica, la variedad de experiencias y caracteres representados por el alumnado. Es verdad que tenemos que agradecer a Dios por los profesores de Seminario que son también mentores de sus alumnos, aunque sea materialmente imposible ser mentores de todos ellos. Sin embargo, la formación de las nuevas generaciones requiere una tarea conjunta y concertada entre las iglesias locales y las instituciones formativas.

Las prisas y exigencias de la tarea pastoral no debieran dejar a nuestros pastores y pastoras sin tiempo para hacer de mentores de algunos jóvenes y señoritas. Casi siempre los buenos candidatos al estudio teológico y el ministerio han tenido mentores que establecieron un fundamento sobre el cual la institución teológica edifica. Al mismo tiempo, dentro de una situación ideal, quienes estudian en un Seminario tendrían que hacer trabajo práctico bajo la supervisión de un pastor o pastora de experiencia que pudiese llegar a ser su mentor en el aprendizaje de la pastoral. Ello requiere un cuerpo pastoral en el cual se renueve y se recicle continuamente la vocación de mentor.

La tarea pastoral tiene aspectos docentes, administrativos y específicamente pastorales. La tarea docente por medio de la predicación y la enseñanza requiere el uso constante de las herramientas de interpretación de la Biblia adquiridas en el estudio teológico. Es todo un arte interpretar las necesidades de la congregación, relacionar el texto bíblico con la realidad actual, responder a los diferentes momentos que viven las personas y la comunidad. La tarea administrativa de recursos materiales como edificios, bibliotecas, mobiliario, relaciones con los ayuntamientos o municipalidades, y otros parecidos es también todo un arte. Lo administrativo y lo pastoral se conjugan en las tareas de descubrir los dones existentes en la congregación y señalar metas hacia las cuales se puede marchar como iglesia en forma coordinada y armónica. Y hay una gran variedad de tareas específicamente pastorales en la mediación de conflictos, el ministerio a los enfermos, el estímulo a los cansados, el consuelo a los sufrientes y la construcción de relaciones en la comunidad. En todas estas tareas, para las cuales pueden usarse términos como "arte", "menester" o "quehacer," las personas tienen que ser iniciadas y ello requiere una actitud de mentor. Estas son las cosas que no se aprenden en libros. A todo ello me refiero cuando pienso en el pastor como mentor de futuros pastores.

Desafíos superables

En este mundo cambiante en que nos ha tocado vivir, la tarea de ser mentor no es tarea fácil, claro está. No nos gusta mucho eso de exponer la vida propia. Una vez terminado el servicio del domingo queremos paz y tranquilidad, el refugio de la vida privada con la familia. Sin embargo debo decir que en mis casi cincuenta años de ministerio en América Latina, Estados Unidos de América y España he recorrido mucho desde Filadelfia hasta Texas, o desde Lima hasta México y Buenos Aires o desde Tene-

rife hasta Santa Coloma de Gramenet. He tenido el privilegio de comer muchos domingos después del culto en casa de pastores, rodeados de gente joven, entre los que uno ve cómo se ha establecido una relación de mentor que se refleja en la calidad del culto y en la calidez de la vida congregacional. Sí, es posible y hay que dar gracias a Dios por todos estos pastores mentores y sus familias que comparten la carga de la hospitalidad dedicada.

Otra dificultad puede ser la inseguridad del pastor o dirigente, temeroso quizás de que le salga un discípulo que llegue a superarlo como predicador o dirigente del culto, o mediador de relaciones en la congregación. Quizás en muchos casos la posibilidad de ser un mentor queda así desplazada o pospuesta por el temor. A mí me ha ayudado mucho el diálogo de Jesús con sus discípulos en Lucas 10:17-20. Regresan los setenta enviados, contentos porque han tenido un éxito inesperado: "¡Señor, hasta los demonio se nos sujetan en tu nombre!" (v. 17). Jesús, el mentor, aprovecha la oportunidad para una lección magistral: "Os doy potestad de pisotear serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos" (v. 20). La seguridad final del enviado de Jesús, la fuente de su alegría, no está en el éxito de su tarea sino en esa relación fundamental con Jesús: sabemos quiénes somos por su gracia, él nos conoce por nuestro nombre. No tenemos que desvelarnos por realizar hazañas: la hazaña principal él la realizó en la cruz, y es de allí que sale nuestra seguridad y nuestra identidad.

En lo que sigue de este pasaje de Lucas hay una nota de alegría tremenda "En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu" (Luc. 10:21), afirmó el misterio de la voluntad salvadora de Dios y de su propia identidad, y volviéndose a los discípulos les dijo: "Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros

veis" (v. 23). Hay que orar para que el Señor haga surgir una generación de mentores: gozosos, seguros de sí mismos por la gracia de Cristo, dispuestos a exponer la propia vida y asumir la responsabilidad de formar a las nuevas generaciones.



LA INFRAESTRUCTURA AFECTIVA DEL MINISTERIO CRISTIANO

Filipenses 2:25-30

Pero me pareció necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano, colaborador y compañero de milicia, a quien vosotros enviasteis a ministrar para mis necesidades. Él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y se angustió mucho porque os habíais enterado de su enfermedad. En verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviera tristeza sobre tristeza. Así que me apresuro a enviarlo, para que al verlo de nuevo, os gocéis, y yo esté con menos tristeza. Recibidlo, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él, porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que os faltaba en vuestro servicio por mí.

“El ministerio se tiene que llevar a cabo con cariño” me dijo una vez un pastor de gran experiencia. Yo era joven entonces, y a lo largo de los años he comprobado la tremenda verdad encerrada en esta frase. Los mejores pastores que he conocido son gente que quiere a su iglesia. En las iglesias vivientes en las cuales he participado o que he podido observar en diferentes países, la gente quiere al pastor o a los pastores o pastoras. Una dimensión importante del ministerio cristiano y de la misión de la Iglesia es esta dimensión *afectiva* cuya importancia se suele pasar por alto. No está demás hacer memoria. Claro que el ministerio demanda arraigo en la Palabra, conocimiento teológico, consagración a Dios, disciplina personal, planes estratégicos, dedicación verdadera; pero también demanda cariño.

Un pasaje que podría pasar inadvertido en el texto de la Epístola a los Filipenses, nos muestra esta dimensión en la práctica paulina del ministerio. En Filipenses 2:25-30 nos encontramos con la referencia de Pablo a uno de sus acompañantes en la prisión al cual se refiere como "hermano Epafras, mi compañero de trabajo y de armas" (v. 25; DHH). El pasaje nos ofrece una ventana hacia la intimidad del Apóstol, la calidad de relaciones que cultivaba, y su esfuerzo intencional por fortalecer esas relaciones; eso que bien podríamos llamar "la infraestructura afectiva del ministerio". La idea es que así como una iglesia no puede realizar su ministerio sin una infraestructura material y arquitectónica, tampoco puede realizarlo sin una infraestructura afectiva. El texto de esta carta permite ver que Pablo está anciano y en prisión, y la iglesia de Filipos, como muestra del afecto que le tenía, le había enviado a Epafras como portador de ayuda económica, y aún más como un mensajero para que lo acompañase y animase.

Mayordomía del afecto

Era mutuo el cariño entre el misionero y la iglesia que había fundado, ya que Pablo tiene un cierto tono nostálgico cuando les escribe: "Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo" (Fil. 1:8). Cuando se fundó aquella iglesia, Lidia, la primera convertida en Filipos, abrió su hogar a los misioneros. Desde entonces esta iglesia había practicado una mayordomía económica generosa para ayudar a Pablo (Hech. 16:15 y Fil. 4:15-20), una ofrenda de la cual Epafras había sido portador. Pero además el Apóstol agrega en referencia a Epafras "a quien vosotros mismos me mandasteis para atender a mis necesidades." (Fil. 1:25). El mensajero era portador de una ofrenda (4:18) pero también tenía como misión acompañar a Pablo en las necesidades de su vida de

prisionero. Para describir este envío podríamos usar el término *una mayordomía del afecto*, la cual es igualmente importante en la dinámica de relaciones del ministerio cristiano. Así pues, todo un viaje de una persona desde Filipos al lugar donde estaba Pablo prisionero, probablemente Roma (para expresar al Apóstol el afecto y cuidado de sus hermanos y hermanas filipenses!

Cumpliendo este servicio a Pablo, Epafras "puso en peligro su vida, y estuvo cerca de la muerte" (v. 30). Varios comentaristas coinciden en que el peligro de muerte era resultado de una enfermedad que Epafras sufrió precisamente mientras servía al Apóstol. Aunque no sabemos qué clase de enfermedad era, sí entendemos que era mortal. La noticia de esto llegó a Filipos, y la iglesia se sintió conmovida al conocerla. Acá tenemos dos viajes más. El de quien llevó la noticia a los filipenses y el de quien trajo de regreso a Pablo la noticia de que éstos estaban conmovidos y preocupados por su mensajero Epafras. De manera que Pablo envía de regreso al mensajero, esta vez para confortar a los filipenses. Son cinco viajes a los cuales se hace referencia en estas pocas líneas, viajes largos y difíciles, motivados por el afecto mutuo. Es así como la nostalgia y la compasión pasan a ser un capital misionero importante. Gestos como la generosidad de los filipenses y la dedicación de Epafras fueron elementos que hicieron posible la misión de Pablo.

El afecto del siervo de la Palabra

El Apóstol correspondía con un afecto que se expresa repetidas veces en esta epístola y que sirve de base a la comunicación de su enseñanza. La misma actitud se encuentra en otros pasajes de los escritos paulinos, como por ejemplo en 1 Tesalonicenses 2:8, donde escribe: "Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no solo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas, porque habéis llegado a sernos

muy queridos". El portador del mensaje de Cristo no es un frío trasmisor de contenidos intelectuales. Es alguien que de veras llega a querer a aquellos a quienes evangeliza y enseña. Es notable observar este "encariñamiento" cuando se trata de misioneros que van de una cultura a otra y a través de una inculturación, un meterse en el mundo del otro, desarrollan también un afecto especial que trasciende las diferencias culturales. En esa forma de querer hay un modelo cristológico, porque fue el estilo que el propio Jesús encarnó durante su ministerio en la tierra.

Pablo hace gala de desprendimiento y consideración en su estilo misionero. Para que los filipenses no siguieran angustiados por la situación de Epafrodito, y para quitarse de encima un peso de preocupación pastoral por ellos, Pablo les envía de nuevo al mensajero del amor (Fil. 2:28, 29). Su carta insiste en que él mismo está enviando a Epafrodito, no es que éste haya dejado su servicio en forma irresponsable. Quizás el propio Epafrodito fue el portador de la carta y Pablo exhorta: "Recibidlo, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él" (Fil. 2:29).

¿No estaremos exagerando, con criterio sentimentalista, al insistir en esto de una base afectiva? La idea de esta calidad de relación en Filipenses conecta con una referencia a la nueva actitud que debe caracterizar a los creyentes y que es fruto de la relación con Jesucristo. A ello alude la exhortación de 2:5 que la versión RVR-1960 traduce: "Haya pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". La versión *Dios Habla Hoy* dice: "Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús". ¿Se trata de "sentir" (afecto) o de "pensar" (intelecto, razón)? Nos dicen los especialistas que la palabra griega *fronein*, que Pablo usa en esta epístola más que en cualquier otra, comprende ambas ideas. Las versiones mencionadas la traducen también en formas diferentes en 1:7 donde el

Apóstol se refiere a su propio *sentir* o *pensar* hacia los filipenses: "os tengo en el corazón...". Dice el comentarista Martin que esta palabra indica: "una combinación de actividad intelectual y afectiva que afecta la cabeza y el corazón y que conduce a un curso de acción positiva"¹. La Nueva Versión Internacional ha optado por un término más integral: *actitud*.

Se trata de una actitud, un sentir que sin embargo lleva a actuar. Y lo que destaca en el pasaje que hemos considerado son las acciones intencionales con las cuales se cultiva ese afecto mutuo. Pablo espera que esta actitud sea la que caracteriza las relaciones de los creyentes de Filipos entre sí. Les ofrece como paradigma a Cristo, pero también les da muestras prácticas de su propia preocupación y cariño por los filipenses y por Epafrodito. Es un estilo de ministerio realizado por un hombre que en determinados momentos podía parecer rudo o duro en su enseñanza y en su sentido de disciplina, pero que evidentemente hacía las cosas con cariño. Pidamos al Señor y hagamos nuestra parte para que en nuestro ministerio de este siglo XXI, no se pierda esta dimensión: que su Espíritu haga brotar en nosotros, ministros y creyentes, este sentir y este pensar. La vida en comunidad de las iglesias debe ser cultivada por grandes y pequeñas acciones intencionales. Nunca voy a olvidar mi experiencia de acompañar algunos domingos a Rolando Gutiérrez Cortés de la Iglesia Bautista Horeb en México. Este pastor y su iglesia ejemplificaron para mí lo que he venido comentando en la relación entre Pablo y los creyentes de Filipos. A lo largo del año Rolando almorzaba o cenaba cada domingo en el hogar de alguno de los miembros de su iglesia. Procuraba que fuese cada semana una familia distinta y era hermoso ver el calor hospitalario con que era recibido por sus anfitriones y la delicadeza y cariño intencionados que él

¹ Ralph R. Martin, *Philippians TNCBC* (Londres: Marshall Morgan and Scott, 1976), p. 66.

y los suyos ponían en su trato con ellos. La infraestructura afectiva se cultiva con gestos intencionales de afecto.

En resumen

La experiencia de las iglesias evangélicas en situaciones de minoría ofrece muchos ejemplos de la experiencia de este tipo de afecto fraternal y apoyo mutuo en un ambiente hostil, que llega a ser para ciertas personas un atractivo poderoso para considerar el evangelio. Eso lo han experimentado, sin duda, los creyentes de generaciones anteriores en España y América Latina. Claro que hay que reconocer que este afecto mutuo podría en determinado momento convertirse en una actitud exclusivista que hace de la iglesia un círculo cerrado. Esto lleva a que la pequeña comunidad estrechamente unida se transforme en un baluarte donde no hay lugar para el recién llegado, para el buscador sincero, para el que es diferente a nosotros. El afecto modelado por el ejemplo de Jesús tiene que alcanzar también a los que aún están fuera, y traducirse en una actitud de bienvenida y de apertura que de ninguna manera contradice el espíritu de comunidad unida afectivamente. En el caso de las iglesias numerosas hay el peligro de llegar a un cierto grado de impersonalidad donde el afecto no cuenta. Ese es otro peligro. Resulta interesante que en tiempos de renovación a lo largo de la historia de la iglesia cristiana se ha dado una complementación creativa entre la multitud y la pequeña comunidad. Hoy en día los grupos hogareños, los llamados *oikos* o células pueden ser el nivel de vida de la iglesia en el cual se experimenta el cariño mutuo. En todo caso el modelo de Pablo y los filipenses apunta a una dimensión de vida y misión de la cual no debemos olvidarnos: la infraestructura afectiva del ministerio.

SERVIR A DIOS EN EL MUNDO

Hechos 27

Cuando se decidió que habíamos de navegar para Italia, entregaron a Pablo y a algunos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta. Nos embarcamos en una nave adramitena que iba a tocar los puertos de Asia, y zarpamos. Estaba con nosotros Aristarco, macedonio de Tesalónica. Al otro día llegamos a Sidón; y Julio, tratando humanamente a Pablo, le permitió que fuera a los amigos para ser atendido por ellos. Y haciéndonos a la vela desde allí, navegamos a sotavento de Chipre, porque los vientos eran contrarios. Habiendo atravesado el mar frente a Cilicia y Panfilia, llegamos a Mira, ciudad de Licia.

Allí el centurión halló una nave alejandrina que zarpaba para Italia, y nos embarcó en ella. Navegamos despacio muchos días, y habiendo llegado a duras penas frente a Gnido porque nos lo impedía el viento, navegamos a sotavento de Creta, frente a Salmón. Después de costearla con dificultad, llegamos a un lugar que llaman Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.

Como habíamos perdido mucho tiempo y era ya peligrosa la navegación por haber pasado ya el ayuno, Pablo los amonestaba, diciéndoles:

—Veo que la navegación va a ser con perjuicio y mucha pérdida, no solo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras vidas.

Pero el centurión daba más crédito al dueño y al capitán de la nave que a lo que Pablo decía. Y como el puerto era incómodo para invernar, la mayoría acordó zarpar de allí e intentar llegar a Fenice, puerto de Creta que mira al nordeste y sudeste, e invernar allí.

Y como comenzó a soplar una brisa del sur, les pareció que podían continuar el viaje. Entonces levaron anclas y fueron costearo Creta. Pero no mucho después dio contra la nave un viento huracanado llamado Euroclidón. La nave era arrastrada, y al no poder poner proa al viento, nos abandonamos a él y nos dejamos llevar. Después de pasar a sotavento de una pequeña isla llamada Clauda, con dificultad pudimos recoger el esquite. Una vez subido a bordo, usaron de refuerzos para asegurar las amarras de la nave; y por temor de dar en la Sirte, arriaron las velas

y quedaron a la deriva. Pero siendo combatidos por una furiosa tempestad, al siguiente día empezaron a deshacerse de la carga, y al tercer día con nuestras propias manos arrojamos los aparejos de la nave. Al no aparecer ni sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos.

Entonces Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, puesto en pie en medio de ellos, dijo:

—Habría sido por cierto conveniente haberme oído, y no zarpar de Creta tan solo para recibir este perjuicio y pérdida. Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave, pues esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, y me ha dicho: “Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; además, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo”. Por tanto, tened buen ánimo, porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho. Con todo, es necesario que demos en alguna isla.

Al llegar la decimacuarta noche, y siendo llevados a través del mar Adriático, a la medianoche los marineros sospecharon que estaban cerca de tierra. Echaron la sonda y hallaron veinte brazas; y pasando un poco más adelante, volvieron a echar la sonda y hallaron quince brazas. Temiendo dar en escollos, echaron cuatro anclas por la popa, y ansiaban que se hiciera de día. Entonces los marineros procuraron huir de la nave, y echando el esquife al mar aparentaban como que querían largar las anclas de proa. Pero Pablo dijo al centurión y a los soldados:

—Si estos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvarlos.

Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y lo dejaron perderse.

Cuando comenzó a amanecer, Pablo exhortaba a todos que comieran, diciendo:

—Este es el decimocuarto día que veláis y permanecéis en ayunas, sin comer nada. Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud, pues ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá.

Y dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, lo partió y comenzó a comer. Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también. Y éramos todas las personas en la nave doscientas setenta y seis. Una vez satisfechos, aligeraron la nave echando el trigo al mar.

Cuando se hizo de día, no reconocieron el lugar, pero vieron una enseada que tenía playa, en la cual acordaron varar la nave, si podían. Cortaron, pues, las anclas y las dejaron en el mar; aflojaron también las amarras del timón, izaron al viento la vela de proa y enfilaron hacia la playa. Pero, dando en un lugar de dos aguas, hicieron encallar la nave. La proa, hincada, quedó inmóvil, y la popa se abrió con la violencia del mar.

Entonces los soldados acordaron matar a los presos, para que ninguno se fugara nadando. Pero el centurión, queriendo salvar a Pablo, les impidió este intento, y mandó que los que supieran nadar se arrojaran al agua primero y salieran a tierra; y los demás, parte en tablas, parte en cosas de la nave. Y así aconteció que todos se salvaron saliendo a tierra.



Al final de su emocionado mensaje acerca del “arrebataimiento” el misionero exclamó: “En el cielo no habrá puentes. ¿Para qué entonces perder el tiempo estudiando ingeniería? Déjalo todo y ven a nuestra escuela bíblica. Prepárate para salvar almas que es lo único que importa”. Varios de los adolescentes allí presentes pasaron al frente en respuesta al llamado. Algunos de ellos efectivamente abandonaron sus estudios y se fueron a la escuela bíblica del misionero. La joven universitaria que me describió la escena estaba convencida de que el argumento del misionero no era bíblico ni tampoco lógico, porque tanto el misionero como la escuela bíblica dependen de gente común y corriente que trabaja haciendo puentes, dirigiendo negocios, curando enfermos o criando a sus hijos. Pero decía ella que resultaba difícil para un adolescente resistir a la presión del grupo en aquel campamento, donde se consideraba como poco espiritual a quien no fuese a la escuela bíblica “dejándolo todo”. La atmósfera apocalíptica creada por los estudios, los himnos y las películas iba toda dirigida a producir una “decisión” en los asistentes. Lamentablemente este tipo de “ministerio juvenil” proliferó en el mundo de habla hispana, y hace falta recuperar el concepto bíblico evangélico de que se puede *servir a Dios en el mundo de hoy*, mediante la actividad a la cual los dones, el estudio y las oportunidades lleven a cada creyente.

Época desesperanzada

Hemos hablado de una “atmósfera apocalíptica” y vale la pena considerar ese término que describe el estado de ánimo en la tercera parte del siglo XX en que se temía una conflagración atómica provocada por los gigantes de la guerra fría, la Unión So-

viética y los Estados Unidos de América. Actualmente, después de la caída del imperio soviético, vivimos en una época desesperanzada, sin utopías, época a la que un filósofo ha llamado la de “el fin de la historia”. Ha crecido la conciencia de que los seres humanos, por nuestra forma irracional de explotar la creación, por el egoísmo nacionalista, racista o clasista, por la fabricación descontrolada de armamentos, estamos casi en condiciones de barrer la vida humana del planeta. Algún estratega o general descontrolado podría echar a andar una horrible maquinaria de destrucción, o bien el terrorismo fundamentalista hebreo o musulmán podría provocar el caos de una guerra mundial que vendría a ser la última, pues poco quedaría. Como el periodismo, la literatura y todos los medios de comunicación masiva nos dan acceso a datos que prueban estas posibilidades de un caos, la angustia de las personas que se detienen a pensar en el asunto ha dado lugar a lo que Kierkegaard llamaba “una tranquila desesperación”. La historia nos dice que ha habido otras épocas similares, generalmente localizadas en una región o cultura determinada. Por ejemplo, cuando los bárbaros empezaron a invadir el imperio romano, y éste comenzó a resquebrajarse, tanto por los ataques de fuera como por la decadencia moral y cívica interna, muchos creían que había llegado el fin del mundo. Fue en esa atmósfera que san Agustín escribió su famoso libro *La Ciudad de Dios*, que es un intento magistral de formular una visión cristiana de la historia. Algunos historiadores señalan que cuando se acercaba el año 1000 de nuestra era, el fin del primer milenio, en Europa proliferaban los libros de tendencia apocalíptica y los estudios sobre las profecías bíblicas acerca del fin del mundo. La Revolución Francesa y el surgimiento de Napoleón coinciden con el aparecimiento de literatura apocalíptica en el mundo de habla inglesa. De esa época datan algunos de los sistemas de interpretación de las profecías bíblicas que son populares en ciertos círculos ingleses y estadounidenses, y en iglesias de otras partes

del mundo que han recibido esa influencia. La diferencia en nuestra época es que ahora esta sensación de un fin próximo de la historia humana va afectando a sectores cada vez más amplios de la raza humana, trascendiendo barreras nacionales y culturales. Además, las posibilidades reales de que el hombre mismo destruya el planeta y la vida de sus habitantes han aumentado enormemente, así como la información generalizada acerca de tales perspectivas.

La actitud evangélica

El cristiano que toma en serio la Palabra de Dios se caracteriza porque mantiene una actitud vigilante frente al fin de la historia. Tanto la enseñanza de Jesús como la de los Apóstoles, y la forma en que ellos interpretan el Antiguo Testamento, señalan hacia un fin de la historia que está vinculado con la manifestación final y contundente del triunfo de Jesucristo sobre la muerte, el pecado y las fuerzas del mal. La enseñanza de Jesús en las parábolas sobre el juicio final, lo mismo que en sus discursos llamados escatológicos coinciden en una firme advertencia: “Velad”. Al mismo tiempo nos exhorta repetidas veces contra la tentación de especular sobre tiempos y fechas. Creemos que es importante recordar estos dos elementos de la enseñanza del Señor. Se ha especulado tanto sobre detalles que se olvida la clara intención que la mayoría de los pasajes mencionados refleja y que se nota de inmediato al comparar los textos mismos. Luego en la enseñanza apostólica ambas notas, velar y no especular, siguen siendo distintivas, y se les agrega una dimensión de consecuencias éticas, relacionando la verdad del regreso del Señor con la actitud práctica que corresponde en la vida diaria mientras tanto¹.

¹ “Hay un número considerable de referencias a la Venida del Señor en las epístolas, casi todas ellas subrayando el aspecto más importante de la Promesa, el efecto moral que ha de tener en la vida del creyente”, dice Ernesto Trenchard, *Estudios de Doctrina Bíblica* (Madrid, España: Literatura Bíblica, 1976), p. 347.

En el apóstol Pablo observamos una actitud que tiene dos aspectos: la certeza y la expectación de la venida de Jesucristo, por un lado, y por otro lado un sentido práctico de la vida, que no se pierde en especulaciones ociosas o un escapismo irresponsable. Así, por ejemplo, hay una clara nota de urgencia en 1 Corintios 7:29-31: "el tiempo es corto... la apariencia de este mundo es pasajera...". Sin embargo, cuando la especulación escatológica lleva a algunos a la ociosidad y a andar desordenadamente, intentando vivir del prójimo pretendiendo cierto grado de espiritualidad, su enseñanza es contundente: "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma" (2 Tes. 3:6-13). Como pastor, predicador y apóstol, Pablo sabe que ese trabajo suyo es digno y que la iglesia obra con justicia al sostenerlo. A veces, por razones no siempre claras, Pablo prefiere realizar un trabajo cotidiano en vez de depender de las ofrendas de los hermanos, como él mismo lo dice a los tesalonicenses (1 Tes. 2:9) y a los corintios (2 Cor. 11:9). Pero en las secciones éticas al final de casi todas sus epístolas el Apóstol exhorta a cumplir a conciencia los deberes cotidianos, a hacer las cosas bien, por grandes o pequeñas que estas sean. Ni en su propia vida ni en la de los creyentes a quienes escribe, hay la actitud de exaltar la labor espiritual en la iglesia y hacer de mala gana, a medias, o de cualquier modo las tareas cotidianas. En otras palabras, Pablo cree en la inminencia de la llegada del Señor, y cree también que la actitud que corresponde es que cuando Cristo venga nos encuentre velando, haciendo bien lo que él ha puesto en nuestras manos. Así pues, la enseñanza que afirma que ya que el fin de todo es inminente y por eso hay que dejar la profesión, el negocio, o el oficio y meterse a una escuela bíblica para luego dedicarse a predicar, no es una enseñanza que corresponda al espíritu de la enseñanza de Jesús o de los Apóstoles. Tiene apariencia de espiritualidad, pero es una traición al espíritu y la forma de la enseñanza bíblica. No es la forma adecuada de fomentar las vocaciones hacia el ministerio cristiano.

Al leer los Evangelios observamos cómo Jesús llama a los doce, de las ocupaciones y trasfondos más diversos, cuando están

en plena labor, para que se dediquen por entero a la tarea de prepararse y predicar (Mar. 1:16-20; 2:13-17; 3:13-19, y pasajes paralelos en los demás Evangelios). En el ámbito de la nación israelita del primer siglo este tipo de comunidad alrededor de un maestro o profeta era legítima y admisible. Inclusive nos ayuda mucho considerar el trasfondo del Antiguo Testamento y de la historia judía de la época anterior a Jesús, para encontrar las características especiales del llamamiento de Jesús, lo mismo que sus antecedentes en el llamamiento divino al levita, al profeta o al siervo especial. Lo que no hay ni en el Antiguo Testamento, ni en los Evangelios ni en la práctica y la enseñanza apostólica, es la idea de que la vida del siervo de Dios que dedica todo su tiempo a tareas proféticas o apostólicas, es superior, o más importante que la del común de los mortales. *Es cuestión de llamamiento, de una vocación específica a una tarea específica.* Pero no se espera que todos se dediquen a ella como su máxima aspiración. Por ello, Pablo puede conformar su equipo de colaboradores con toda naturalidad y escribir sus epístolas a todos los creyentes cualquiera sea su actividad en la vida. Por ello mismo él puede intercalar en su vida períodos de dedicación exclusiva a la predicación y el establecimiento de las iglesias, con períodos de trabajo en la tarea manual para la cual estaba capacitado: la confección de carpas. Por ello también, cuando la ayuda social en la iglesia de Jerusalén requiere personas con talento administrativo, a fin de que los apóstoles puedan dedicarse a la enseñanza y la oración, se nombra un equipo de diáconos cuya tarea administrativa y de relaciones humanas requiere una espiritualidad semejante a la de los apóstoles (Hech. 6). ¿De dónde entonces ha aparecido el desprecio de las labores llamadas *seculares* que se agudiza en nuestra época apocalíptica?

Dualismo medieval reeditado

Este desprecio de lo secular viene en parte por la influencia me-

dieval sobre el ambiente católico. Es una característica de nuestra cultura iberoamericana el desprecio al trabajo manual y la exaltación de las tareas intelectuales y religiosas. Se vio claramente en la colonia, que reprodujo y conservó actitudes típicas de la Edad Media. Posteriormente, aun con la secularización, ha persistido como exaltación de lo “espiritual” y desprecio de lo material. En la época medieval correspondía a un dualismo de origen griego que consideraba la realidad material como “mala”. Por no prestar atención a la enseñanza bíblica sobre la creación, había surgido una teología que hizo una división marcada entre lo material y lo espiritual. Esa posición era claramente antibíblica. La Reforma Protestante transformó esta actitud y en aquellos países donde tuvo influencia se desarrolló una nueva ética del trabajo y la actividad económica, una revaloración de las actividades no específicamente religiosas, un redescubrimiento del mundo secular dentro del designio divino². Con Lutero y Calvino, Europa aprendió a valorar tanto a la mujer que barre su casa, como al monje que canta sus oraciones.

El dualismo ha vuelto a entrar en la teología de muchos evangélicos latinoamericanos, de contrabando, a través de una “espiritualidad” que aunque tiene el nombre de evangélica y es popular en círculos evangélicos, es más griega y medieval que otra cosa. Se la encuentra, por ejemplo, en quienes aceptan las ideas de Watchman Nee³ y entre quienes han adoptado una forma extrema del dispensacionalismo: La Biblia Scofield⁴. Este dualismo da valor supremo

² Nos hemos ocupado detenidamente de este asunto en *Diálogo entre Cristo y Marx*, (Lima, Perú: AGEUP, 1969), cap. 2.

³ En casi todos los libros que se atribuyen a Watchman Nee hay una forma dualista de entender la enseñanza bíblica acerca del hombre, y nos parece que se refleja un abierto desprecio del cuerpo y lo material, o una sospecha en cuanto a esas realidades. Véase especialmente sus conceptos de “hombre exterior” y “hombre interior” en *La Liberación del Espíritu*, (Buenos Aires: Logos, 1968).

⁴ En el caso de la Biblia Scofield, un exagerado dispensacionalismo casi anula el valor del Antiguo Testamento y de los Evangelios como fuente de enseñanza ética.

a “lo espiritual”. Pone énfasis en la evangelización como la actividad suprema a que debiera dedicarse el cristiano. Mejor dicho, *reduce la misión a la evangelización*. Al no prestar atención a la ética bíblica, simplemente adopta la ética del mundo que hace que la gente viva una doble vida. En el negocio, en la industria, en la vida profesional se adopta la ética del mundo y ello se compensa con una intensa actividad religiosa el domingo. Lo trágico es que nos encontramos entonces con una *doble vida* de muchos llamados creyentes.

El desprecio por la actividad material o secular se lleva también en muchos casos a la mediocridad. La persona hace de mala gana, o no hace de corazón lo que tiene que hacer todos los días. Sólo se siente “realizada” cuando está en la iglesia, el domingo. Tiene una vaga sospecha de que Dios ve con buenos ojos su servicio religioso, pero es como si a Dios no le importara mucho la calidad de su servicio profesional, o la ética que se aplica en el mismo. En una atmósfera nutrida de este tipo de actitud, no es de extrañar que la prédica escapista de misioneros como el que citábamos al comienzo de este artículo encuentre mucho eco y aceptación.

El correctivo de esta actitud está en primer lugar, como lo estuvo en la época de la Reforma, en regresar a una *enseñanza bíblica plena*. El dualismo escapista ha espiritualizado la lectura de la Biblia y por lo general no presta debida atención ni al Antiguo Testamento ni a la totalidad del Nuevo Testamento.

En el corto espacio del que disponemos, no podemos trazarnos un programa correctivo de este dualismo espiritualista semievangélico⁵. Nos limitaremos a proponer un modelo alternativo.

Pablo: hombre en el mundo

Ya que hemos mencionado a Pablo, y ya que Pablo es usado mu-

⁵ Recomendamos la lectura de los siguientes libros: Pablo Scrotenboer, *Homo Creador*. Hoke Smith, Jr. *El Hombre: una perspectiva Bíblica*. Cranfield-Skevington Wood, *Responsabilidad Social y Política*. Todos estos libros en la colección: “Cuadernos Certeza” de la Editorial Certeza. Ver también P. Arana Quiroz, S. Escobar y C. R. Padilla, *El trino Dios y la misión integral* (Buenos Aires: Kairós, 2003).

chas veces como base del dualismo que estamos criticando, tomemos la personalidad del propio Apóstol como un ejemplo de lo que significa *servir a Cristo en el mundo*. Al tomar ciertas características de Pablo no estamos presentándolo como un modelo a seguir servilmente, sino como el poseedor de ciertas virtudes básicas que nos pueden servir como punto de referencia. Señalamos ciertas notas de un carácter cristiano tal como el que se necesita para servir a Cristo en el mundo de hoy.

En el capítulo 27 del libro de los Hechos se narra el viaje de Pablo desde Jerusalén hasta Roma. Particularmente el relato del viaje por mar entre Buenos Puertos y Malta, es una pieza literaria aclamada desde la antigüedad, como una pequeña obra maestra de la literatura⁶. En nuestras lecturas y estudios de este capítulo hemos visto aflorar sobre todo un retrato magistral de la personalidad de Pablo reflejada en una situación crítica. Efectivamente, la tormenta que se cierne sobre el barquito en el que están viajando es tal que en determinado momento cunde la desesperación. El autor dice: "Al no aparecer ni sol ni estrellas por muchos días, y acosados por una tempestad no pequeña, ya habíamos perdido toda esperanza de salvarnos" (Hech. 27:20).

Es precisamente en esa situación crítica donde se ve en toda su estatura la figura de Pablo. La crisis saca a la luz lo que las personas son en verdad. No es en la tranquilidad de las horas gratas sino en los momentos de crisis donde se ve quiénes somos en el fondo. En el relato de Lucas aparece así Pablo de cuerpo entero, en medio del barco castigado por la tormenta. Hay cuatro momentos que revelan, a su vez, cuatro notas del carácter paulino. Prestémosles atención.

Integridad. Pablo está viajando como prisionero, en desventaja con relación a las otras personas. Sin embargo, Lucas nos dice que el centurión Julio, "tratando humanamente a Pablo, le permitió

⁶ Un excelente comentario sobre el libro de Hechos es F. F. Bruce, *Hechos de los Apóstoles* (Grand Rapids, Michigan: Nueva Creación, 1998).

que fuera a los amigos para ser atendido por ellos". (Hech. 27:3). El prisionero ha ganado la confianza de su custodio al punto de recibir trato especial. Es evidente para quien lee el relato de la prisión de Pablo y el largo período de espera en Jerusalén (capítulos 21—26), que el prisionero va ganando el respeto aun de autoridades corrompidas y venales. No se trata de un preso que tenga "padrinos" en el sistema o que tenga dinero para sobornar a sus carceleros. Es la integridad del carácter, la firmeza de las convicciones y la decencia revelada en la vida diaria, la que logra esta consideración especial por parte de Julio. A lo largo de estos capítulos el Apóstol testifica desde una situación de franca desventaja. Testificar y evangelizar cuando uno es dueño de la plataforma y tiene a la gente escuchando, es una cosa. Testificar y evangelizar cuando uno está preso en manos de los demás, es otra cosa.

Recordemos el énfasis de Pablo en su integridad. Más de una vez pone a Dios por testigo. A los tesalonicenses les dice claramente que ni su estilo ni su motivación ocultan dobleces (1 Tes. 2:3-6). ¡Qué diferencia con tanto "apóstol" moderno cuyas finanzas y trucos publicitarios no reflejan precisamente integridad, aunque suenen muy espirituales! Y el mundo de ese día, como el mundo de hoy, necesitaba desesperadamente de hombres íntegros. Hombres dignos de confianza, aunque su misión los hubiese puesto en calidad de prisioneros.

Más de un teólogo con veleidades de "actualizado" sonreirá frente al término *integridad*. Esta es una virtud burguesa, se nos dice, y no hay que hablar de ella. Pero a menos que haya hombres íntegros en América Latina, no habrá revolución ni cambio estructural que consiga sacarnos del naufragio institucional y político en que nos encontramos. Y para vivir la vida del siervo en el mundo, se necesita pedir a Dios el don de la integridad de carácter. Aún más que el de la glosolalia, nos atrevemos a decir. Porque no hay nada más destructivo para el testimonio evangélico que un misticismo y una espiritualidad sin ética, sin integridad.

Iniciativa. Los responsables de la nave: el capitán, el dueño de la carga y el centurión, confieren acerca del rumbo que ha de tomar el viaje, dado que la estación invernal con sus peligros estaba ya avanzada (vv. 7-12). No sabemos si invitado a la deliberación, o adelantándose por cuenta propia, Pablo interviene. "Como habíamos perdido mucho tiempo y era ya peligrosa la navegación por haber pasado ya el ayuno, Pablo los amonestaba, diciéndoles: 'Veo que la navegación va a ser con perjuicio y mucha pérdida, no solo del cargamento y de la nave, sino también de nuestras vidas'" (Hech. 27:9, 10).

Los responsables no escuchan el consejo de este viajero experto que era el Apóstol. ¿Qué razones y motivos primaron? Si se tiene en cuenta que el cargamento es trigo y el destino Roma, bien pudiera tratarse de razones financieras. Lo que destaca es la iniciativa tomada por Pablo. Cuando hace falta su consejo, interviene, habla con claridad y autoridad sobre un asunto tan prosaico y mundano como la navegación. Y habla también con tremenda sensibilidad y cortesía. Las breves palabras reflejan la iniciativa propia del líder: "si hay aquí algo que decir o que hacer, y no hay quien lo haga, es responsabilidad mía". Pero hay un tono de respeto, de apelación tanto a la preocupación material como a la sensibilidad humana más profunda de sus oyentes.

Hay una tradición evangélica de iniciativas de servicio en las más diversas áreas de la vida humana: educación, minorías indígenas, niñez abandonada, medicina rural, medios de comunicación masiva, y así por el estilo. Lamentablemente parece haberse perdido ese espíritu de iniciativa. Por un lado, al haber alcanzado un mínimo estatus en ciertos países, los evangélicos parecen ahora dedicados más a la conservación y embellecimiento del mismo que al servicio al prójimo en áreas de necesidad. Solía, décadas atrás, criticarse los suntuosos templos católicos junto a los mendigos miserables que a su puerta estiraban la mano pidiendo pan y temblando de frío. Hoy muchos evangélicos tienen también suntuosos templos cuya edificación y conservación requiere fortunas, pero han disminuido sus

iniciativas en las áreas de necesidad. Y estos cambios generalmente se justifican con una espiritualidad que olvida el claro testimonio bíblico en cuanto a la justicia y la misericordia.

Para que haya iniciativa tiene que haber sensibilidad. Pablo no sólo era sensible frente a las necesidades espirituales de las personas. La carta a Filemón refleja una tremenda sensibilidad social, lo mismo que su preocupación constante por llevar una ofrenda a los pobres de Judea⁷. Y en el capítulo 8 de Romanos vemos un corazón sensible a los gemidos de la creación toda que está a la espera de su liberación (Rom. 8:18-23). La persona que cree que Dios es el Creador de todo ser humano es por fuerza una persona sensible, "nada humano le es ajeno". Por ello ve la propia vida como un servicio constante: una misión que no es únicamente "espiritual" sino integral. Es el falso espiritualismo medieval, metido de contrabando en el mundo evangélico, el que ha producido la insensibilidad y ha matado la iniciativa del creyente de hoy para servir en el mundo. Es el desconocimiento de que la fe en el Dios creador hace que el hombre salvado por Cristo tome muy en serio las realidades humanas que lo rodean.

Esperanza. Cuando el fragor de la tempestad ha llevado a los viajeros a perder toda esperanza de salvación, Pablo, que ha recibido la visión y un mensaje del Señor, se vuelve el único hombre con esperanza en medio de aquella compañía.

Entonces Pablo, como hacía ya mucho que no comíamos, puesto en pie en medio de ellos, dijo: "Habría sido por cierto conveniente haberme oído, y no zarpar de Creta tan solo para recibir este perjuicio y pérdida. Pero ahora os exhorto a tener buen ánimo, pues no habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave, pues esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo..."

Hechos 27:21-23

⁷ Sobre este punto ver Cranfield-Skevinton Wood, *op.cit.* pp. 54-60.

¡Qué peso tremendo el de sus palabras de testimonio! Hablar de Dios, ese Dios a quien pertenece y sirve, en ese contexto, debe haber tenido un impacto poderoso en sus oyentes.

La esperanza específica de Pablo en este caso se debe a una visión particular y específica. Hemos de entender este contexto particular para no llegar a conclusiones equivocadas. No a todo creyente le son dadas visiones y sueños revelatorios. Pero aparte de este hecho en particular, Pablo siempre es un hombre de esperanza. En la epístola a los Efesios define a quienes no creen en Cristo como aquellos "sin esperanza y sin Dios" (Ef. 2:12). En el ya citado capítulo 8 de Romanos se muestra también como hombre de esperanza. Esa esperanza en la nueva creación de Dios es esperanza abierta a todo cristiano. Esa esperanza es la esperanza de la resurrección que nos sostiene y nos transforma (Rom. 8:11, 18; 1 Cor. 15:58; 1 Ped. 1:3). Esa esperanza nos da una nueva actitud frente al mundo. Al cristiano el espíritu apocalíptico de una época no lo contagia ni de temor, ni de escapismo, ni de cinismo. Porque tengo la esperanza de una nueva creación, tomo en serio la actual creación de Dios. Porque tengo la esperanza de un cuerpo resucitado, soy buen mayordomo de mi cuerpo hoy. Porque tengo la esperanza de juzgar con Dios al mundo un día, procuro que en el seno de la comunidad cristiana hoy haya paz, y justicia (1 Cor. 6:1, 2).

Por la atmósfera apocalíptica de la que hablábamos al comienzo, hacen falta personas con esperanza. La persona que tiene una firme y verdadera esperanza puede ser quien tiene cordura y realismo cuando los demás han cedido ante el pánico y la desesperación. Esa pasta de seres humanos hace falta hoy en día en el mundo. Del hecho de que Cristo viene pronto no se deduce una actitud espiritualista, que dice que no hay que estudiar ni tomar en serio la creación hoy porque al fin y al cabo esta se acabará mañana. Tampoco hay el orgullo sin compasión del que grita a los hombres, desde la distancia: "Toda esta aflicción ya la habíamos predicho nosotros...". Vale la pena recordar eso hoy

cuando ciertos "especialistas" en profecías bíblicas sobre el fin del planeta Tierra, se llenan los bolsillos de dinero muy terrenal y disfrutan de comodidades y fama muy terrenales, mientras proclaman el fin de todas las cosas.

Poseído de la verdadera esperanza, el verdadero cristiano de hoy se esfuerza como los otros y aún más que los otros, en procurar que la vida humana en un planeta desesperado conserve todavía un mínimo de cordura en vez del cinismo y la desesperación reinante. Ese es el testimonio de su firme esperanza.

Realismo. Hecho dueño de la situación por las circunstancias, Pablo ha asumido con realismo su papel de líder en medio de la crisis. Frente a la realidad se mantiene despierto y alerta. Y es él quien nota que los marineros, con humano y característico egoísmo, quieren abandonar el barco. Así que Pablo se acerca al centurión y le dice claramente: "Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podéis salvaros" (v. 30). Esta vez sí se le hace caso a Pablo, por supuesto, y la medida que los soldados toman permite que de alguna manera todos lleguen a salvo cuando aparece la playa.

Pablo no es ningún sentimental. No se vaya a entender mal lo que quiere decir ser espiritual. La espiritualidad de Pablo es como la de Jesús, una espiritualidad realista. Pablo sabe lo que es el corazón humano. Pablo sabe lo que se necesita para vivir diariamente en un mundo de pasiones y sentimientos humanos. Si es necesario recurrir a la autoridad para impedir que la negligencia y la inhumanidad consumen un acto de cobardía, el apóstol interviene. El mismo realismo se verá en su manera de enseñar a las jóvenes iglesias que va fundando. Los consejos a Timoteo y Tito en las pastorales muestran ese realismo en el conocimiento del corazón humano y en el uso de recursos para el liderazgo de los demás.

El mundo de hoy necesita personas realistas. Las utopías humanas terminan tantas veces en colosales fracasos por esa falta de realismo en cuanto a la naturaleza humana. Ha dicho un his-

torizador, que en el gran evangelista y líder espiritual Juan Wesley se combinaba al mismo tiempo la certeza calvinista en cuanto a la naturaleza caída del hombre, que lo hacía pesimista acerca de las utopías políticas de su tiempo, y por otro lado el optimismo de la gracia. Sabía, como Pablo, que la gracia de Dios cuando toma a un ser humano puede transformarlo y hacer maravillas con él. Y fue esa certeza la que le dio al avivamiento espiritual de Wesley una dimensión social única que los modernos espiritualistas olvidan con facilidad⁸.

Servir hoy en el mundo

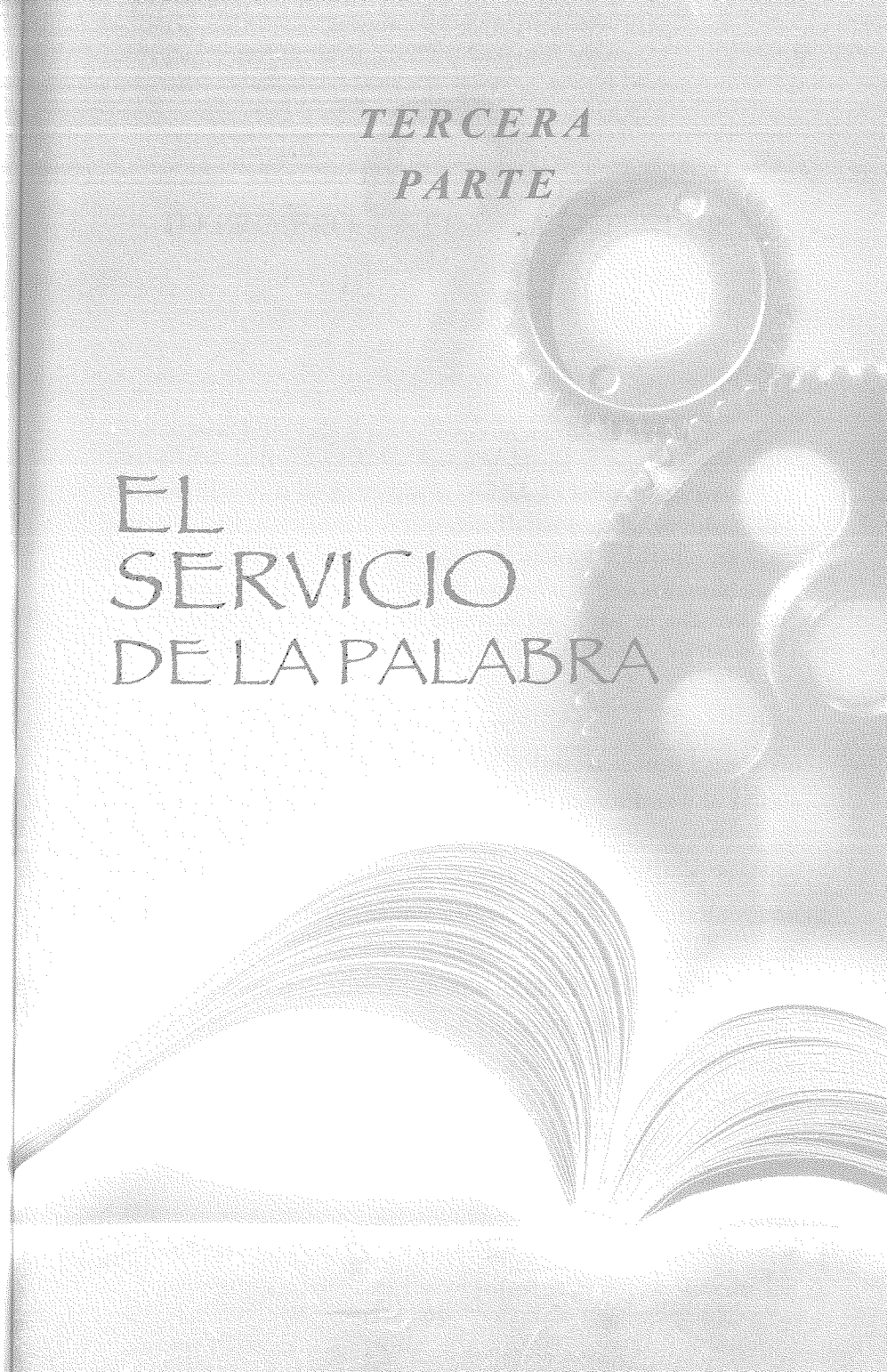
Estas son cuatro notas del carácter cristiano que el mundo apocalíptico de hoy necesita. He aquí cuatro virtudes que el pueblo de Dios debe tener hoy en América Latina. Son ellas el fruto de la acción del Espíritu Santo en el corazón de los seres humanos redimidos. He aquí una espiritualidad nutrida de toda la riqueza del mensaje bíblico, no de fragmentos recortados con las tijeras de un dualismo espiritualizante.

No hay base bíblica ni teológica para contraponer las tareas cotidianas llamadas "seculares" con las de obediencia al llamado de Dios. No hay base para hacer creer que quien no es misionero o predicador de dedicación exclusiva es ciudadano de segunda categoría en el reino de Dios. Dios sigue llamando hombres y mujeres para que se dediquen por entero a la predicación, la obra pastoral o el establecimiento de iglesias, como Pablo; pero también en el barco del mundo, que se hunde de desesperación, temor y cinismo, hacen falta pasajeros con las virtudes de Pablo, en todas las esferas de la sociedad, en todas las áreas del saber y actuar humano. Hacen falta testigos del Dios viviente, hombres y mujeres de integridad, de iniciativa, de esperanza y de realismo.

⁸ Ver Gordon Rupp, *Principalities and Powers* (Londres: Epworth Press, 1963), pp. 64-78.

TERCERA PARTE

EL SERVICIO DE LA PALABRA



LO PRIMERO: ~~LEER~~ PARA ENTENDER!

Nehemías 8:1-3

Entonces se juntó todo el pueblo como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, y dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la ley de Moisés, la cual Jehová había dado a Israel. El primer día del mes séptimo, el sacerdote Esdras trajo la Ley delante de la congregación, así de hombres como de mujeres y de todos los que podían entender. Desde el alba hasta el mediodía, leyó en el libro delante de la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, en presencia de hombres y mujeres y de todos los que podían entender; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la Ley.

Si la Palabra de Dios es la vida de la Iglesia, como hemos venido diciendo a lo largo de este libro, para revitalizar a la Iglesia resulta indispensable un regreso a la Palabra. Ello significa, en primer lugar, *una renovación de la lectura de la Palabra*. No hay posibilidad de vida cristiana que crezca hacia la madurez sin una *lectura frecuente e inteligente* de la Biblia. Aunque parezca una exageración, creo que en más de una iglesia se ha perdido el gusto por la lectura de la Biblia. No se lee con entusiasmo ni en privado ni en público. Y ya no se puede dar por sentado que todos leen la Biblia y están familiarizados con ella. En mis recorridos por España y las Américas escucho a muchos predicadores quienes en sus sermones pasean de un libro a otro de la Biblia y hacen referencias a hechos y personajes que se supone que son parte de la memoria colectiva de la comunidad que les escucha. Al final del culto converso con los oyentes, especialmente con los

más jóvenes, y descubrí que buena parte del sermón se les ha escapado porque no estaban familiarizados con la Biblia como el predicador presuponía. Así que hay que recuperar el gusto, el placer de leer la Biblia.

Para empezar, ¡hay que leer!

Ni más ni menos. Estoy convencido de que hace falta comenzar por una renovación de la lectura de la Biblia en la Iglesia: una renovación de la lectura en la vida personal de cada miembro y de cada familia; y también una renovación de la lectura comunitaria de la Palabra. No una lectura que se hace por cumplir y de cualquier manera, sino una lectura inteligente que toca las fibras íntimas del ser porque ha habido una comprensión de lo leído. Se trata de una experiencia como la que tuvieron los judíos exilados al regresar a su tierra para reconstruir la nación y que se nos narra en el libro de Nehemías.

Es un momento crucial en la vida del pueblo. Un grupo de exiliados dirigidos por Nehemías y Esdras han regresado del exilio en Persia, se han unido al remanente que había quedado en la destruida Jerusalén, atemorizado e impotente. Con nuevos bríos y una capacidad organizativa increíble, Nehemías y el pueblo han conseguido restaurar las murallas de la ciudad, y devolver un sentido de seguridad y dignidad a las personas. Ahora ha llegado el momento de reconstruir la nación y para ello es importante renovar un sentido de identidad. Ello va a venir de un regreso a la Palabra que es la vida de la nación. Por eso el relato hace referencia a que *el pueblo en masa se reunió*, y que desde la mañana hasta el mediodía estuvieron atentos a la lectura. Quien lee todo este capítulo 8 en el libro de Nehemías descubre sorprendido los detalles de cómo quienes leían en público se organizaron para leer, explicar y hacerse entender. El resultado fue que al final los oyentes lloraban, se gozaban y celebraban, "porque habían entendido que se les había enseñado" (v. 12).

Una lectura inteligente

Ya que hemos hecho referencia a esta lectura pública de la Biblia, reflexionemos sobre el tema de la lectura pública en la vida de la Iglesia actual. El ejercicio de la lectura en voz alta fue una parte de mi formación en la escuela primaria por la que no cese de agradecer a Dios. "Poner sentido en la lectura" nos decían en la escuela. Cuando nos llaman a leer en público y queremos hacerlo bien leemos por anticipado para poder captar el sentido del texto y poder comunicar ese sentido al leer en público. Entonces las inflexiones de la voz, las subidas y bajadas de volumen en la lectura, la lectura enfática y detenida de determinados puntos muestra que hemos captado lo que el texto quiere decir y lo estamos tratando de comunicar. No se lee un pasaje de la Biblia como si se estuviese leyendo el directorio telefónico o una receta de cocina. Se lee más bien con esa mezcla de respeto y anticipación con que leemos una carta de una persona amada, o una noticia que hemos estado esperando.

Unidad y variedad en la Biblia

Para una lectura inteligente me parece fundamental prestar atención tanto a la *variedad* como a la *unidad* en el contenido de la Biblia y luego a la cuestión de la variedad de géneros literarios en los cuales se escribió. A este respecto en el mundo de habla castellana hay ciertas tendencias y situaciones que demandan de manera especial un renacer del estudio bíblico sistemático y serio. En general, hay un conocimiento fragmentario de las Escrituras que parece no haber captado los focos centrales alrededor de los cuales giran las enseñanzas de todos los libros bíblicos. Por otra parte, ciertas formas teológicas populares como el dispensacionalismo, han creado una división demasiado rígida entre el Antiguo y Nuevo Testamentos. Esto ha afectado de manera particular la dimensión ética de la vida cristiana. Ante la falta de

una visión completa y clara del mundo, la historia y el ser humano, desde la perspectiva bíblica, se ha adoptado con facilidad la visión y la ética del ambiente casi pagano que nos rodea, o de las ideologías de moda. Por otra parte, las tradiciones y condiciones educativas de nuestros países han producido una actitud pasiva en el aprendizaje, de manera que en la vida de la iglesia se corre el peligro de la *memorización sin comprensión*. Todo plan de renovación de la lectura y estudio de la Biblia debe tender a subsanar estos defectos o carencias de nuestro medio.

Realmente es fácil olvidarse de que la Biblia más que un libro es una biblioteca. Para ser más precisos, se trata de dos bibliotecas. Las llamamos "testamentos" y su nombre nos hace ya entrar en materia de estudio bíblico. Porque "testamento" es un término bíblico (equivalente a *pacto*) que describe un acuerdo entre Dios y el hombre en cuanto a sus relaciones. El hecho central de Jesucristo es el que divide lo que llamamos *antiguo* de lo que llamamos *nuevo* pacto. El tema de estas dos bibliotecas es precisamente la revelación de la voluntad de Dios, su propósito revelado a los seres humanos en la historia. Primero se trata de la historia de un pueblo elegido de entre las demás naciones de la tierra. Luego, en un punto focal de la historia de ese pueblo, la figura central de Jesús, cuya vida, enseñanzas, muerte y resurrección eran expresión y culminación de ese propósito salvador de Dios manifestado en la historia. Alrededor de este hombre surge un pueblo nuevo, formado por seres humanos de toda la tierra cuya historia continúa todavía hoy. Es la historia de un pueblo que existe gracias a la acción del Espíritu de Dios por medio de la Biblia y que avanza obedeciendo al Dios que habla a través de ella y por medio de ella.

Escritos en el curso de casi quince siglos, por una variedad asombrosa de personas, y en lugares muy diferentes, los libros que forman la Biblia reflejan esa variedad de origen y destino.

Pero al mismo tiempo, el inspirador común de esta literatura, que es Dios mismo, revela en ella su propósito central para el ser humano, dándole a esta biblioteca de sesentaiséis libros una unidad fundamental. En consecuencia, nuestra lectura inteligente apunta a descubrir por un lado la riqueza y amplitud de la Palabra determinada por su variedad; y por otro la profundidad y universalidad de la Palabra, determinada por su unidad.

Leer según el género literario

Hay una rica variedad de géneros literarios en la Escritura y cuando captamos las características propias de cada género leemos con más gusto y provecho. Empecemos por *el relato*. Buena parte de la Escritura son historias, narraciones. Así, por ejemplo, en *Génesis*, encontramos ciclos narrativos en las historias de los patriarcas: las historias de Abraham, de Isaac, de Jacob, de José y sus hermanos. En *Éxodo*, encontramos la historia de Moisés y mucho de ello nos viene también en forma de crónica o de relato. Si vamos al Nuevo Testamento, encontramos que los *Evangelios* son en buena parte narraciones de lo que Jesús hizo y dijo. Lo que es más interesante, comprobamos que la enseñanza de Jesús mismo, por ejemplo, se da a través de pequeñas narraciones o historias que tienen un contenido dirigido a enseñarnos una verdad fundamental de lo que Jesús quería enseñar, y que se llaman *parábolas*. La parábola, es realmente un modelo del género narrativo como medio para enseñar una lección moral o espiritual.

En mi práctica docente en la iglesia he encontrado que una manera de ayudar a los oyentes a gustar del género narrativo es inventarme una paráfrasis actual que siga de cerca el hilo de la narrativa bíblica. Si consigo comunicar la lección, generalmente los oyentes vuelven a leer la narrativa bíblica, que es lo que en realidad importa. Digamos que quiero que lean el libro de Job cuya primera parte es narrativa. Cuento la historia de Job Gon-

zález, el hombre bueno, sencillo pero devoto, cuya vida no nada en la abundancia sino que transcurre dentro de estrecheces y carencias. Lucha para poder pagar el alquiler de su departamento y sueña con poder regalarle una bicicleta a su hijo. El diablo le hace el regalo de sacarse la lotería y le cambia la vida. No hay ahora mansión suficiente para su ambición, no hay automóvil de lujo que colme las aspiraciones de su hijo, el hogar se ha vuelto un lugar de contención y tensiones, y Job sospecha que cuanto amigo se le acerca quiere pedirle dinero, así que se va quedando solo. La abundancia va poniendo a prueba su fe, pero de otra manera, diferente a la del Job de la Biblia¹. Mis oyentes entonces se sienten motivados a leer la historia de Job y le prestan mucho mayor atención.

Encontramos también *poesía* en la Biblia. A veces son poemas que eran himnos o cánticos que el pueblo cantaba. Muchos poemas aparecen en los primeros libros de la Biblia, como el relato de la creación en Génesis 1 que tiene forma poética en el original hebreo. Los *Salmos* son poesía por excelencia. Aquí hace falta recordar que una poesía no se lee igual que un relato. La poesía tiene ciertas características muy particulares que hay que tomar en cuenta al leer. Las palabras se escogen por su musicalidad, y más que ideas comunican imágenes, el orden en que se presentan le da al conjunto cierto ritmo y el autor nos comunica y hasta podemos decir que nos contagia cierto estado de ánimo. Leamos por ejemplo,

Al campo recién nacido,
la madre primaveral,
lo lía con el pañal
del almendro florecido².

¹ Esta paráfrasis la tomé del escritor católico español José Luis Martín Vigil.

² Francisco Luis Bernárdez, "Metáforas de los almendros".

Una vez que sentimos el gusto a esta lectura, podemos pasar a leer un salmo y percibir cómo se aprecia el mismo género poético en el salmista. A veces hay que tomarse tiempo haciendo que nuestros oyentes en la iglesia lleguen a apreciar el impacto de una poesía cualquiera, y así pueden también apreciar la poesía bíblica.

Hay otras partes de la Escritura que reflejan un estilo de *dichos populares*, los que llamamos *Proverbios*. Son el tipo de dicho breve, ideal para aprender de memoria, por la brevedad y por lo que contiene de consejo. Parte importante del Antiguo Testamento son los libros de los profetas. La *profecía* es otro género literario en el cual hay secciones de poesía que tienen elementos semejantes a los de los Salmos, pero también secciones de género oratorio, es decir el tipo de discurso proclamado en la calle ante un auditorio. Este género no se usaba tanto para predecir el futuro sino para comentar lo que iba aconteciendo desde la perspectiva de la revelación divina.

Cuando avanzamos a la segunda parte de la Biblia, el Nuevo Testamento, encontramos también un tipo especial de narrativa respecto a Jesús que son los *Evangelios*. Hay también algo de género histórico, como el libro de *Hechos*. Junto a ellos las *Cartas* o *Epístolas*, piezas de correspondencia que los apóstoles dirigieron a las nuevas iglesias que se iban formando como resultado de la predicación del evangelio. Sabemos bien que las cartas no se leen de la misma manera que se leería una poesía o un discurso. ¿Acaso no recordamos todos esa experiencia de leer y releer la carta de un amigo o pariente, tratando de descifrar lo que nos dice entre líneas además de entender bien lo que las mismas líneas dicen?

Si lo primero es leer y reconocemos que no se está leyendo la Biblia en nuestras iglesias, una manera de volver a la lectura es aprender a leer mejor, en privado y en público. El lector entu-

siasta contagia su entusiasmo. Si los pastores, maestros y líderes recuperamos el gusto por la lectura de la Biblia y nos ejercitamos en ella, podremos contagiar ese gusto a nuestras congregaciones. Y entonces, si de veras leemos la Biblia, puede que el Espíritu quiera darnos una visita renovadora por medio de su Palabra. Porque la Palabra es la vida de la Iglesia.

LA PALABRA Y LA VIDA

Salmo 19:7-11

La ley de Jehová es perfecta:

convierte el alma;

el testimonio de Jehová es fiel:

hace sabio al sencillo.

Los mandamientos de Jehová son rectos:

alegran el corazón;

el precepto de Jehová es puro:

alumbra los ojos.

El temor de Jehová es limpio:

permanece para siempre;

los juicios de Jehová son verdad:

todos justos.

Deseables son más que el oro,

más que mucho oro refinado;

y dulces más que la miel,

la que destila del panal.

Tu siervo es, además, amonestado con ellos;

en guardarlos hay gran recompensa.

“¡Más dulce que la miel!” dice el salmista, refiriéndose a la Palabra de Dios. No sólo tan dulce como la miel, sino aún *más* dulce. La fuerza de esta exclamación se nota bien en la forma que ha traducido la Nueva Versión Internacional: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Son más dulces que la miel a mi boca!” (Sal. 19:10b). Me pregunto si hoy en día compartimos

ese santo entusiasmo del salmista, si para nosotros en el diario vivir la Palabra es algo así tan extraordinario que sólo una comparación poética nos permite expresar la experiencia de leer o de oír esa Palabra. Y vienen a la memoria tantas escenas de auditorios o personas deleitándose al escuchar y entender la Palabra, con ese ardor de corazón que a veces arranca lágrimas o lleva a exclamaciones de alegría.

Recuerdo un cumpleaños mío, uno de esos momentos en que uno hace un recuento de su vida, en el cual una palabra bíblica me sacudió. Fue leyendo una escena conmovedora en el libro de Génesis. José, el gran visir, el segundo en la pirámide de poder del imperio egipcio, ha mandado llamar a su padre y sus hermanos para que escapen del hambre y se establezcan en Egipto. José avisa al faraón de la llegada de sus familiares inmigrantes y el faraón le dice: "La tierra de Egipto está a tu disposición" (Gén. 47:6; DHH). Luego José lleva a su padre a la presencia del poderoso monarca y este le pregunta, "¿Cuántos años tienes ya?", a lo cual Jacob responde: "Los años de mi peregrinación son ciento treinta. Pocos y malos han sido los años de mi vida, y no han llegado a los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación" (Gén. 47:9). ¡Qué tremendo resumen de lo que había sido una vida casi trágica! Y yo que estaba leyendo estas líneas me conmoví al pensar en mi propio peregrinaje. Me conmoví de gratitud a Dios porque aunque he ido de país en país y de continente en continente, por la gracia de Dios no tengo que decir que todos estos años peregrinando de un lado a otro han sido pocos y difíciles. Y sin embargo, conozco las sensaciones que uno tiene en esos momentos en que hace un recuento de su peregrinaje. Como decía José Santos Chocano, un poeta peruano: "Hace ya diez años que recorro el mundo, he vivido poco, me he cansado mucho..."

La Palabra es más dulce que la miel porque conecta con la vida. Creo que es la presencia y el poder del Espíritu Santo que

inspiró esa Palabra la que hace que estas historias de un pasado remoto nos conmuevan y nos lleven a escuchar al Dios que habló en aquel entonces y que sigue hablando hoy en día. Esas historias de vida nos llevan a escuchar al mismo Dios de la vida. Porque la Palabra es palabra para la vida, conecta con la vida, genera nueva vida, ilumina la vida, da sentido a la vida. Por eso nosotros los pastores, predicadores, maestros de Escuela Dominical, padres de familia, cuantos ministramos la Palabra hemos de aprender a exponerla y enseñarla siempre en conexión con la vida de hoy; no como si se tratara de una lección de gramática o de estadística para memorizar, o un ritual que hay que cumplir. Es responsabilidad nuestra enseñar la Palabra adecuada en el momento adecuado, y es por eso que tenemos que estar familiarizados con *toda la Palabra* en amplitud y en profundidad. En última instancia, la capacitación teológica en seminarios, por extensión o en el nivel del liderazgo de la iglesia local debe tener como objetivo ayudarnos en ese sentido.

La Palabra en sazón

Hace unos años sufrimos en el Perú la violencia terrorista de los guerrilleros maoístas de Sendero Luminoso. En la sierra central del país miles de personas tuvieron que escapar de sus casas y campos, dejándolo todo porque allí donde se establecían los terroristas imponían un sistema de terror, mataban a los líderes de la comunidad y reclutaban a la fuerza a los adolescentes y jóvenes. Decenas de pastores evangélicos murieron por su negativa a someterse. Esta forzosa migración interna fue un desafío para las iglesias que, gracias a Dios, respondieron de manera admirable. Con esfuerzo local y ayuda internacional, se reubicaron miles de familias y hasta se creó una pequeña ciudad que lleva el nombre del proyecto evangélico: "Paz y esperanza". Cuando los terroristas fueron derrotados y los miles de desplazados empezaron a regresar a sus casas y tierras, la Sociedad Bíblica publicó para la ocasión una edición espe-

cial del libro de *Rut*, ilustrada con fotografías de ese momento. Hubo que reimprimir esta edición especial porque la demanda fue notable. La lectura de este libro en esas circunstancias fue para muchos algo “más dulce que la miel”, y para otros, una manera de llegar a conocer al Dios Padre que enseñó a su pueblo a preocuparse por los pobres y los extranjeros. El Dios de vida nos ha dado su palabra para la vida.

Esta idea de producir selecciones de la Biblia con ciertos temas y dirigidos a necesidades específicas, es un esfuerzo por conectar la Palabra con la vida. Por ejemplo, la Sociedad Bíblica en España ha producido una hermosa selección de pasajes bíblicos sobre la enfermedad y el dolor con el título *Ten valor, ten esperanza. A propósito del dolor y la salud*. Son 32 páginas bellamente ilustradas con pasajes de los dos Testamentos, pertinentes a la clase de preguntas y reflexiones que se hacen quienes están enfermos o procuran servir a los enfermos. Diversas organizaciones cristianas ofrecen selecciones de este tipo para responder a necesidades específicas de quienes buscan orientación espiritual, quienes enfrentan decisiones importantes, quienes buscan modelos de vida, y así por el estilo. Para que una de estas selecciones resulte útil y atractiva, las personas que la preparan tienen que cumplir por lo menos dos requisitos mínimos. Por una parte deben tener un amplio conocimiento de toda su Biblia y saber manejar herramientas que como las concordancias ayudan a encontrar temas apropiados en la inmensidad del texto bíblico. Por otra parte, tienen que ser personas que están en contacto con la vida diaria de la gente y así pueden relacionar adecuadamente la Palabra y la vida cotidiana.

El mismo principio puede aplicarse en la vida regular de la Iglesia. De la riqueza de la Palabra bíblica se puede ir dosificando, conforme a un plan bien pensado el material que se predicará, se enseñará o se estudiará en pequeños grupos a lo largo de un año. Con un plan así se puede pensar en la vida de la comunidad

que es la Iglesia, en las diferentes necesidades que se conocen, y se puede ir avanzando paso a paso en el camino hacia la madurez. Para ser discípulos bien formados todos necesitamos una mínima comprensión de la totalidad de la Biblia, lo que yo llamo una visión panorámica. ¿Qué quiero decir con esto?

En mis décadas de recorrido por el mundo de habla hispana, me he encontrado con que la Biblia es un libro amado y reverenciado pero también desconocido. Hay muchas personas que aunque llevan muchos años de ser creyentes en Cristo y son lectores de la Biblia tienen una visión muy fragmentaria del contenido de la Biblia y *les falta una visión de la totalidad del mensaje*. Se conocen ciertos fragmentos, tal vez algunos Salmos, algunos de los relatos del Antiguo Testamento, algunos de los discursos y enseñanzas de Jesús, algo de las epístolas y quizás algunos de los capítulos del libro de Apocalipsis con el cual termina la Biblia. Lo que no tienen es una noción clara de cuáles son los grandes temas que, por así decirlo, atraviesan las páginas de todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamentos. Tiempo atrás, cuando tenía la responsabilidad de capacitar líderes en el movimiento estudiantil evangélico, diseñé un curso con ese nombre, *Visión panorámica de la Biblia*. La intención era precisamente proveer ese tipo de visión en lo posible completa, a vuelo de pájaro. Esta visión global inicial puede ser de gran ayuda, aunque hemos de reconocer que luego profundizar en ella es materia de toda la vida del cristiano. Lo que quiero decir es una visión inicial que abarque todo, como la que uno obtiene cuando desde la altura de una montaña contempla todo el paisaje que abarca su vista, y que después recorrerá palmo a palmo. Hay algunos programas de este tipo, como la llamada “caminata bíblica”, que tienen la misma intención aunque usan una metodología diferente.

Pedagogía bíblica

La Iglesia de los primeros siglos nos ha dejado la rica herencia

pedagógica que representa lo que se llama "El Año Cristiano". Los meses del año se organizan alrededor de los grandes hechos de la vida de Cristo y la Iglesia, según los registra la Palabra de Dios. La Semana Santa recuerda la pasión de Cristo comenzando con el Domingo de Ramos, pasando por el jueves de la última Cena y el viernes de la crucifixión hasta el Domingo de Resurrección. Siete semanas después viene Pentecostés que nos recuerda el derramamiento del Espíritu Santo. En Diciembre tenemos la Navidad recordando el nacimiento de Jesús, y las semanas anteriores a éste se recuerdan los hechos que narran tanto Mateo como Lucas acerca de los acontecimientos que precedieron al nacimiento, es la época de Adviento. La ventaja del uso del año cristiano es que se van seleccionando pasajes bíblicos diferentes siguiendo una secuencia, y de esta manera se va familiarizando a los miembros de la iglesia con los grandes acontecimientos de la fe cristiana. Mis lectores más avisados recordarán que esta práctica pedagógica tiene raíces en la pedagogía divina del Antiguo Testamento en la cual tres grandes fiestas recordaban a los israelitas, chicos y grandes, la historia de su salvación.

El calendario cristiano ayuda a que la iglesia vaya leyendo *toda la Biblia* y que la predicación, enseñanza, oración y cántico sigan una secuencia y un orden que son de veras enriquecedores. Las iglesias de tipo libre y las bautistas muchas veces han rechazado la idea de un calendario cristiano porque la vinculan con lo que hace la Iglesia Católica Romana, que bien puede terminar en una rutina que se cumple mecánicamente como un ritual. Al no sustituir este recurso pedagógico con algún otro plan, lo que muchas veces hay es una falta de orden y dirección en el uso de la Biblia en la iglesia. Las congregaciones no sienten que vayamos a alguna parte y por lo general la improvisación y cierta anarquía hacen que estemos muy lejos de experimentar, como iglesia, que la Palabra es "más dulce que la miel".

El reformador Juan Calvino, del siglo XVI, es muy admirado por sus comentarios bíblicos que han tenido una profunda influencia en la historia del Protestantismo. No muchas personas saben que esas obras maestras de exégesis y exposición son realmente los sermones que Calvino iba predicando de manera disciplinada y pedagógica, libro tras libro de toda la Biblia, en la congregación que pastoreaba en Ginebra. Un grupo de amanuenses iba escribiendo conforme él predicaba y luego Calvino daba los toques finales para su difusión y publicación. Más recientemente tenemos un caso parecido en la obra del biblista escocés William Barclay quien fue un maestro en el arte de convertir el estudio bíblico en algo interesante. Muchos de sus libros se originaron en series de estudios bíblicos que daba por radio en la BBC de Escocia. Había sido pastor de iglesias rurales de gente sencilla y también aprovechaba su increíble erudición para encontrar detalles pintorescos e historias amenas. Cuando en sus comentarios excursionaba por el griego no era para darle respetabilidad académica a su texto o para impresionar, sino más bien para hacerlo más comprensible. Confieso aquí mi admiración por el pastor Félix González Moreno de Elche, España, y la serie de libros "Palabras de vida" que viene publicando últimamente. Estas obras son el fruto de un plan ordenado de enseñanza bíblica en su iglesia. Cuando la Palabra es para nosotros "más dulce que la miel" nos entregamos a la disciplina que requiere hacerla conocer en su totalidad y riqueza.

Esta pedagogía de conectar toda la Palabra con la vida es la que siguió el mismo Señor Jesús. Lucas nos ofrece el relato de su caminata con los dos discípulos que iban de Jerusalén a Emaús (Luc. 24:13-35). Los dos se encuentran con Jesús, quien se les presenta como un desconocido. En el curso de la conversación hacen referencia a todas las cosas que ellos saben de Jesús, lo que había sido *su experiencia de vida* como discípulos

de esos días aciagos, pero están tristes porque les parece que la muerte de Jesús ha sido el fin de todo y están desilusionados. Jesús camina con ellos y su pedagogía consiste en hacer un recorrido por todas las Escrituras: "Y comenzando desde Moisés y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Luc. 24:27).

En el contexto judío, mencionar "los libros de Moisés y todos los libros de los profetas" es una manera de referirse a la totalidad del Antiguo Testamento. Jesús les enseña a estos discípulos que todo lo que estos libros dicen se refería a él; así conecta toda la historia del Antiguo Testamento con su propia persona. Jesús es quien está en el centro, es el tema de toda la Biblia. Todo el Antiguo Testamento es un preludio al cumplimiento de las promesas de Dios en Jesús. Y hemos de agregar que todo lo que tenemos en el Nuevo Testamento es la historia de este cumplimiento y su proyección hasta nuestro tiempo. Notemos una vez más cómo Jesús ha hecho una referencia a las Escrituras y las ha conectado con él mismo. Un poco más tarde, sentados a la mesa, los dos discípulos alcanzan a darse cuenta, conmovidos que este caminante era Jesús y que Jesús está vivo, está presente en medio de ellos. Su vida en esos días difíciles conecta con la Palabra y resulta iluminada por ella. Es la persona de Jesús la que le da sentido a todos los escritos de antes y la forma en que se conectan con él. Y ellos hacen memoria, que mientras les hablaba el corazón les ardía.

Este es el gran desafío del ministerio de la Palabra en la vida de la Iglesia. Que un estudio sistemático que toma en cuenta toda la Escritura y que se hace en dependencia del Espíritu Santo, por medio del cual Jesús está entre nosotros hoy, nos lleva a todos a ese ardor de corazón, que es otra manera de decir que la Palabra nos resulta más dulce que la miel. Porque conecta con la vida de hoy y porque la Palabra es la vida de la Iglesia.

PREDICADOR: APRENDE A CONTAR HISTORIAS

Mateo 13:24-30, 34-43



Les refirió otra parábola, diciendo: "El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Fueron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: 'Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña?'. Él les dijo: 'Un enemigo ha hecho esto'. Y los siervos le dijeron: '¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos?'. Él les dijo: 'No, no sea que al arrancar la cizaña arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega, y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero'".

Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba, para que se cumpliera lo que dijo el profeta:

"Abriré en parábolas mi boca;
declararé cosas escondidas
desde la fundación del mundo".

Entonces, después de despedir a la gente, entró Jesús en la casa. Se le acercaron sus discípulos y le dijeron:

—Explicanos la parábola de la cizaña del campo.

Respondiendo él, les dijo:

—El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. De manera que, así como se arranca la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin de este mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su

Reino a todos los que sirven de tropiezo y a los que hacen maldad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.



Era una ciudad en el centro de Estados Unidos de América y el estadio estaba colmado y vibraba. Dieciocho mil estudiantes cantaban himnos evangélicos con entusiasmo. Afuera había medio metro de nieve pero adentro el calor de la pasión misionera tenía cautivados a los asistentes. Mi amigo Isaac se instaló en la plataforma y a los pocos minutos empezaron a estallar las carcajadas. Isaac es de origen mexicano, pentecostal por tradición y doctorado en Nuevo Testamento. Estaba exponiendo un pasaje de la primera carta de Pablo a Timoteo y lo hacía con tal vigor y entusiasmo que a cada momento tenía que secarse con un pañuelo el sudor que le corría por el rostro. Tenía cautivado al auditorio: una historia tras otra en una catarata interminable de palabras. Recreaba las escenas de Pablo en la celda de una cárcel romana y les superponía escenas de pandilleros en Los Ángeles y adolescentes en Nueva York. Mi hijo y yo disfrutamos tanto del mensaje que decidimos comprarnos el video. Al terminar fuimos al frente a saludar a Isaac pero en el camino me encontré con otro amigo, un conocido profesor y predicador. “¡Qué bueno estuvo! ¿No es cierto?”, le dije con entusiasmo. Me miró con profunda amargura y me dijo: “¡Este es un payaso de esos que no aguanto!”, y luego me dio un sermón de cinco minutos sobre lo que es la buena exposición bíblica.

He tratado de entender la ira y decepción de mi amigo profesor y he vuelto a mirar el video de Isaac muchas veces. De hecho, lo he usado en mis clases de homilética práctica. Sin duda se ve trabajo serio con el texto por detrás del mensaje. Isaac se había familiarizado con el contexto social y cultural de la epístola y sus historias nos fueron comunicando con vigor los puntos princi-

pales de la agenda de Pablo para preparar a sus colaboradores. Son esos puntos que luego se hilvanan en verdades teológicas, las grandes líneas de fuerza de la enseñanza del Apóstol. El genio de Isaac era haber aprendido a contar historias. Y lo que molestaba a mi amigo profesor era que en vez de un discurso ético o teológico con introducción y cuatro puntos, la verdad venía encerrada dentro de una colección de historias. Y como las nuevas generaciones gustan más de las historias que de los discursos abstractos, me temo que a menos que mi amigo profesor aprenda de Isaac no va a poder comunicarse con la nueva generación.

El lugar de la narrativa

El valor de la historia lo aprendí cuando yo era profesor de educación primaria. Me di cuenta de que para hacer entender algo a los chicos hay que convertirlo en una historia: inventar personajes o diálogos, o evocar alguna historia real que hayamos leído o nos haya acontecido. De hecho los chicos venían a clase con sus historias escuchadas o vividas, y a veces ese era el punto de partida para la clase del día. Casi sin darme cuenta de ello, cuando fui pastor seguí la misma técnica. Una larga lista de palabras esdrújulas y citas de autores ilustres echa a dormir a la mejor congregación. En cambio una buena historia mantiene despierto hasta al oyente más reacio. Fui aprendiendo a contar historias y ello me demandaba preparación. Una vez que había profundizado en el significado de un pasaje bíblico y tenía bosquejadas las verdades básicas que quería comunicar, tenía que encontrar en el propio pasaje, en otras partes de la Biblia y en la vida real, historias que conectasen con estas verdades.

En última instancia, Jesús fue un gran contador de historias. Ahí está el secreto de la forma en que hasta el día de hoy Jesús atrae oyentes y lectores, en todas las lenguas y culturas del mundo a las cuales ha llegado su nombre y su palabra. Él tenía que ha-

blar al pueblo, a la gente sencilla y ruda, y los profesores oficiales de su época le tenían envidia. El pueblo de hoy, la gente sencilla y ruda de la América morena o de la península ibérica constituyen mayoría en nuestros países. Si observamos bien, los predicadores populares de las iglesias mayoritarias saben contar historias. Mis alumnos en Pennsylvania, pastores de iglesias afroamericanas en los Estados Unidos de América son maestros de ese arte y saben cautivar. Algunos de mis buenos alumnos o colegas pentecostales en Latinoamérica son también excelentes narradores. Poco tengo que enseñarles sobre la forma porque ellos me pueden enseñar. Lo que tengo que esforzarme en enseñarles es lo relativo al fondo: la materia bíblica, la historia de los cristianos, los grandes temas teológicos. Y me he dado cuenta de que recuerdan mejor esas cosas de fondo cuando les cuento alguna historia que las ilustra. La verdad es que en esta época que llamamos "posmoderna" aun la gente educada está acostumbrándose más a la historia como forma de comunicar. Si nos fijamos bien, los avisos atractivos de la televisión son pequeñas historias, algunas graciosas, otras ridículas y otras hasta convincentes.

La narrativa en la Biblia

No sólo es un hecho que la narrativa fue la manera favorita en la que Jesús comunicó su mensaje, sino que buena parte de la Biblia es narrativa. Verdades profundas acerca de Dios, tal como lo podemos comprender en sus nombres, nos vienen entrelazadas con esos ciclos de historias de los patriarcas: Abraham, Isaac, Jacob y José. Al predicar sobre el libro de *Génesis* podemos hacer que la teología se vaya desplegando conforme recorremos la rica narración de las peripecias de estos hombres de Dios y de sus mujeres. Además, si respetamos el relato bíblico los tendremos que presentar en toda su humanidad, con sus altas y bajas, sus caídas y levantadas. A diferencia de los personajes míticos de li-

bro sagrados de otras religiones, los personajes bíblicos aparecen en toda su débil humanidad a la cual es el toque divino el que les da significado y trascendencia. Si nos familiarizamos con el contexto de estas historias podemos volverlas a narrar en una lectura creativa y contextual que así puede resultar cautivante para la gente común y corriente de nuestras iglesias. Mi padre, quien fue oficial del policía en el Perú y era un hombre corpulento y fuerte, me comentaba siempre cómo en su primera lectura de la Biblia se sintió cautivado por el libro de *Jueces*, y en especial por la figura de Sansón, esa historia que para mí tuvo más bien el sabor de una tragedia.

En los Evangelios encontramos dos niveles de narrativa. Uno es el relato acerca de Jesús mismo, su historia, sus encuentros con todo tipo de personas acerca de los cuales se nos dan a veces detalles que sin duda el evangelista escribió porque son importantes para entender el sentido de la historia que cuenta. A veces lo que se requiere para ver la fuerza de los relatos es escucharlos de nuevo como si los estuviéramos oyendo por primera vez. Hace muchos años en Canadá tuve una experiencia que me marcó en este sentido. Durante un campamento, en el tiempo libre un domingo a la tarde, nos reunimos un grupo para escuchar a uno de los maestros que había sido actor con un grupo de entretenimiento, y era un excelente director de música y culto. Le pedimos que empleando sus dotes para el teatro, dominio de la voz en todos sus matices de tono y volumen, y gestos naturales aunque teatrales, nos leyese de una sola sentada el Evangelio de Marcos en versión popular. Era una hermosa tarde otoñal y estábamos a la orilla de un lago. La lectura sin parar duró un par de horas y nos quedamos capturados por el relato, profundamente tocados por la impresión de escucharlo todo de una sola vez. Era como si viéramos a Jesús con ojos nuevos, un gran cuadro de colores fuertes y precisos. Es que percibimos el hilo de una historia con sus tensiones, sus momentos dramáticos, su desenlace final.

El otro nivel de narrativa de los Evangelios es el de las historias que el propio Jesús cuenta para comunicar su mensaje. Siempre las hemos de leer en su contexto y es bueno prestar atención a lo que habrán entendido los que las oyeron por primera vez, lo cual, a veces, el texto bíblico nos lo cuenta, y a veces lo tenemos que imaginar sobre la base de nuestro conocimiento del contexto cultural y social en que se desarrollaron. Antes de saltar a discutir el significado hay que dejar que la historia nos cautive, nos sorprenda, nos inquiete. Incluso en algunos casos puede que aun escuchando en forma atenta la historia no nos diga nada de entrada, pero hay que prestarle atención. Si el evangelista se ha dado el trabajo de contarla, por algo está ahí. A veces sólo podemos entender una historia dentro del marco de toda la historia de Jesús o de todo su mensaje. De hecho, tener una idea acerca del “reino de Dios” nos ayuda a apreciar mejor las decenas de historias con que Jesús lo ilustra.

La narrativa reconstruida

La familiaridad con la historia y la geografía de Israel nos pueden ayudar a reconstruir historias del pueblo en ocasiones especiales que están relacionadas con los *Salmos*, por ejemplo. En este caso también la narrativa la creamos nosotros sobre la base del conocimiento del contexto. Así la narrativa ayuda mucho mejor a entender la poesía que es otro género literario que aparece con frecuencia en la Biblia. Algo semejante podemos hacer cuando exponemos las epístolas, porque en algunos casos tenemos material histórico en el libro de *Hechos* que nos permite saber algo de las historias de los receptores de esta correspondencia. A veces del propio texto de la epístola podemos reconstruir algo acerca de la historia. Así por ejemplo, el biblista Paul Minear piensa que podemos entender mejor la Epístola a los Romanos si prestamos atención a las cinco “iglesias en casa” que

Pablo menciona en el capítulo 16¹. Es decir, la situación misionera y pastoral para la cual se escribió esta correspondencia misionera ayuda a entender mejor la riqueza de la epístola. El expositor de la enseñanza del Apóstol puede comunicar mejor y preparar mejor el terreno para la aplicación contemporánea por esa relación entre la palabra y la vida, entre la historia narrada y la verdad enunciada.

La narrativa también puede usarse para comprender ciertos énfasis en el mensaje de un autor. Hace poco llamó mi atención un trabajo de un biblista católico acerca de las diez comidas de Jesús a las cuales el Evangelista Lucas hace referencia. Aunque el énfasis de este biblista recae en la eucaristía y yo no puedo llegar a sus mismas conclusiones, su estudio de estas diez comidas en el contexto nos abre una interesante ventana a la intención del evangelista². Inclusive se nos llama la atención al orden geográfico en que están narradas estas comidas, que se va desplazando desde Galilea hacia Jerusalén. En algunos casos, como en el de la cena en casa de Simón, Jesús hace referencia al detalle del protocolo propio de las comidas de la época a fin de comunicar con fuerza su mensaje. A Lucas parece interesarle contar con que clase de personas comía Jesús, como si sus lectores necesitasen recordar algo olvidado acerca de su Maestro. Comer es un acto tan natural propio de nuestra vida que se puede encontrar maneras de relacionar estas historias de Jesús con las historias nuestras y de nuestros oyentes hoy en día. De esta manera el contexto del relato puede ser traducido y actualizado al contexto de nuestro tiempo. No sólo volvemos a narrar la historia de las comidas de Jesús, sino que también podemos narrar nuestras propias comidas y las de nues-

¹ Paul Minear, *The Obedience of Faith. The Purposes of Paul in the Epistle to the Romans* (Londres: SCM Press, 1971).

² Eugene La Verdere SSS, *Comer en el Reino de Dios* (Santander, España: Ediciones Sal Terrae, 2002).

tros oyentes, porque ellas también revelan mucho de nosotros y de lo que podemos aprender del Maestro.

Así que los que tenemos un mensaje que comunicar hemos de aprender el arte de contar historias. Y si lo que queremos comunicar es “la antigua y grata historia” del Evangelio, tenemos que dejar que ella nos nutra, nos cautive y nos posea. La Biblia es una gran historia compuesta de miles de pequeñas historias. Enseñarla es ser poseídos por esa historia y luego conectarla con las historias de nuestros oyentes, porque hemos aprendido a conectarla con nuestra propia historia. Después de todo, es la historia de Jesús la que le da sentido a nuestra vida.

UNA CONTINUA RENOVACIÓN PERSONAL

2 Corintios 3:18



Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor.

En esta reflexión final quiero explorar la cuestión del crecimiento constante de la persona del predicador, maestro o pastor. Es algo que tiene que ver con la manera fundamental de entender la vocación cristiana. La rutina, el ritualismo vacío, la superficialidad y la falta de conexión entre la predicación y la vida son los enemigos mortales del siervo de Dios en su ministerio. Traen como resultado iglesias que no crecen y se estancan en todo sentido, de manera que las personas se quedan en la iglesia sólo por fidelidad a la tradición denominacional, mientras las nuevas generaciones emigran hacia otras comunidades. Si la rutina es enemiga dentro de cualquier profesión, en el caso del ministro cristiano adquiere dimensiones especialmente problemáticas, porque pone en duda la vivencia misma de la fe. En cambio Cristo nos llama a la plenitud de vida (Juan 10:10), a la permanencia y fertilidad espiritual (Juan 15:1-11).

Crecer y renovarse: señal de vida

En todos los autores del Nuevo Testamento la vida cristiana se presenta como una vida de constante crecimiento. Pedro usa la figura de *añadir* a lo que ya somos y tenemos, y nos pide que lo hagamos con toda diligencia (2 Ped. 1:3-8). Pablo usa varias fi-

guras como la del *crecimiento* (Ef. 4:11-16), la de *correr para alcanzar una meta* (Fil. 3:12-14), y la de una continua *metamorfosis* (2 Cor. 3:18). Juan usa las figuras de *permanencia* y *perfeccionamiento* (1 Jn. 4:11-20). Si se leen estos pasajes en contexto se notará también que la Palabra de Dios es recurso fundamental para el crecimiento y la renovación.

Hay una diferencia fundamental entre una maceta de flores auténticas y una de flores de plástico. Las flores de plástico pueden tener una belleza singular que copia la realidad natural a la perfección y se confunde con ella. Sin embargo, las flores de plástico no hacen basura, no demandan que las limpiemos constantemente o que las reguemos. Es que no tienen vida. La maceta de flores auténticas, en cambio requiere que podemos las hojas, limpiemos la tierra y reguemos constantemente. Es la diferencia entre la vida y la muerte, porque donde hay vida hay crecimiento, con todas las molestias que ello pueda traer. Si usted desea, quédese con las flores de plástico. A mí que me den las que están vivas.

Medios de gracia y crecimiento hacia la plenitud

Existen diferentes tradiciones sobre la forma en que la gracia de Dios, por obra de Jesucristo y por la acción dinámica del Espíritu Santo, ha provisto para el crecimiento en la vida cristiana. La teología clásica llama a estos recursos "medios de gracia" y hay diferentes énfasis en diferentes tradiciones. No tomemos estas descripciones en forma rígida sino como ayuda para entender lo que hacemos hoy y por qué lo hacemos.

Hay una tradición que podemos llamar *sacramental* que pone énfasis en la Iglesia como institución que administra esos medios de gracia para ayudar a las personas en su peregrinaje como discípulos. Así se consideran la confesión, la comunión, la eucaristía, la penitencia, los llamados sacramentos que tienen que ser administrados por personas autorizadas. En forma paralela a esta tradición ha habido una línea *monástica* y *mística* con énfasis

sis en la contemplación y la oración, la vida retirada, el silencio, los *ejercicios espirituales*.

En segundo lugar hay una tradición que podemos llamar *evangélica* y que sin negar otros medios de gracia, pone énfasis en la Palabra de Dios y la oración. Vinculada al protestantismo y la modernidad, insiste en la comprensión de la Palabra por el estudio y en la oración inteligente que se nutre de la palabra comprendida. El pietismo y los avivamientos buscaban siempre regresar a una *experiencia personal* de estos medios de gracia, que no fuese sólo la repetición rutinaria o colectiva de la recepción sacramental.

Una tradición más reciente es la *pentecostal* que toma elementos de las tradiciones anteriores y que tenemos que identificar con cuidado. Debido a sus orígenes dentro del protestantismo mantiene el énfasis en la Palabra de Dios pero también ha llevado al nivel popular prácticas de la tradición sacramental como el ayuno, las vigiliass, el testimonio público, a veces como confesión, y el reconocimiento de personas *autorizadas, ungidas* no por la institución sino por el carisma personal.

Los evangélicos iberoamericanos tenemos una tradición ecléctica que ha ido tomando elementos de todas estas tradiciones, aunque a veces no los reconozcamos. Nos hemos cuidado de evitar el sacramentalismo, por lo menos en teoría, debido a nuestra reacción contra el catolicismo predominante. Sin embargo, tenemos elementos equivalentes. Así por ejemplo, criticamos a los *sacerdotes* cuando ministran basados más en su tradición que en la Palabra de Dios, pero tenemos nuestros *profetas carismáticos ungidos* que también ministran basados más en sus percepciones o prejuicios personales que en la Palabra de Dios.

Crecimiento por la Palabra de Dios

Dentro de una postura evangélica pero no exclusivista, aquí pongo énfasis en la Palabra de Dios, en el papel de la lectura y estudio de la Biblia para el crecimiento personal y para un ministerio

más eficaz. Este tiempo lo requiere, ya que se observa en nuestras iglesias por lo menos tres problemas. Primero, hay cierta declinación en el campo de la conducta personal por desconocimiento de la enseñanza bíblica, o por dificultades en la puesta en práctica de ésta. Segundo, la predicación y la adoración reflejan superficialidad y falta de contenido bíblico, hay desconocimiento de la riqueza de la Palabra. Tercero, resulta difícil comunicar la verdad bíblica a las nuevas generaciones y al mundo de afuera de nuestras iglesias, también por desconocimiento de contenido bíblico o de métodos de comunicación.

En la mayoría de nuestras iglesias la función docente dentro del ministerio sigue siendo importante y fundamental, el pueblo de Dios espera de los pastores y predicadores el alimento espiritual cada semana. Es trágico cuando en vez de dar pan damos piedras.

La Biblia en la vida personal

En forma más específica menciono ciertos hábitos y métodos que han probado su valor en cuanto al crecimiento personal y el ministerio de la Palabra. Esto sólo puede ofrecerse en forma *testimonial*, aunque con humildad y temor y temblor ante Dios, para su gloria. A largo plazo, la eficacia del ministerio se puede ver en vidas que han sido transformadas, con las cuales nos encontramos al cabo de mucho tiempo y que han permanecido fieles a Dios y útiles en su servicio. Una clave de esa transformación ha sido ayudar a esas personas a nutrirse por sí mismas de la Palabra. Es la Palabra la que tiene eficacia y poder de conmover y transformar. Nuestro ministerio ha sido eficaz en la medida en que ha llevado a otros a una mejor comprensión de esa Palabra, y a depender de Dios en su palabra y no de nosotros.

La niñez. La Palabra recibida en la niñez es un cimiento, una cantera inagotable. En mi experiencia personal, la Escuela Dominical y el colegio evangélico en el que crecí en Arequipa, Perú,

hicieron que la palabra penetrara en mi memoria e imaginación. El aprendizaje fue activo y participante, con uso de recursos didácticos, tales como lectura en voz alta, drama e incentivos a la memorización. La lectura en el hogar como ministerio de los padres es importante, sobre todo para relacionar Palabra y vida, siempre que no sea una rutina vacía.

La pastoral. Recuerdo con gratitud a los pastores bautistas que fueron buenos expositores bíblicos: el argentino Antonio Gamarra, el cubano Luis Manuel González Peña y los estadounidenses David Oates y Randall Sledge. Eran sistemáticos, exponiendo siempre pasajes bíblicos en sus sermones y recurriendo a la paráfrasis y a la narrativa para pasar del texto a la vida. Eran predicadores que tenían un archivo cuidadoso de sus sermones. Tuve oportunidad de hojear sus bosquejos y ver el cuidado que ponían en la interpretación del texto.

Círculos bíblicos. Dentro de la militancia estudiantil evangélica la mejor manera para evangelizar en la universidad y formar discípulos resultó el círculo de estudio bíblico. Se parte del hecho de que el texto es accesible al investigador honesto, y más que escuchar a un maestro, la metodología procura examinar el texto mismo en grupo, escuchando las preguntas que puedan surgir y compartiendo la verdad en forma no autoritativa ni amenazante. Se presta muy bien para el ambiente estudiantil, pero se puede adaptar a la iglesia. La oración, pidiendo la presencia del Espíritu y dependiendo de su acción, es ingrediente infaltable.

Disciplina espiritual. Otra disciplina aprendida fue la del estudio bíblico personal y diario. Proponerse una meta como la lectura meditada de todo el texto bíblico parece inalcanzable y lejana. Lo que la hace posible es la lectura de una porción diaria. Existen varios planes diferentes como los de la Sociedad Bíblica

o los de la Unión Bíblica, o los de diferentes casas editoras denominacionales. Hay que desarrollar el arte de “escuchar a Dios” en su Palabra y en ese arte se unen cierta intuición espiritual y el trabajo intelectual. La idea de disciplina se refiere a que demanda una actitud intencional, empezando por separar el tiempo y crear el ambiente propicio. Si nunca lo has hecho, ahora es el momento de comenzar.

El gusto por la Palabra. Si quien enseña una materia no tiene entusiasmo por ella será difícil que la comunique bien. Lo que buscan las disciplinas es también cultivar el gusto por la lectura de la Palabra, no como tarea pesada. Utilizando una buena paráfrasis, como la Versión *Dios habla hoy*, leer de corrido un libro en un retiro o campamento. Hay personas que son buenos lectores-actores y pueden ayudar a gustar del texto. Se puede tener una caminata con pausas para leer y meditar. Se puede preparar dramatizaciones, noticieros, reportajes, que requieren familiaridad con el texto y capacidad de reproducir lo aprendido.

Metas de estudio y trabajo

Si no hay acción intencional no hay crecimiento respecto a la Palabra. Para el expositor o predicador, el continuo crecimiento requiere hábitos básicos de estudio dirigidos a las siguientes metas.

Conocer el todo y las partes de la Palabra. Tener una visión panorámica es fundamental. Una idea de las grandes y principales líneas de la enseñanza bíblica, de manera que siempre se pueda ubicar un pasaje particular dentro de esas grandes líneas. La teología ayuda en ese sentido pero yo prefiero la *teología bíblica* a la sistemática. Autores como por ejemplo John Stott, Hoke Smith Jr., René Padilla, Valdir Steuernagel, Samuel Libert, Jorge Atiencia, han conseguido un buen nivel de equilibrio que se ve simplemente mirando la riqueza y variedad de los trabajos que han publicado.

Tres predicadores hemos relatado en un libro nuestro peregrinaje con la Biblia y cómo practicamos el arte de exponer la Palabra¹.

Conocer el contexto del texto que se expone. Es aquí donde ayuda el material que manuales, diccionarios y comentarios ofrecen. En este aspecto entre los libros más recientes destacan los *Comentarios del contexto cultural de la Biblia*². Para una exposición narrativa que atraiga, el contexto puede ayudarnos a “reconstruir” las situaciones a las cuales se dirige el texto, o de las cuales surge, para establecer conexión con el contexto de hoy.

Conocer nuestro propio contexto. Quieras que no, la mente de nuestros oyentes está moldeada por los medios de comunicación, el ambiente popular, realidades sociales y políticas, las ideas que “están en el aire” en cada momento. Tenemos que conocer y evaluar nuestro propio contexto. Como dicen que decían Charles Spurgeon y Karl Barth, el predicador debe tener la Biblia en una mano y el periódico en la otra.

Conocer a nuestros oyentes. Hay que tener el oído abierto a las vivencias y experiencias de quienes nos oyen, en la iglesia local, en la pequeña familia de Dios de la cual somos parte. Sus opiniones nos deben preocupar para que nuestra enseñanza responda a ellas y pueda dar ánimo, estímulo, dirección, exhortación, aplauso, corrección, advertencia.

Hábitos de estudio y trabajo

Separar intencionalmente un tiempo. No esperar que este nos

¹ Jorge Atiencia, Samuel Escobar, John Stott, *Así leo la Biblia* (Buenos Aires: Certeza Unida, 1999).

² John H. Walton, Victor H. Matthews, Mark W. Chavalas, *Comentario del contexto cultural de la Biblia. Antiguo Testamento* (El Paso: Editorial Mundo Hispano, 2005); Craig S. Keener, *Comentario del contexto cultural de la Biblia. Nuevo Testamento* (El Paso: Editorial Mundo Hispano, 2003).

“caiga del cielo”. Nuestro pueblo y cada uno de nosotros tenemos que tener convicción de que el tiempo de estudio es una inversión que va a ser productiva. No hay reglas sobre qué tiempo y lugar es mejor pero hay que buscar que no haya distracción: pueden ser parques, bibliotecas, un rincón vacío, un tiempo sin interrupciones. No hay que permitir que la tiranía de lo urgente nos impida dedicar tiempo y espacio a lo importante.

Hacernos de herramientas básicas actualizadas. Un manual bíblico, una buena concordancia y un buen diccionario son indispensables. Personalmente me gustan mucho el *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*³ y el *Nuevo Comentario Bíblico Siglo Veintiuno*⁴, por la variedad y calidad de sus autores, dentro de un marco de respeto a la autoridad de la Palabra de Dios. En ellos disponemos de información sistematizada y al alcance inmediato de nuestras manos. El tiempo nos permite desarrollar un criterio personal de evaluación de los libros que compramos. A veces lo antiguo es mejor que lo nuevo y lo difícil es mejor que lo fácil.

No sólo recibir información sino procesarla, reflexionar sobre ella. Puede ayudarnos la conversación intencional con otros, o el trabajo intencional en grupo. Me parece importantísima la formación de grupos pastorales de lectura y discusión que nos obliguen a leer y pensar antes de venir a la reunión. Si no llegamos nunca a ese nivel y nos quedamos en la formalidad de unas oraciones y las chacharas de buen humor, me temo que nos hemos profesionalizado más de la cuenta. Hemos de aprender a convivir y discutir sin dogmatismos ni demonizaciones.

³ *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza* (Buenos Aires: Certeza Unida, 2004).

⁴ *Nuevo Comentario Bíblico Siglo Veintiuno*, editado por G. J. Wenham, J. A. Motyer, D. A. Carson y R. T. France (El Paso: Editorial Mundo Hispano, 1999).

Separar tiempos más extensos para estudio y oración intensiva. Hay asociaciones pastorales o denominacionales en las cuales un retiro de pastores y maestros es una disciplina regular, o es parte de un programa de educación continuada.

Someternos a disciplinas que nos obliguen a prepararnos. El compromiso con nuestra iglesia o clase para exponer sistemáticamente libros de la Biblia puede ayudar mucho, y así evitar la falta de programa que tienta a la improvisación.

Capitalizar nuestro estudio y trabajo. Es muy importante hacerse un fichero de estudio y trabajo. Ir guardando de manera ordenada y metódica el resultado de nuestro estudio nos va creando un arsenal de recursos para el futuro. Hay una variedad de sistemas, desde el archivo de tarjetas hasta los archivos electrónicos, o simplemente las carpetas o *folderes* por temas o por libros.

Conclusión

En la década de 1970 el movimiento Focolari popularizó una hermosa canción titulada *La canción del testigo*. Al terminar estas páginas me ha venido a la memoria por su fuerza expresiva. Dice el estribillo

*Por ti mi Dios, cantando voy
La alegría de ser tu testigo, Señor*

Luego al autor se imagina un diálogo en el cual confiesa:

*Tu Palabra es una carga que mi espalda dobló
Es fuego tu mensaje y ceniza mi voz*

Y una voz le responde:

*Déjate quemar si quieres alumbrar
No temas, contigo estoy.*